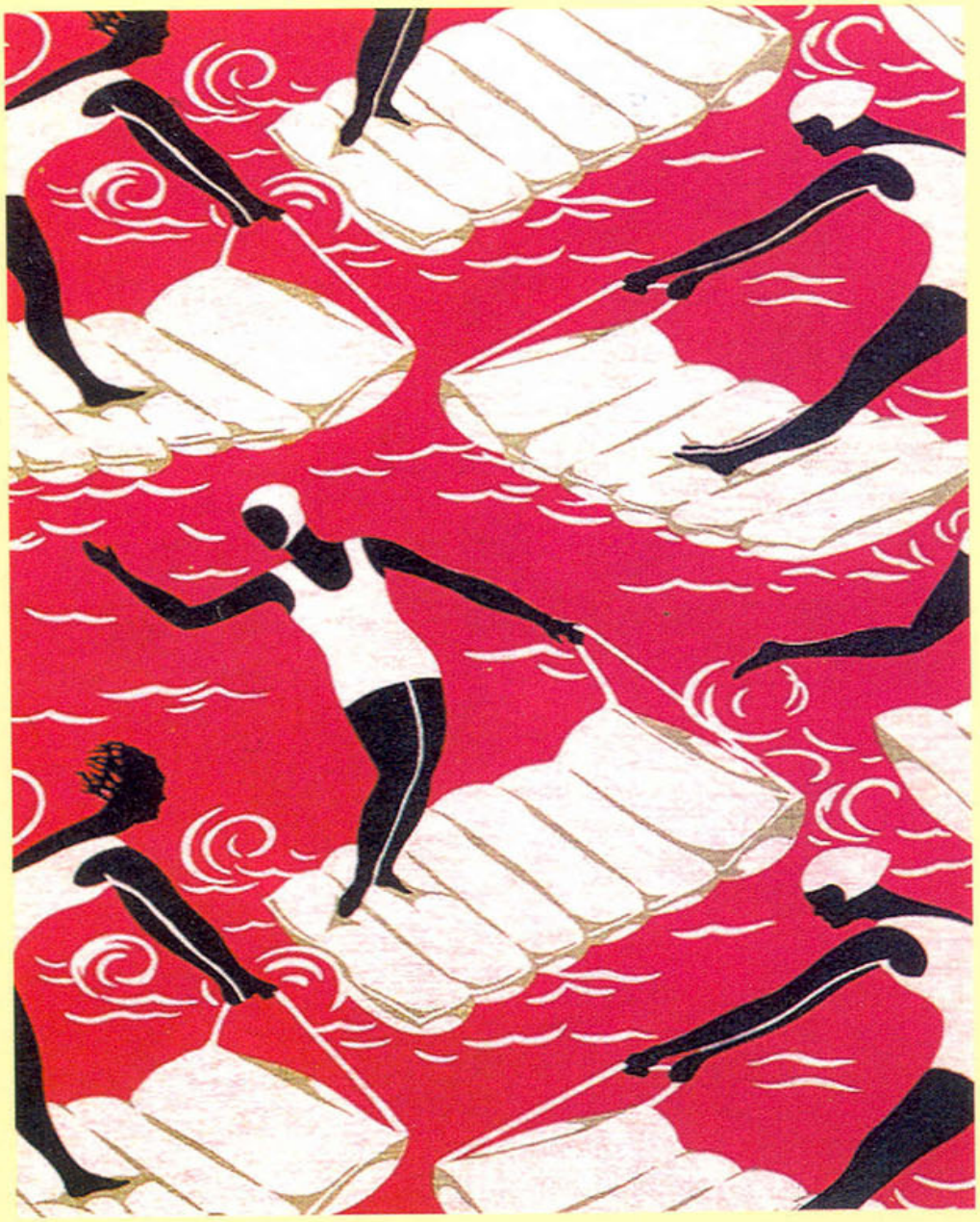
EVELYN WAUGH

Cuerpos viles



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Nota del autor
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
Final feliz
Notas
Créditos

Con cariño,
a Bryan y Diana Guinness

–Bueno, en nuestro país –dijo Alicia, todavía jadeando un poco– por lo general se llegaría a alguna otra parte... si se corriera a mucha velocidad durante un largo rato, como lo hemos estado haciendo nosotros.

–¡Un país sumamente lento! –exclamó la Reina–. Aquí, ¿sabes?, necesitas correr *tú* tan deprisa como puedas para mantenerte en el mismo lugar. Si quieres llegar a alguna otra parte, ¡tienes que correr a doble velocidad!

–Si yo no fuese real –dijo Alicia, casi riendo a través de sus lágrimas, tan ridículo parecía todo–, no podría llorar.

–Espero que no supondrás que esas son lágrimas verdaderas –la interrumpió Tweedledum con tono de profundo desprecio.

A través del espejo

NOTA DEL AUTOR

Dos episodios de *Cuerpos viles* han aparecido, en forma un tanto distinta, como narraciones cortas, en *The New Decameron* y *Harper's Bazaar*, cuyos editores son dueños de los respectivos derechos de publicación por entregas.

La acción del libro transcurre en un futuro próximo, en el que las actuales tendencias sociales se han hecho más marcadas; no he postulado progreso técnico o científico alguno, pero en interés de la coherencia de la trama, y sin pretensiones de profetizar, he supuesto una aceleración de los procedimientos legales y del periodismo diario. En este último caso he dado por sentada una hora más tardía para entrar en prensa y una mayor velocidad en la distribución que en la actualidad.

Todos los personajes y lugares mencionados, periódicos, hoteles, clubes nocturnos, restaurantes, automóviles, etc., son totalmente imaginarios, y, por supuesto, los títulos tales como Primer Ministro, arzobispo de Canterbury, Ministro del Interior, etc., son usados sin referencia alguna a presentes, pasados y futuros ocupantes de esos puestos.

Cuerpos viles no es en modo alguno una continuación de *Decadencia y caída*, aunque muchos de los personajes aparecen en ambos libros. Creo, sin embargo, que algunos detalles secundarios del argumento resultarán más claros para aquellos que hayan leído mi primer libro que para quienes no lo hayan hecho.

Se me ha sugerido que la cronología podría ser un tanto oscura. La novela comienza el 10 de noviembre, y los acontecimientos de los seis primeros capítulos ocupan tres días. La fiesta en el dirigible y la recepción de lady Anchorage se suceden durante la misma noche: el 2 de diciembre. Las carreras de automóviles se llevan a cabo el 5 de diciembre. La visita de Adam al sanatorio ocurre el 15 de diciembre. La Navidad se celebra por la Iglesia Católica el 25 de diciembre.

E. W.

I

Era evidente que aquella travesía resultaría difícil. Con resignación asiática el padre Rothschild, S. J. dejó su maleta en un rincón del bar y salió a cubierta. (Era una maleta pequeña, imitación de piel de cocodrilo. Las iniciales grabadas en ella en caracteres góticos no eran las del padre Rothschild, porque la había pedido prestada aquella mañana al ayuda de cámara de su hotel. Contenía alguna ropa interior básica, seis importantes libros nuevos en otros tantos idiomas, una barba postiza y un atlas y diccionario geográfico con abundantes anotaciones.) De pie en la cubierta, el padre Rothschild se apoyó en la barandilla, se sostuvo la barbilla con las manos y examinó la procesión de pasajeros que subían por la pasarela, cada rostro elocuente en sus corteses recelos.

Muy pocos de ellos eran desconocidos para el jesuita, porque tenía la feliz habilidad de recordar todo lo que era posible conocer de cualquiera que pudiese resultar de alguna importancia. Su lengua se asomó levemente, y, si no hubieran estado todos tan ocupados con el equipaje y el tiempo, alguien podría haber observado en él un curioso parecido con las reproducciones en yeso de las gárgolas de Notre-Dame, que pueden verse en los escaparates de las casas de pinturas, teñidas color «Marfil Viejo» entre instrumentos para estarcir y plastilina y tubos de acuarelas. Sobre su cabeza se balanceaba el Packard de Mrs. Melrose Ape, estropeado por los viajes y con el polvo de tres continentes, y por la escalera de cámara, a la cabeza de sus ángeles, subió Mrs. Melrose Ape, la evangelista.

–Fe.

–Presente, Mrs. Ape.

–Caridad.

–Presente, Mrs. Ape.

–Fortaleza.

–Presente, Mrs. Ape.

–Castidad... ¿Dónde está Castidad?

–Castidad no se encontraba bien, Mrs. Ape. Fue abajo.

–Esa chica crea más problemas de lo que vale. Cada vez que hay que hacer las maletas, Castidad no se encuentra bien. ¿Todas las demás estáis aquí: Humildad, Prudencia, Divino Descontento, Piedad, Justicia y Esfuerzo Creador?

–Esfuerzo Creador ha perdido las alas, Mrs. Ape. Se puso a conversar con un caballero en el tren... Ah, ahí viene.

–¿Las tienes? –preguntó Mrs. Ape.

Demasiado jadeante para hablar, Esfuerzo Creador asintió. (Cada uno de los ángeles llevaba las alas en una caja negra parecida a un estuche de violín.)

–Muy bien –dijo Mrs. Ape–, no vuelvas a perderlas, y no tanto hablar con caballeros en trenes. Vosotras sois ángeles, no coristas, ¿entendido?

Los ángeles se apiñaron, desconsolados. Era espantoso cuando Mrs. Ape se ponía de ese modo. ¡Caray, cómo pellizcarían a Castidad y Esfuerzo Creador cuando estuviesen a solas, en camisón! No era bastante la seguridad que tenían de marearse, para que encima también Mrs. Ape se les pusiese en contra.

Viendo la incomodidad de las niñas, Mrs. Ape se apiadó y sonrió. Era sencillamente «magnética».

–Bien, chicas –dijo–, tengo que hacer. Dicen que va a ser duro, pero no hagáis caso. Si tenéis en paz el corazón, el estómago se cuidará por sí mismo, y recordad: si os *mareáis... cantad*. No hay nada como eso.

–Hasta luego, Mrs. Ape, y gracias –dijeron los ángeles; hicieron una hermosa reverencia, se volvieron y partieron en tropel hacia la zona de segunda clase del barco. Mrs. Ape las contempló con benevolencia y luego, cuadrando los hombros y semejante en cada centímetro de su porte a un marinero (aparte de que, francamente, su barba era mucho menos cerrada), se dirigió con aire resuelto a proa, al bar de primera.

Iba embarcando otra gente importante, toda sumamente

descontenta por el tiempo. Para rechazar los terrores del mareo se habían lanzado a toda clase de brujerías civilizadas, pero les faltaba fe.

Estaban miss Runcible, y Miles Malpractice, y toda la Juventud Alegre. Habían pasado una agradable mañana envolviéndose el vientre unos a otros con esparadrapo (¡cómo se había retorcido miss Runcible!).

El Honorabilísimo Walter Ultraje, Miembro del Parlamento, Primer Ministro de la semana anterior, estaba allí. Aquella mañana, antes del desayuno (y en detrimento de este), Mr. Ultraje había tomado el doble de la dosis máxima de un producto a base de cloral, y más tarde, acobardado, terminó la botella en el tren. Se movía en inseguro éxtasis, escoltado de cerca por dos sargentos detectives incapaces de ocultar su condición de funcionarios públicos. Estos hombres habían estado con Mr. Ultraje en París, y lo que no sabían acerca de sus actividades no merecía la pena saberse, por lo menos desde el punto de vista de un novelista. (Cuando hablaban de él entre sí lo llamaban «el Honorabilísmo Violación», pero eso era más bien un retruécano con su apellido que una crítica a su forma de llevar sus asuntos amorosos, en los que, a decir verdad, demostraba una notable timidez y cierta tendencia al pánico.)

Lady Throbbing y Mrs. Blackwater, las mellizas cuyo retrato por Millais, subastado recientemente en Christie, había batido un récord de precios bajos, estaban sentadas en uno de los bancos de teca, comiendo manzanas y bebiendo lo que lady Throbbing, con *chic* victoriano, llamaba «una botella de gaseosa» y Mrs. Blackwater, más exóticamente, llamaba *champagne*, pronunciándolo como si fuese francés.

–Por cierto, Kitty, ese es Mr. Ultraje, el Primer Ministro de la semana pasada.

–Tonterías, Fanny, ¿dónde?

–Delante de esos dos hombres de sombrero hongo, junto al sacerdote.

–Es cierto que se parece a sus fotografías. ¡Qué aspecto tan extraño tiene!

–Como el pobre Throbbing... durante todo el último año...

–...Y nosotros ni siquiera sospechamos... hasta que encontraron las botellas debajo del anaquel en su vestidor... y pensábamos que era alcohol...

–No creo que en la actualidad haya exactamente la misma clase de Primeros Ministros que antes, ¿no te parece?

–Dicen que solo *una* persona tiene influencia sobre Mr. Ultraje...

–En la embajada japonesa...

–Claro, querida, aunque no lo digas en voz tan alta. Pero dime, Fanny, en serio, ¿de verdad piensas que Mr. Ultraje puede...?

–Tiene un cuerpo bastante hermoso para un hombre de su edad.

–Sí, pero su *edad*... y a menudo una se lleva cada chasco con esos hombres de tipo hercúleo... ¿Otra copa? Te aseguro que me lo agradecerás cuando el barco empiece a moverse.

–Me parecía que ya *estábamos* moviéndonos.

–¡Qué absurda eres, Fanny!, y sin embargo no puedo dejar de reírme.

Y así, cogidas del brazo y sacudidas por risitas contenidas, las dos achispadas ancianas bajaron a su camarote.

Algunos de los otros pasajeros se habían llenado los oídos de algodón, otros llevaban puestos anteojos ahumados, en tanto que varios comían galletitas secas que sacaban de bolsitas de papel, de la misma manera que los indios comen carne de serpiente para volverse astutos. Mrs. Hoop repetía febrilmente, una y otra vez, una fórmula que le había enseñado un yogui en Nueva York. Unos cuantos «buenos marineros», cuyos equipajes ostentaban las etiquetas de muchos viajes, se paseaban agresivamente, fumando pequeñas pipas apestosas y tratando de formar un cuarteto para jugar al bridge.

Dos minutos antes del momento anunciado para la partida, mientras resonaban el primer silbato y los gritos de prevención, un joven subió a bordo llevando su maleta. No había nada especialmente notable en su aspecto. Tenía exactamente la apariencia que corresponde a los jóvenes como él; llevaba él mismo su maleta, que era desagradablemente pesada, porque no le quedaba dinero en francos y muy poco en cualquier otra moneda. Se había pasado dos meses en París, escribiendo un libro, y volvía

a su hogar porque, en el curso de su correspondencia, se había comprometido para casarse. Se llamaba Adam Fenwick-Symes.

El padre Rothschild le sonrió bondadosamente.

–Dudo que se acuerde de mí –dijo–. Nos conocimos en Oxford, hace cinco años, durante un almuerzo con el decano de Balliol. Me interesaría leer su libro cuando aparezca..., una autobiografía, según tengo entendido. ¿Me permite ser uno de los primeros en felicitarle por su compromiso? Me temo que su suegro le resultará un poco excéntrico... y olvidadizo. Este invierno tuvo un feo ataque de bronquitis. Una casa llena de corrientes de aire, demasiado grande para estos tiempos. Bueno, ahora tengo que bajar. El viaje va a ser duro, y yo soy mal marinero. Nos veremos el doce en casa de lady Metroland, si no, como espero, antes.

Antes de que Adam tuviese tiempo para contestar, el jesuita desapareció. De pronto su cabeza volvió a asomarse.

–A bordo hay una mujer sumamente peligrosa y desagradable: Mrs. Ape.

Y luego desapareció otra vez, y casi en seguida el barco comenzó a apartarse del muelle, hacia la boca del puerto.

A veces el barco cabeceaba y a veces avanzaba, y a veces permanecía completamente inmóvil y se estremecía todo, haciendo equilibrios sobre un abismo de negras aguas. Luego se precipitaba hacia abajo como una dramática locomotora, cayendo en un pozo sin viento y volviendo a subir, con gran ímpetu, al fuerte viento. A veces excavaba su camino, con convulsivos olfateos y movimientos apresurados, como un zorro en la boca de una conejera. Y a veces se desplomaba como un peso muerto. Era este último movimiento el que causaba más estragos entre los pasajeros.

–¡Oh! –exclamó la Juventud Alegre–. ¡Oh, oh, oh!

–Es como estar dentro de una coctelera –dijo Miles Malpractice–. Querida, tu cara... tiene el color de *Eau de Nil*.

–Esto es mareante –dijo miss Runcible, con uno de sus raros chispazos de exactitud.

Kitty Blackwater y Fanny Throbbing estaban acostadas, una

encima de la otra, en sus respectivas literas, rígidas desde la peluca a las puntas de los pies.

–Me pregunto, ¿te parece que el *champagne...?*

–Kitty...

–Sí, Fanny, querida.

–Kitty, me parece... Es más, estoy segura de que tengo un frasco de sales... Kitty, he pensado que quizá, como tú estás más cerca... En realidad no sería seguro para mí que tratara de bajar... Podría romperme una pierna.

–¿Crees que es conveniente, después del *champagne?*

–Pero es que las necesito. Claro, querida, que *si es demasiada molestia*...

–Nada es demasiada molestia, querida, eso ya lo sabes. Pero ahora que lo pienso, recuerdo, y muy claramente, a decir verdad, que *no* pusiste las sales en las maletas.

–Oh, Kitty, oh, Kitty, por favor... Lamentarías esto, si yo muriera... oh...

–Pero yo vi las sales en tu tocador, después que sacaron el equipaje, querida. Recuerdo que pensé: «Debo llevarle esto a Fanny», y luego, caramba, se me hizo un embrollo con las propinas, de modo que ya ves...

–Yo... misma... las... guardé... Junto con mis cepillos... pedazo de bruta...

–Oh, Fanny.

–Oh... Oh... Oh...

Para el padre Rothschild ningún viaje por mar era peor que otro. Pensó en los sufrimientos de los santos, en la mutabilidad de la naturaleza humana, en los cuatro novísimos, y mientras tanto repetía pasajes de los salmos de penitencia.

El Jefe de la Oposición del gobierno de Su Majestad yacía hundido en un coma en cierto modo glorioso, coma que se hacía más espléndido gracias a sus sueños de imaginería oriental: casas

de papel pintado, dragones dorados y huertos de almendros en flor, miembros dorados y ojos almendrados, humildes y acariciantes; piececitos dorados, sumamente pequeños, entre capullos de almendro; tacitas pintadas llenas de té dorado; una voz dorada cantando detrás de un biombo de papel pintado; humildes y acariciadoras manitas doradas y ojos de forma de almendra y del color de la noche.

Al otro lado de su puerta, dos sargentos detectives sumamente renqueantes habían abandonado sus puestos.

–El tipo que armara líos en un barco como este, bien se merecería que no le hicieran nada después –dijo.

Cada plancha del barco crujía, las puertas se cerraban violentamente, los baúles se caían, el viento aullaba. La hélice, ora fuera del agua, ora dentro de ella, giraba y se agitaba, haciendo caer sombrereras como si fuesen manzanas maduras. Pero por encima de todo el estrépito y alboroto se elevaban del salón de damas de segunda clase las desesperadas voces de los ángeles de Mrs. Ape, en un unísono frecuentemente interrumpido, cantando, cantando, loca, frenéticamente, como si el corazón se les fuese a romper en el esfuerzo y el cerebro a perder el equilibrio, cantando el famoso himno de Mrs. Ape, *No hay moscas en el Cordero de Dios*.

El capitán y el primer oficial estaban sentados en el puente, absortos en un crucigrama.

–Parece que tendremos mal tiempo si se levanta un poco de viento –dijo el capitán–. No me extrañaría que esta noche tuviésemos mar picada.

–Bueno, no siempre puede estar tan sereno como ahora –respondió el primer oficial–. Palabra de dieciocho letras que significa mamífero carnívoro. Que me aspen si entiendo cómo se les ocurren estas cosas.

Adam Fenwick-Symes estaba sentado entre los buenos marineros, en el salón de fumar, bebiendo su tercer whisky irlandés

y preguntándose cuándo se sentiría decididamente mal. Una vaga depresión se acumulaba ya en la parte superior de su cabeza. Todavía faltaban otros treinta y cinco minutos, quizá más, teniendo en cuenta que el viento de proa los retrasaba.

Frente a él estaba sentado un periodista parlanchín, que había viajado mucho y que le contaba relatos obscenos. De tanto en tanto Adam intercalaba algún comentario más o menos adecuado: «Vaya, este sí que es bueno», o «Tengo que acordarme de este», o simplemente «Ja, ja, ja», pero su cerebro no se hallaba en verdad en un estado receptivo.

El barco subía, subía, subía, se detenía un instante, y luego se zambullía con una especie de resbalón lateral. Adam atrapó su vaso y lo salvó de una caída. Y cerró los ojos.

–Y ahora le contaré uno de salón –dijo el periodista.

Detrás de ellos se desarrollaba una partida de naipes entre agentes de comercio. Al principio se habían divertido en grande, diciendo «¡Caray, qué sacudida!», o «¡Firmes, aquí vienen los escollos!», cuando los naipes y los vasos y el cenicero caían al suelo, pero en los últimos diez minutos se habían vuelto notablemente más silenciosos. Era un silencio más bien desagradable.

–Y cuarenta de ases y doscientos cincuenta para la partida. ¿Cortamos otra vez para cambiar de compañero, o seguimos así?

–¿Qué les parece si lo dejamos un rato? Me cansa... la mesa, que se mueve continuamente.

–¡Pero Arthur, no te estarás mareando...!

–Claro que no me siento mal; solo que estoy cansado.

–Bueno, por supuesto que si Arthur se encuentra mal...

–¿Quién habría podido pensar que el viejo Arthur se mareara...?

–Les digo que no me encuentro mal. Un poco cansado. Pero si ustedes quieren seguir, no seré yo el que arruine el juego.

–¡El bueno y viejo Arthur! Claro que no se encuentra mal. ¡Cuidado con las cartas, Bill; ahí subimos otra vez!

–¿Qué les parece otra partida? ¿Como antes?

–Como antes.

–Buena suerte, Arthur.

–Buena suerte.

–¿Quién da? Usted dio la última vez, ¿no es cierto, Mr. Henderson?

–Sí, ahora le toca a Arthur.

–Tú das, Arthur. Anímate, viejo.

–No vuelvas a hacer eso. No es justo golpearle a uno en la espalda de ese modo.

–Cuidado con las cartas, Arthur.

–Bueno, ¿y qué esperabas, después de golpearme de ese modo en la espalda? Estas cosas me cansan.

–Mira, tengo quince cartas.

–Me pregunto si sabe este –dijo el periodista–. Había un hombre que vivía en Aberdeen, y estaba loco por la pesca, de manera que cuando se casó lo hizo con una mujer que tenía lombrices. Muy bueno, ¿eh? ¿Se da cuenta?, le gustaba mucho la pesca, y ella tenía lombrices, fíjese, vivía en Aberdeen, muy bueno, por cierto.

–¿Sabe?, creo que saldré un rato a cubierta. Esto está un poco cerrado, ¿no?

–Me temo que no será posible. El agua barre la cubierta continuamente. No se habrá mareado, ¿verdad?

–No, por supuesto que no. Pero pensé que un poco de aire fresco... Cristo, ¿por qué no termina este condenado vaivén?

–Tranquilo, viejo. Yo en su lugar no intentaría caminar. Mejor quédese donde está. Lo que necesita es un trago de whisky.

–No me encuentro mal, ¿sabe? Pero aquí hay poca ventilación.

–No es nada, viejo. Confíe en su tía.

La partida de bridge no era un éxito.

–Vaya, Mr. Henderson. ¿Qué es esa espada?

–Es un as, eso es.

–No veo que sea un as. Quiero decir, no tendría que haber matado con triunfo en la baza anterior, si tenía una espada.

–¿Qué quiere decir con eso de no tendría que haber matado con triunfo? Se abrió con triunfos.

–No, *no* se abrió con triunfos. Arthur abrió con una espada.

–Abrió con un triunfo, ¿no es cierto, Arthur?

–Arthur abrió con una espada.

–No habría podido abrir con una espada, porque puso un corazón sobre mi rey de espadas, cuando yo creí que tenía la reina. No tiene espadas.

–¿Qué quieres decir con eso de que no tengo espadas? Tengo la reina.

–Arthur, viejo, estoy seguro de que te encuentras *mal*.

–No, te repito que no; estoy un poco cansado, eso es todo. También tú estarías cansado si te hubieran golpeado en la espalda como a mí... y de todos modos estoy aburrido de este juego... Ahí van otra vez los naipes.

Esta vez nadie se molestó en recogerlos. De pronto Mr. Henderson dijo:

–Es raro, no sé por qué de repente siento vértigo. Debo de haber comido algo que no estaba muy fresco. Nunca se puede saber, con esas comidas extranjeras... tan sazonadas...

–Ahora que lo menciona, tampoco yo me siento muy vivaz. Muy mala ventilación en estos barcos del Canal.

–Seguramente es eso. Ventilación. Usted lo ha dicho.

–¿Sabe?, tengo una sensación rara. Nunca me mareo, se lo aseguro, pero a menudo he notado que los barcos no me sientan bien.

–A mí también me pasa.

–La ventilación... es un desastre.

–Caray, me alegraré cuando lleguemos a Dover. Hogar, dulce hogar, ¿eh?

Adam se aferró con fuerza al canto de bronce de la mesa y se sintió algo mejor. *No* iba a vomitar, y basta. Y menos con esa gárgola de hombre que tenía sentado enfrente. Muy pronto estarían cerca de tierra.

Fue en ese momento, en que las cosas estaban más decaídas, cuando reapareció Mrs. Ape en el salón de fumar. Se quedó durante uno o dos segundos en la entrada, haciendo equilibrios entre la puerta batiente y el marco balanceante. Luego, cuando el barco se enderezó momentáneamente, se dirigió al bar, las piernas bien

separadas, las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta de mezclilla.

–Un ron doble –dijo, y sonrió magnéticamente al desdichado grupito de hombres sentados en la sala–. Pero muchachos –dijo–, tienen aspecto de estar terriblemente preocupados por algo. ¿Qué sucede? ¿Tienen enferma el alma, o es el barco, que no quiere quedarse quieto? ¿Mar picada? Pues claro que está picada. Pero permítanme que les pregunte esto: Si ya están de este modo solo por una hora de mareo («No mareo, ventilación», dijo Mr. Henderson mecánicamente), ¿qué sentirán cuando tengan que hacer el gran viaje que nos espera a todos? ¿Están en paz con Dios? – preguntó Mrs. Ape–. ¿Se han preparado para la muerte?

–¡Vaya si me he preparado! –dijo Arthur–. En esta última media hora no he pensado en otra cosa.

–Y bien, muchachos, les diré lo que haremos. Entonaremos una canción juntos, ustedes y yo. («¡Oh, Dios!», exclamó Adam.) Quizá no lo sepan, pero eso es lo que harán. Se sentirán mejor, en cuerpo *y* alma. Es una canción de Esperanza. En estos tiempos no se oye hablar mucho de la Esperanza, ¿no es cierto? Se menciona mucho a la Fe, mucho a la Caridad. Pero se han olvidado de la Esperanza. Hoy hay un solo mal en el mundo. La Desesperación. Conozco muy bien Inglaterra, y les aseguro, muchachos, que tengo lo que les hace falta. Ustedes necesitan Esperanza, y yo tengo Esperanza. Tenga, camarero, distribuya estas octavillas. Si dan la vuelta a la hoja encontraran la letra de una canción. Y ahora, todos juntos... canten. Cinco chelines para usted, camarero, si puede cantar más fuerte que yo. Espléndido; todos juntos, muchachos.

Con voz resonante, sumamente audible, Mrs. Ape inició la canción. Sus brazos se elevaban, caían y aleteaban con el ritmo del canto. El camarero del bar ya era de su bando... poco exacto a veces en la lectura de la letra, pero con una sostenida potencia en las notas bajas que desafiaba toda competencia. Luego se les unió el periodista, y Arthur inició un pequeño canturreo. Muy pronto se lanzaron todos a ello, cantando a voz en grito, e indudablemente es cierto que se sintieron un poco mejor.

El padre Rothschild los oyó y se volvió de cara a la pared.

Kitty Blackwater los oyó.

–Fanny.

–¿Sí?

–Fanny, querida, ¿no oyes cantar?

–Sí, querida, gracias.

–Fanny, querida, espero que no estén celebrando un *servicio*. Quiero decir, querida, que se parece mucho a un himno. ¿Crees posible que estemos *en peligro?* Fanny, ¿puede ser que naufraguemos?

–No me sorprendería nada, ni lo lamentaría.

–Querida, ¿cómo puedes decir eso? Nos habríamos dado cuenta, ¿verdad?, si hubiésemos *chocado* contra algo... Fanny, querida, si quieres echaré una ojeada a ver si encuentro tus sales.

–No creo que eso sirva de nada, querida, teniendo en cuenta que las *viste* sobre mi tocador.

–Puedo haberme equivocado.

–*Dijiste* que las habías *visto*.

El capitán los oyó.

–En todo el tiempo que llevo en el mar –dijo–, nunca he podido aguantar a los misioneros.

–Palabra de seis letras que empieza con ZB –dijo el primer oficial– y que significa «usado para cálculos astronómicos».

–Z no puede estar bien –dijo el capitán después de pensar unos minutos.

La Juventud Alegre los oyó.

–Esto se parece a nuestras primeras fiestas... –dijo miss Runcible–. Esto de encontrarse mal cuando la gente canta.

Mrs. Hoop los oyó.

«Bien –pensó–. Después de este viaje abandonaré la teosofía. Me parece que estudiaré un poco a los católicos.»

A popa, en el salón de segunda clase, donde la hélice hacía todo lo posible para empeorar las cosas, los ángeles lo oyeron. Había pasado un rato desde que ellas habían dejado de cantar.

–Otra vez ella –dijo Divino Descontento.

Solo Mr. Ultraje yacía dichoso y tranquilo, con el cerebro absorto en encantadoras series de sueños de un mundo de vocecitas arrulladoras, tan acariciadoras, tan humildes. Y de ojos negros, color de la noche, de forma de almendras, en biombos de papel pintado; y de cuerpecitos dorados, tan flexibles, tan firmes, tan sorprendentes en las posturas que adoptaban.

Todavía cantaban en el salón de fumar cuando, muy poco después de la hora acostumbrada, el barco entró en el puerto de Dover. Entonces Mrs. Ape, como era su norma invariable, pasó el sombrero y reunió casi dos libras, sin contar sus propios cinco chelines, que recibió de vuelta del camarero del bar. «La salvación no les hace el mismo bien si creen que es gratuita», era su axioma favorito.

II

–¿Tiene algo que declarar?

–Alas.

–¿Las ha usado?

–Claro.

–Entonces, adelante.

–Divino Descontento acapara siempre todas las sonrisas –se quejó Fortaleza a Prudencia–. ¡Diablos, pero qué bueno es estar en tierra firme!

Con pasos inseguros, pero con renovadas esperanzas, los pasajeros habían desembarcado.

El padre Rothschild agitó un pase diplomático y desapareció en el gran automóvil que habían enviado a buscarlo. Los demás se empujaron unos a otros con el equipaje, tratando de atraer a los aduaneros y ansiando una taza de té.

–Tengo escondidas media docena de las mejores –confesó el periodista–. Por lo general no son muy rigurosos después de una mala travesía.

Y en efecto, muy pronto estuvo acomodado en un rincón del coche de primera (porque, claro, el periódico le pagaba los gastos), con el equipaje, ya marcado con tiza, en el furgón.

Pasó algún tiempo antes de que atendieran a Adam.

–No tengo más que ropa vieja y algunos libros –dijo.

Pero en eso se mostró falto de tacto, porque el aire negligente del hombre desapareció de inmediato.

–Libros, ¿eh? –dijo–. ¿Y qué clase de libros, si me permite preguntárselo?

–Mire usted mismo.

–*Gracias*, eso es precisamente lo que pienso hacer. *Libros,* vaya.

Fatigado, Adam quitó las correas a su maleta y la abrió.

–Sí –dijo el aduanero con tono amenazador, como si sus peores

sospechas se hubieran confirmado–, ya lo creo que tiene algunos libros.

Sacó los volúmenes uno por uno y los apiló en el mostrador. Un ejemplar del *Purgatorio* de Dante provocó su especial disgusto.

–Francés, ¿eh? –dijo–. Ya me parecía, y bastante obsceno, también, no me extrañaría. Bien, espere un poco mientras busco estos *libros* –¡cómo lo pronunció!– en mi lista. El Ministro del Interior es especialmente contrario a los libros. Si no podemos aplastar la literatura en el país, por lo menos podemos impedir que la traigan de fuera. Eso es lo que dijo el otro día en el Parlamento, y yo digo: «Muy bien, muy bien...» Bueno, bueno, ¿qué es esto, si se puede saber?

Cuidadosamente, como si pudiese estallar en cualquier momento, extrajo y colocó sobre el mostrador una gran pila de hojas escritas a máquina.

–Esto también es un libro –dijo Adam–. Uno que acabo de escribir. Son mis memorias.

–Sí, ¿eh? Bueno, también me lo llevaré, para que lo revise el jefe. Y será mejor que usted me acompañe.

–Pero tengo que coger el tren...

–Venga. Hay cosas peores que perder trenes –insinuó oscuramente.

Entraron juntos en una oficina interior, cuyas paredes estaban adornadas con pornografía de contrabando y con extraños instrumentos, cuyos usos Adam no pudo adivinar. De la habitación vecina llegaban los gritos y los chillidos de la pobre miss Runcible, a quien hablan confundido con una conocidísima contrabandista de joyas y a la que dos temibles mujeres policías estaban poniendo en cueros.

–Bueno, ¿qué es eso de los libros? –inquirió el jefe.

Con la ayuda de una lista impresa, que comenzaba con «Aristóteles, Obras de (Ilustrado)», revisaron los libros de Adam, laboriosamente, de uno en uno, deletreando los títulos.

Miss Runcible pasó por la oficina, trabajando a todo vapor con el lápiz de labios y el maquillaje.

–¡Adam, querido, no te había visto en el barco! –dijo–. Querido

mío, no puedo siquiera *decirte* las *cosas* que me han pasado ahí. La forma en que miraron... demasiado vergonzoso. Positivamente quirúrgico, querido, y unas mujeres *tan* perversas, parecían *viudas*, querido. En cuanto llegue a Londres llamaré por teléfono a todos los ministros del gabinete y a *todos* los periódicos y les proporcionaré los detalles más espeluznantes.

El jefe estaba en ese momento enfrascado en la lectura de las memorias de Adam, emitiendo de tanto en tanto una siniestra risita que en parte era triunfal y en parte despectiva, pero, en general, genuinamente apreciativa.

–Caray, Bert –dijo–. Mira esto, muy bueno, ¿eh?

Pronto juntó las hojas, las ató y las dejó a un lado.

–Bueno, mire –dijo–. Puede llevarse estos libros de arquitectura y el diccionario, y no tengo inconveniente en hacer la vista gorda por una vez y permitirle que se quede también con los libros de historia. Pero este libro de economía puede ser considerado como propaganda subversiva. Eso tiene que quedarse aquí. Y este *Purgatorio* no me parece muy bien, de modo que se quedará igualmente, hasta que investiguemos. Pero en cuanto a esta autobiografía, es absolutamente pornográfica, y la quemaremos de inmediato, ¿entiende?

–¡Cielos, pero si no hay una sola palabra en el libro que...! Seguramente lo interpreta mal.

–No tanto. Reconozco la obscenidad cuando la veo, o no estaría en este puesto.

–Pero ¿se da cuenta de que mis medios de vida dependen de ese libro?

–Y *mis* medios de vida dependen de que impida que obras como esta entren en el país. Y ahora váyase, pronto, si no quiere verse ante un tribunal.

–Adam, cariño, no discutas, o perderemos el tren.

Miss Runcible lo cogió del brazo y lo condujo nuevamente a la estación, y le habló de la encantadora fiesta que se celebraría esa noche.

–*¿Raro?*, ¿quién tenía aspecto raro?

–Tú, Arthur.

–No, nada de eso... me sentía cansado, eso es todo.

–Es cierto que por un momento faltó el aire allí.

–Es maravillosa la forma en que esa vieja animó el ambiente. La semana próxima da una conferencia en el Albert Hall.

–No me sorprendería nada que yo mismo decidiese ir. ¿Qué le parece, Mr. Henderson?

–Tiene un grupo de ángeles, dice ella. Todas vestidas de blanco, con alas, soberbio. Ella tampoco es tan mal parecida, bien mirado.

–¿Cuánto pusiste en el plato, Arthur?

–Media corona.

–Yo también. Lo extraño es que antes nunca había dado media corona. Da la impresión como si ella lograra arrancártela, diablos.

–No podrás salir del Albert Hall, si no metes antes la mano en el bosillo.

–No, pero me gustaría ver a esos ángeles disfrazados, ¿eh, Mr. Henderson?

–Fanny, ¿no es esa Agatha Runcible, la hija de la pobre Viola Chasm?

–Me pregunto por qué Viola le permitirá ir de un lado a otro. Si fuera mi hija...

–*Tu* hija, Fanny...

–Kitty, no está bien que hables así.

–Querida, solo he querido decir... De paso, ¿has tenido noticias de ella últimamente?

–Lo último que he sabido era lo peor de todo, Kitty. Había partido de Buenos Aires. Me temo que ha roto completamente sus relaciones con lady Metroland. Parece que está en una especie de compañía en gira.

–Querida, lo siento. No habría debido mencionarlo, pero cada vez que veo a Agatha Runcible no puedo dejar de pensar... las muchachas parecen saber tantas cosas hoy en día. Nosotras tuvimos que aprenderlo todo por nuestra cuenta, ¿no es verdad, Fanny?, y nos llevó tanto tiempo... Si hubiese tenido las

oportunidades de que gozó Agatha Runcible... ¿Quién es el joven que la acompaña?

–No sé, y, francamente, no creo que... ¿no te parece? Tiene un aspecto tan reposado...

–Tiene unos hermosos ojos. Y camina con elegancia.

–Apuesto a que cuando llegase el momento... Aun así, como digo, si yo hubiese tenido las ventajas de que disfrutó Agatha Runcible...

–¿Qué estás buscando, querida?

–Pero querida, ¡qué extraordinario! Ahí *están* las sales, junto a mis cepillos, donde han estado todo el tiempo.

–Fanny, qué espantoso de mi parte. Si hubiese sabido...

–Seguramente debiste ver otro frasco en el tocador, querida. Quizá lo puso allí la criada. En el Lotti nunca se puede saber lo que ocurre, ¿verdad?

–Fanny, perdóname.

–Pero queridísima, ¿qué tengo que perdonarte? En fin de cuentas *viste* otra botella, ¿no es cierto, Kitty, querida?

–Vaya, ahí está Miles.

–¿Miles?

–Tu hijo, querida. Mi sobrino, ¿sabes?

–*Miles*. ¿Sabes, Kitty?, creo que es él. Nunca viene a visitarme el muy sinvergüenza.

–Querida mía, tiene un aspecto terriblemente afeminado.

–Tesoro, ya lo sé. Es una gran pena para mí. Aunque trato de no pensar mucho en ello... tuvo tan pocas oportunidades, siendo el pobre Throbbing lo que era...

–Los pecados de los padres, Fanny...

No muy lejos de Maidstone, Mr. Ultraje volvió completamente en sí. Frente a él, en el vagón, los dos detectives dormían, con el sombrero hongo encajado sobre la frente, la boca abierta, las rojas manazas fláccidamente caídas sobre el regazo. La lluvia golpeaba contra las ventanillas; el vagón estaba intensamente frío y apestaba a tabaco rancio. Dentro había anuncios de ruinas horriblemente pintorescas; fuera, bajo la lluvia, carteles que pregonaban las

bondades de productos farmacéuticos y de bizcochos para perros. «Las galletas Melacina para perros que menean la cola», leyó Mr. Ultraje, y el tren repetía una y otra vez: «Honorabilísimo señor, Honorabilísimo caballero, Honorabilísimo señor, Honorabilísimo caballero...»

Adam entró en el vagón de la Juventud. Los jóvenes tenían aún un aspecto un tanto enfermizo, pero se animaron maravillosamente cuando se enteraron del ofensivo tratamiento de que miss Runcible había sido objeto en manos de los aduaneros.

–*Bueno* –exclamaron–, *¡bueno!* Qué escandaloso, Agatha querida –dijeron–. Cuán devastador, cuán poco policial, qué cabronada, qué repugnante, qué espanto. –Y luego comenzaron a hablar de la fiesta que esa noche ofrecía Archie Schwert.

–¿Quién es Archie Schwert? –preguntó Adam.

–Oh, es uno nuevo que apareció después de que tú te fueras. El hombre *más* fraudulento del mundo. Lo descubrió Miles, y desde entonces ha estado subiendo y subiendo y *subiendo*, querido, a tal punto, que ya casi no nos reconoce. Es bastante simpático, en realidad, aunque demasiado terriblemente vulgar, el pobrecito. Vive en el Ritz, y se me ocurre que eso es demasiado lujoso, ¿no te parece?

–¿La fiesta la ofrece allí?

–Querido mío, por supuesto que no. En casa de Edward Throbbing. Es hermano de Miles, pero es atrozmente misterioso y político, y no conoce a nadie. Se puso enfermo y se fue a Kenya o a cualquier otra parte, y dejó su casa de la calle Hertford, una casa horrible, de modo que todos nos hemos ido a vivir allí. Será mejor que vengas tú también. Al principio a los caseros no les gustó mucho, pero les dimos bebidas y demás, y ahora están sencillamente encantados y se pasan el día recortando las noticias de los diarios, querido, referentes a nuestras correrías.

»Lo malo es que no tenemos coche. Miles lo ha roto, el de Edward, quiero decir, y sencillamente no tenemos dinero para arreglarlo, de manera que me parece que pronto tendremos que

mudarnos. Todo se rompe poco a poco, y la casa está sucia, ¿me entiendes? Porque, ¿sabes?, no hay criados; solo el mayordomo y su esposa, y ahora están siempre borrachos. Es tan desmoralizador... Mary Ratón fue un ángel y nos envió grandes cestas de caviar y otras cosas... Pagará la fiesta de Archie, la de esta noche, claro...

–¿Saben?, me parece que me voy a encontrar mal otra vez...

–¡Oh, Miles!

(¡Oh, Juventud Alegre!)

Apiñadas en un coche de segunda clase, los ángeles tardaban en recobrar el buen humor.

–Se ha llevado otra vez a Prudencia a su vagón –dijo Divino Descontento, que en una oportunidad, durante una delirante quincena, había sido la favorita de Mrs. Ape–. No entiendo qué ve en ella. ¿Cómo es Londres, Fortaleza? Solo he estado una vez.

–Nada menos que el cielo. Comercios y todo eso.

–¿Cómo son los hombres, Fortaleza?

–Oye, ¿no piensas nunca en otra cosa que no sea en los *hombres*, Castidad?

–Ya lo creo que pienso en otras cosas. Solo preguntaba.

–Bueno, no hay gran cosa que ver, aparte de las tiendas. Pero son útiles.

–Oye, ¿habéis oído eso? Eres lista, Fortaleza. ¿Habéis oído lo que ha dicho Fortaleza? Dijo: Son útiles.

–¿Qué, las tiendas?

–No, tonta; los hombres.

–Los *hombres*. Muy bien dicho, vaya.

El tren llegó muy pronto a Victoria, y los pasajeros se dispersaron por todo Londres.

Adam dejó su maleta en el Hotel Shepheard y fue directamente a la calle Henrietta, a ver a sus editores. Era casi hora de cerrar, de modo que la mayor parte del personal se había ido ya a su casa, pero por suerte Mr. Sam Benfleet, el director más joven, con el cual trataba siempre Adam, estaba en su despacho corrigiendo pruebas

de una de sus novelistas. Era un joven competente, con aspecto de elegancia contenida (su secretaria siempre se estremecía un poco cada vez que llevaba una taza de té).

–No, no puede poner eso –decía continuamente, respaldando una tras otra las protestas del impresor–. No, maldición, no puede decir *eso*. Acabaremos en la cárcel.

Una de sus tareas más agotadoras era la de «animar» los manuscritos más reticentes que se le sometían y «moderar» los más «francos», hasta reducirlos todos a la norma moral aceptable de su época.

Saludó a Adam con la mayor cordialidad.

–Bien, bien, Adam, ¿cómo está? Magnífico. Siéntese. Tome un cigarrillo. ¡Qué día para llegar a Londres! ¿Ha tenido una buena travesía?

–No, al contrario.

–Vaya, lo *siento*. Nada tan terrible como una travesía terrible, ¿no es cierto? ¿Por qué no viene esta noche a cenar a la calle Wimpole? Vendrán unos norteamericanos bastante simpáticos. ¿Dónde se aloja?

–En el Shepheard... donde Lottie Crump.

–Bueno, ahí siempre hay diversión. Hace diez años que trato de arrancarle a Lottie una autobiografía. Y ahora que me acuerdo: nos ha traído su manuscrito, ¿verdad? El otro día el viejo Rampole me preguntó por él. Hace una semana que venció el plazo, ¿sabe? Espero que le hayan gustado las noticias preliminares que hemos enviado a los periódicos. Hemos fijado la fecha de publicación para la segunda semana de diciembre, a fin de que pase una quincena antes de lanzar la autobiografía de Johnnie Hoop. Esa sí que se venderá. Hay algunos fragmentos un poco escabrosos. Tuvimos que cortar algunos... ya sabe cómo es el viejo Rampole. A Johnnie no le gustó. Pero estoy ansioso por leer la de usted.

–Bien, Sam, usted verá, ha sucedido una cosa espantosa...

–Oiga, espero que no me diga que no la ha terminado aún. La fecha del contrato, ¿entiende...?

–Oh, está terminada. Quemada.

–¿Quemada?

–Quemada.

–Qué horror. Espero que esté asegurada.

Adam explicó los detalles de la destrucción de su autobiografía. Hubo una larga pausa, mientras Sam reflexionaba.

–Lo que me preocupa es cómo hacer que eso le resulte convincente al viejo Rampole.

–Creo que es bastante convincente.

–No conoce al viejo Rampole. A veces me resulta muy difícil, Adam, trabajar con él. Ahora bien, si yo pudiese decidir, le diría: «Tómese su tiempo. Empiece de nuevo. No se inquiete...» Pero ahí está el viejo Rampole. Es un demonio para los contratos, ¿sabe?, y usted *dijo*, ¿verdad...? Es penoso. ¿Sabe?, me gustaría que todo eso no hubiera sucedido.

–También a mí me gustaría, aunque parezca extraño.

–Y hay otra dificultad. Ya se le ha hecho un adelanto, ¿no es cierto? ¿Cincuenta libras? Bueno, ¿sabe?, *eso* dificulta aún más las cosas. Al viejo Rampole nunca le han gustado los adelantos grandes a los autores jóvenes. Ya sabe que me molesta tener que decirlo, pero no puedo dejar de pensar que lo mejor sería que nos devolviese el anticipo (más los intereses, claro; el viejo Rampole insistiría en ese punto) y cancelase el contrato. Luego, si se le ocurriese escribir nuevamente el libro, bien, naturalmente, nos encantaría tenerlo en cuenta. Supongo que... bueno, quiero decir que eso *sería* sumamente *conveniente*, y además, lo de devolver el adelanto...

–No solo inconveniente, sino además imposible –repuso Adam sin tono especial.

Se produjo otra pausa.

–Condenadamente embarazoso –dijo Sam Benfleet–. Es una vergüenza que a los funcionarios de la Aduana se les permita tomarse la ley por su cuenta. Gente absolutamente ignorante. Libertad de temas, quiero decir, y todo eso. Le diré qué podemos hacer. Iniciaremos una correspondencia al respecto en el *New Statesman*... Todo esto es tan condenadamente embarazoso. Pero creo que veo una solución. Supongo que usted podría volver a escribir el libro y tenerlo listo para incluirlo en la Lista de Primavera.

¿Sí? Bien, cancelaremos el contrato y nos olvidaremos del anticipo. No, no, mi querido amigo, no me lo agradezca. Si yo estuviese solo aquí, haría estas cosas continuamente. Ahora, en cambio, redactaremos un nuevo contrato. No será tan bueno como el anterior, mucho me temo. El viejo Rampole no toleraría tal cosa. Pero le diré que le daremos nuestro contrato corriente para primeras novelas. Aquí tengo un formulario impreso. No necesitará más de un minuto para rellenarlo. Firme aquí.

–¿Puedo leer las condiciones?

–Por supuesto, mi querido amigo. Al principio parecen un poco duras, ya lo sé, pero es el formulario habitual. Hemos tenido consideraciones especiales en su caso, ¿sabe? Es muy sencillo. Sin derechos de autor en los primeros dos mil, luego un porcentaje del dos y medio por ciento, que sube hasta el cinco por ciento en los diez mil. Nosotros retenemos los derechos de publicación por entregas, de representación cinematográfica y teatral, de publicación en Norteamérica y en las colonias, y los de traducción, claro. Y, por supuesto, nos reservamos una opción para sus doce próximos libros en los mismos términos. En realidad es un convenio sumamente claro. No deja lugar para ninguna de las disputas que amargan las relaciones entre autor y editor. La mayoría de nuestros autores trabajan sobre la base de un contrato como este... Espléndido. Y ahora no se preocupe más por ese adelanto. Lo entiendo *perfectamente*, y ya me las arreglaré para convencer al viejo Rampole, aun cuando tenga que sacar dinero de mis honorarios de director.

«Convencer al viejo Rampole», repitió pensativamente Mr. Benfleet para sí, mientras Adam bajaba a la calle. Era una suerte, reflexionó, que ninguno de los autores se topara jamás con el socio de más edad, ese bondadoso y anciano caballero que una vez por semana viajaba desde el campo para asistir a las reuniones de dirección y cuyo principal interés en el negocio se limitaba a los progresos en la venta de un librito escrito por él sobre la crianza de abejas, que habían publicado hacía veinte años y que, aunque él no lo sabía, habían dejado de distribuir. A menudo se preguntaba, en

sus momentos de inquietud, qué podría decir cuando Rampole muriera.

En ese momento Adam recordó que estaba prometido. El nombre de su novia era Nina Blount. De modo que bajó a una estación del metro, entró en una cabina telefónica que olía bastante mal, y la llamó.

–Hola.

–Hola.

–¿Puedo hablar con miss Blount, por favor?

–Miraré si está –respondió la voz de miss Blount–. ¿Quién le habla, por favor?

Se mostraba siempre puntillosa en cuanto a esa ficción de tener a alguien que atendiese el teléfono por ella.

–Mr. Fenwick-Symes.

–Oh.

–Adam, ¿sabes? ¿Cómo te va, Nina?

–Bueno, en este momento no muy bien.

–Pobre Nina. ¿Quieres que venga a verte?

–No, mejor que no, querido, porque estaba a punto de tomar un baño. ¿Por qué no cenamos juntos?

–Bueno, el caso es que he invitado a cenar a Agatha Runcible.

–¿Por qué?

–Unos marineros le quitaron toda la ropa.

–Sí, ya sé. El periódico de la noche trae la noticia... Bueno, entonces te diré qué podemos hacer. Nos encontraremos en la fiesta de Archie Schwert. ¿Irás tú?

–Creo que he prometido asistir.

–Muy bien, entonces. No vayas de etiqueta. Nadie irá, salvo Archie.

–Oh, oye, Nina, una cosa... no creo que, a fin de cuentas, pueda casarme contigo.

–Oh, *Adam*, eres un fastidio. ¿Por qué no?

–Me han quemado el libro.

–Animales. ¿Quién?

–Ya te lo contaré esta noche.

–Sí, *por favor*. Hasta luego, querido.

–Hasta luego, cariño.

Adam colgó y salió de la cabina. La gente se había apiñado en la estación del metro, huyendo de la lluvia, y sacudían sus paraguas y leían los diarios de la noche. Adam pudo ver los titulares por encima del hombro de alguien.

PENOSA PRUEBA PARA LA HIJA DE UN PAR EN DOVER. SERIAS ACUSACIONES DE UNA JOVEN DE LA ALTA SOCIEDAD. LA HONORABLE A. RUNCIBLE DICE: «DEMASIADO VERGONZOSO.»

–Pobre joven –dijo una indignada anciana, junto a él–. Indigno, digo yo. Y una carita tan dulce y bella... Ayer mismo vi su foto en los periódicos. Una mentalidad sucia y fisgona. Eso es lo que tienen. Y su pobre padre, y todo lo demás. Mira, Jane, también hay una noticia sobre él. «Entrevistado esta noche en el Carlton Club, lord Chasm (el padre de ella, ¿sabes?) se negó a hacer una declaración definitiva. “No permitiremos que la cosa termine así”, dijo.» Muy bien dicho, digo yo. ¿Sabes?, siento lo mismo que si esa muchacha fuese mi propia hija. Como veo su fotografía tan a menudo, y nuestra Sarah les limpiaba la parte trasera de la casa, los martes, en el apartamento en que vivía la tía de ella... esa que tuvo ese horrible divorcio el año pasado...

Adam compró un periódico. No le quedaban más que diez chelines en el mundo. Llovía demasiado para ir a pie, de modo que cogió un atestado metro hasta la calle Dover y cruzó apresuradamente, bajo la lluvia, hasta el Hotel Shepheard (que, a los fines de la presente narración, podemos suponer situado en la esquina de Hay Hill).

III

Lottie Crump, propietaria del Hotel Shepheard, calle Dover, acompañada invariablemente por dos terrier Cairn, es para nosotros un dichoso recordatorio de que los esplendores de la era eduardiana no se limitaban por entero a lady Anchorage o Mrs. Blackwater. Conserva un físico imponente, pues se ha visto singularmente preservada de cualquier desgracia, y permanece soberbiamente ajena a aquellos cambios del orden social que agitan a las *grandes dames* más observadoras de su época. Cuando estalló la guerra quitó de la pared la fotografía dedicada del Káiser y, con cierta solemnidad, la colgó en el cuarto de baño de los criados. Fue su única acción combativa. Desde entonces había tenido sus problemas –formularios de impuestos, restricciones relacionadas con las bebidas alcohólicas y jóvenes a cuyos padres había conocido y que le entregaban cheques sin fondos–, pero fueron muy pronto olvidados. Cualquiera, por muy impregnado que esté de modernismo, puede ir cuando le plazca al Shepheard –si a Lottie le gusta su cara– para beber, frescos e incontaminados, grandes tragos curativos del pozo de la seguridad eduardiana.

El Shepheard tiene una austera fachada de ladrillo y una grande y sencilla puerta. Dentro parece una casa de campo. Lottie es una maniática de las subastas y le agrada, cada vez que se liquida una de las grandes casas de su época, comprar algo como recuerdo de los buenos tiempos pasados. En el Shepheard hay demasiados muebles, algunos raros, otros tan repugnantes que escapan a toda descripción. Hay abundancia de felpa roja y de marroquí rojo e innumerables regalos de bodas de la década de los ochenta; y en especial muchos de esos macizos artefactos mecánicos cubiertos de escudos de armas y monogramas y relacionados en cierto modo con los puros. Es la clase de casa en la que uno espera encontrar mazos de croquet y palos de polo en el cuarto de baño, y juguetes

infantiles en el fondo de la cómoda, y un mapa de alguna hacienda y un blanco de ballestería –rezumando paja–, y una bicicleta, y uno de esos bastones de paseo que se convierten en florete, en algún lugar de un pasillo, entre puertas forradas de bayeta, que huelen a humedad. (En rigor, lo único que es probable encontrar en la habitación de uno, en casa de Lottie, es una o dos botellas de champán, vacías, y un cubrecorsé arrugado.)

Los criados, como los muebles, son viejos y han estado en casas aristocráticas. Doge, el jefe de los camareros, es duro de oído, parcialmente ciego, está torturado por la gota y antes fue lacayo de los Rothschild. En verdad, en más de una ocasión, en la juventud del padre Rothschild, había tenido a este en sus rodillas, cuando iba con su padre (otrora el decimoquinto en la lista de los hombres más ricos del mundo) a visitar a sus primos más ricos aún, pero no casaba con su carácter el fingir que alguna vez quiso realmente al embrión de jesuita, que era «más que listo», que tenía la costumbre de formular preguntas extraordinarias y que estaba dotado de una penetrante sagacidad para descubrir falsedades o exageraciones.

Aparte de Doge hay innumerables y ancianas criadas, que siempre trotan de un lado a otro con cubos de agua caliente y toallas. Hay también un joven italiano que hace la mayor parte del trabajo y recibe horribles insultos de Lottie, quien lo pescó una vez empolvándose la nariz y no le permite que lo olvide. En realidad, ese es uno de los pocos hechos de la experiencia reciente de Lottie que parece siempre accesible para todos.

La salita de Lottie, en la que se centra la mayor parte de la vida del Shepheard, contiene una amplia colección de fotografías dedicadas. La mayoría de los miembros masculinos de las familias reales de Europa están representados (salvo el ex emperador de Alemania, quien no ha sido reinstalado, si bien hubo un claro cambio de sentimientos en relación con él, con ocasión de su segundo matrimonio). Hay fotografías de jóvenes a caballo, en carreras de obstáculos; de ancianos conduciendo de la brida a los ganadores de carreras «clásicas»; de caballos solos, y de jóvenes solos, ataviados con ceñidos cuellos blancos o con el uniforme de la Brigada de la Guardia. Hay caricaturas por «Spy», y fotografías recortadas de

periódicos ilustrados, muchas de ellas con breves noticias necrológicas: «muerto en acción». Hay fotografías de yates navegando a toda vela, y de ancianos con gorras de marino. Hay algunas instantáneas terriblemente graciosas de automóviles de los más antiguos. Se encuentran muy pocos escritores o pintores y ningún actor, porque Lottie es fiel a la sólida vanidad antigua de las libras esterlinas y las hojas de fresa.[1]

Cuando Adam llegó, Lottie estaba en el vestíbulo insultando al camarero italiano.

–Bueno –dijo ella–, usted es un desconocido. Pase. Precisamente estábamos pensando en beber un trago. Encontrará a muchos de sus amigos.

Condujo a Adam a la salita, donde encontraron a varios hombres, ninguno de los cuales era conocido de Adam.

–Todos ustedes conocen a lord No sé Cuántos, ¿verdad? –dijo Lottie.

–Mr. Symes –dijo Adam.

–Sí, querido, eso he dicho. Bendito sea, lo conozco desde antes de que naciese. ¿Cómo está su padre? No ha muerto, ¿verdad?

–Sí, me temo que sí.

–Bueno, ¡qué me dice! Yo podría contarle algunas cosas de él. Y ahora permítame que lo presente... Ese es Mr. Como se Llame, se acuerda de él, ¿no? Y ahí, en aquel rincón, está el comandante, y ahí está Mr. Fulano de Tal, y ese es norteamericano, y ahí está el rey de Ruritania.

–¡Ay!, ya no –exclamó un hombre barbudo.

–Pobrecito –dijo Lottie, que siempre había tenido debilidad por la realeza, aunque hubiese sido depuesta–. Es una vergüenza. Lo expulsaron después de la guerra. No tiene ni un penique. Claro que nunca tuvo mucho. Su esposa está encerrada en un manicomio.

–Pobre María Cristina. Es cierto lo que dice Mrs. Crump. Ha perdido por completo el seso. Constantemente piensa que cualquiera es una bomba.

–Es muy cierto, pobrecita –dijo Lottie, jubilosa–. El sábado llevé al rey a visitarla... (no me gusta verlo viajar en tercera clase). La escena me arrancó lágrimas. La mujer nos esquivaba

continuamente, corría de un lado a otro. Creía que le estaban tirando cosas.

–Es una cosa extraña, también –dijo el rey–. A todos mis familiares les arrojaron bombas, pero a la reina nunca. Mi pobre tío Joseph una noche voló en pedazos, en la ópera, y mi hermana encontró tres bombas en su cama. Mi esposa nunca. Pero un día la doncella la está peinando antes de la cena, y le dice: «Señora (le dice), el cocinero ha recibido lecciones del cocinero de la legación francesa...» La comida en mi casa no era lo que se llama *chic*. Un día era carnero caliente, y después carnero frío, luego el mismo carnero, caliente otra vez, pero menos sabroso, no *chic*, ¿me entienden...? «Ha recibido lecciones del cocinero francés (le dice la doncella) y ha cocinado una enorme bomba como sorpresa para su cena de esta noche en honor del ministro sueco.» Y entonces la pobre reina dice «Oh», así, y desde entonces su pobre cerebro quedó reducido a la miseria.

El ex rey de Ruritania suspiró pesadamente y encendió un cigarrillo.

–Bien –dijo Lottie enjugándose una lágrima–, ¿qué tal un traguito? Vaya, usted, ese que está allí, Su Señoría el juez Zutano, ¿qué me dice de una copita para los caballeros?

El norteamericano, que, como todos los presentes, se había emocionado profundamente con el relato del ex rey, se levantó, hizo una inclinación con la cabeza y dijo:

–Consideraré un gran honor que Su Majestad y usted misma, Mrs. Crump, y estos otros caballeros...

–Así se habla –dijo Lottie–. Eh, tú, ¿dónde está mi Príncipe Encantador? Empolvándose otra vez, supongo. Ven aquí, Nancy, y olvídate un momento de la crema de belleza.

Entró el camarero.

–Una botella de vino –dijo Lottie– para el juez No sé Cuántos.

Cuando no se especifica con detalle, la bebida que se sirve en la salita de Lottie es champán. Hay también un misterioso juego de dados, que siempre termina igual: alguien ofrece una botella de vino a todos los presentes, pero Lottie tiene un alma equitativa y procura

con todo cuidado, cuando hace las cuentas, que los más ricos paguen por los demás.

Después de la tercera o cuarta botella de vino, Lottie dijo:

–¿A quién creen que tenemos esta noche cenando arriba? *Al Primer Ministro*.

–A mí nunca me han gustado los Primeros Ministros. Hablan y hablan, y después hablan un poco más. «Señor, tiene que firmar esto. Señor, tiene que ir aquí y allá. Señor, tiene que coserse ese botón antes de conceder audiencia al plenipotenciario negro de Liberia.» ¡Bah! Después de la guerra mi gente me dio calabazas, sí, pero arrojaron a mi Primer Ministro por la ventana, se pegó un buen golpe. ¡Ja, ja!

–Y no está solo –dijo Lottie con un terrible guiño.

–¿Quién, sir James Brown? –preguntó el comandante, escandalizado a pesar suyo–. No lo creo.

–No, se llama Ultraje.

–No es el Primer Ministro.

–Sí que lo es. Lo vi en el periódico.

–No, no lo es. Dejó el puesto la semana pasada.

–¡Vaya, cómo cambian! No puedo aguantar esas cosas. Doge, ¡Doge! ¿Cómo se llama el Primer Ministro?

–¿Señora?

–¿Cómo se llama el Primer Ministro?

–Esta noche no, creo que no, señora, por lo menos según se me informó.

–¿Cómo se llama el Primer Ministro, viejo estúpido?

–Ah, perdón, señora. No la había oído bien. Sir James Brown, señora, baronet. Un caballero muy simpático, por lo que me han dicho. Conservador, tengo entendido. Son de Gloucestershire, creo.

–Ahí tienen, ¿qué les había dicho? –exclamó Lottie con voz triunfal.

–Es una cosa sumamente extraordinaria, la Constitución británica –dijo el ex rey de Ruritania–. Continuamente, cuando era joven, no me enseñaban otra cosa que la Constitución británica. Mi preceptor había sido profesor en esa escuela de Eton de ustedes. Y ahora,

cuando vengo a Inglaterra, siempre hay un Primer Ministro distinto y nadie sabe quién es quién.

–Oh, señor –dijo el comandante–, de eso tiene la culpa el Partido Liberal.

–¿Liberales? Sí. Nosotros también teníamos liberales. Ahora les diré una cosa; yo tenía una estilográfica de oro. Mi padrino, el buen archiduque de Austria, me regaló una estilográfica de oro con unas águilas grabadas. Me gustaba mucho mi estilográfica de oro. –Las lágrimas asomaron a los ojos del rey. El champán era ahora un lujo del cual pocas veces podía gozar–. Me gustaba mucho mi pluma con las pequeñas águilas. Y un día se presenta un ministro liberal. Un tal conde Tampen, un hombre, Mrs. Crump, de excesiva maldad. Vino a hablarme y se plantó ante mi pequeño escritorio, y golpea y habla mucho acerca de algo que no entiendo, y cuando se va... ¿dónde estaba mi estilográfica de oro, con las águilas grabadas...? También se había ido.

–Pobre rey –dijo Lottie–. Bueno, beba otra copa.

–... consideraré un gran honor –dijo el norteamericano– que Su Majestad y estos caballeros y Mrs. Crump...

–Doge, dígale a mi periquito que venga... Tú, el juez quiere otra botella de vino...

–... honraré una gran consideración... consideraré un gran honor que Mrs. Majestad y estos caballeros y Su Crump...

–Está bien, juez, ya viene otra botella...

–... consideraré un gran Crump que su honor y estas Majestades y Mrs. Caballeros...

–Sí, sí, está bien, juez. No dejen que se caiga, muchachos. Bendito sea, cómo beben estos norteamericanos.

–... sería para mí una gran Crump de Majestades si Mrs. Consideración...

Y Su Señoría el juez Skimp de la Corte Federal Superior rompió a reír un poco exageradamente. (Es preciso recordar, en favor de todos ellos, que ninguno había cenado aún.)

Ahora bien, había un joven sumamente suave y elegante, con bigote, que había permanecido todo el rato en un rincón, bebiendo

en silencio, sin hablar con nadie, salvo los ocasionales «Salud» que dirigía al juez Skimp. De pronto se puso en pie y dijo:

–Apuesto a que no pueden hacer esto.

Puso sobre la mesa tres monedas de medio penique y las movió deliberadamente durante un rato. Luego levantó la mirada con una expresión de orgullo.

–Solo toqué cada moneda cinco veces y las cambié dos veces de posición –dijo–. Háganlo ustedes, si quieren.

–Bueno, ¿no es un joven inteligente? –comentó Lottie–. ¿Dónde ha aprendido eso?

–Me lo enseñó un tipo en el tren –dijo el joven.

–No parece muy difícil –observó Adam.

–Inténtelo. Le apuesto cualquier cosa a que no puede hacerlo.

–¿Cuánto quiere apostar?

A Lottie le encantaban esas cosas.

–Lo que les parezca. Quinientas libras.

–Adelante –dijo Lottie–. Hágalo. Tiene mucho dinero.

–Bueno –dijo Adam.

Cogió las monedas y las movió como lo había hecho el joven. Cuando terminó preguntó:

–¿Qué tal?

–Bueno, estoy desconcertado –dijo el joven–. Nunca había visto a nadie que lo hiciera así. Esta semana he ganado mucho dinero con esta triquiñuela. Tome.

Y sacó una cartera y entregó a Adam un billete de quinientas libras. Luego volvió a sentarse en el rincón.

–Bien –dijo Lottie, aprobadora–, eso es deportivo. Ofrezca a los muchachos una copa, para celebrarlo.

De manera que todos bebieron otra copa.

De pronto el joven se levantó nuevamente.

–Le juego a doble o nada –dijo–. Lo echaremos a cara o cruz, tres veces.

Lanzaron la moneda dos veces y Adam ganó las dos.

–Bueno, qué me dicen –dijo el joven, entregándole otro billete–. Es usted un individuo con suerte.

–Tiene montañas de dinero –dijo Lottie–. Mil libras no son nada

para él.

Le agradaba pensar eso de todos sus huéspedes. En realidad, en el caso de aquel joven se equivocaba. Llevaba por casualidad todo su dinero encima porque había vendido los pocos valores que le quedaban para comprarse un automóvil nuevo. De modo que al día siguiente, en cambio, se compró una moto de segunda mano.

Adam sintió un poco de vértigo, por lo cual bebió otra copa.

–¿Le molestaría que llamara por teléfono? –dijo.

Llamó a Nina Blount.

–¿Habla Nina?

–Adam, querido, ya estás borracho.

–¿Cómo lo sabes?

–Te oigo. ¿Qué pasa? Estaba a punto de salir a cenar.

–He llamado para decirte que no hay inconveniente en que nos casemos. Tengo mil libras.

–Oh, magnífico. ¿Cómo ha sido?

–Te lo explicaré cuando nos veamos. ¿Dónde cenas?

–En el Ritz, Archie. Querido, me *alegro* de que nos casemos.

–También yo. Pero no nos pongamos serios.

–No me estaba poniendo seria, y de todas maneras tú estás borracho.

Adam volvió a la salita. Había llegado miss Runcible, y estaba en el vestíbulo, sumamente emperifollada.

–¿Quién es esa zorra? –preguntó Lottie.

–No es una zorra, Lottie; es Agatha Runcible.

–Parece una zorra. ¿Cómo le va, querida?, pase. Estamos pensando en beber una copa. Naturalmente, ya conoce a todos, ¿no es cierto? Ese de la barba es el rey... No, queridita, el rey de Ruritania. No le molesta que la haya confundido con una zorra, ¿verdad, querida? Tiene toda la apariencia de serlo, vestida de ese modo. Claro, ahora veo muy bien que no lo es.

–Querida, si me hubiese visto esta tarde... –Y comenzó a contarle a Lottie Crump lo que había sucedido en la Aduana.

–¿Qué haría usted si consiguiese de pronto mil libras? –preguntó Adam.

–Mil *libras* –dijo el rey, y su mirada se tornó soñadora ante la

absurda visión–. Bueno, primero me compraría una casa, un coche, un yate y un par de guantes nuevos, y luego fundaría un pequeño periódico en mi país, para decir que debo volver y ser el rey, y después no sé qué más haría, pero tendría otra vez tantas diversiones y grandeza...

–Pero no puede hacer todo eso con mil libras, señor.

–¿No... no puedo... con mil libras...? Oh, bueno, entonces creo que me compraría una estilográfica de oro, con águilas grabadas, como la que me robaron los liberales.

–Ya sé lo que haría yo –dijo el comandante–. Las apostaría a un caballo.

–¿Qué caballo?

–Sé de uno que no es favorito, en el handicap de noviembre. Un caballo llamado Correo Indio. Ahora se están haciendo apuestas de veinte a uno en su favor, y es probable que la proporción aumente. Ahora bien, si le apostara mil libras y el animal ganara, entonces sería rico, ¿no es así?.

–Sí, así es. ¡Qué maravilloso! ¿Sabe?, creo que haré eso. Me parece una excelente idea. ¿Cómo puedo hacerlo?

–Déme las mil libras y yo me ocuparé de eso.

–Vaya, muy bondadoso de su parte.

–No es nada.

–No, de veras, me parece muy amable. Mire, aquí tiene el dinero. Tome una copa, ¿quiere?

–No, invito yo.

–Yo invité primero.

–Bueno, entonces bebamos una cada uno.

–Espere un momento. Tengo que llamar.

Llamó al Ritz y pidió que le pusieran con Nina.

–Querido, telefoneas bastante, ¿no te parece?

–Nina, tengo algo muy importante que decirte.

–Sí, querido.

–Nina, ¿has oído hablar de un caballo llamado Correo Indio?

–Sí, creo que sí. ¿Por qué?

–¿Qué clase de caballo es?

–Querido, la peor clase de caballo. La madre de Mary Ratón es la

dueña.

–¿No es un buen caballo?

–No.

–Quiero decir, ¿no es probable que gane el handicap de noviembre?

–Con toda seguridad que no lo ganará. Ni siquiera creo que llegue a correr. ¿Por qué?

–Oye, Nina, ¿sabes que a fin de cuentas es posible que no podamos casarnos?

–¿Por qué no, cariño?

–He apostado mis mil libras a Correo Indio.

–Eso ha sido una tontería. ¿No puedes hacer que te las devuelvan?

–Se las di a un comandante.

–¿Qué clase de comandante?

–Uno bastante bebido. No sé cómo se llama.

–Bueno, yo en tu lugar trataría de encontrarlo. Ahora tengo que volver y seguir comiendo. Adiós.

Pero cuando Adam volvió a la salita de Lottie, el comandante se había ido.

–¿Qué comandante? –preguntó Lottie cuando Adam inquirió adonde había ido aquel–: Nunca he visto a un comandante.

–Ese que me presentó en un rincón.

–¿Cómo sabe que era comandante?

–Usted me dijo que lo era.

–Mi querido amigo, jamás lo había visto anteriormente. Ahora que lo pienso, tenía aspecto de comandante, ¿no es verdad? Pero esta niñita encantadora está contando algo. Adelante, querida. Apenas puedo escucharlo, de tan perverso como es.

Cuando miss Runcible terminó su relato (que cada vez que lo narraba se parecía más a la clase más lúbrica de propaganda antiturca), el ex rey de Ruritania le habló a Adam de un comandante que *él* había conocido, que había llegado de Prusia para reorganizar el ejército de Ruritania. Desapareció llevándose consigo toda la vajilla de la Guardia Real, y a la esposa del chambelán, y un valioso par de candelabros de la Capilla Real.

Cuando miss Runcible hubo terminado, Lottie se encontraba en un estado de gran indignación.

–¡Solo pensarlo...! –exclamó–. ¡Los sabuesos asquerosos...! Y yo conocía a su padre, antes de que usted naciera o pensara en nacer. Hablaré de esto con el Primer Ministro –dijo, cogiendo el teléfono–. Póngame con Ultraje –dijo al operador–. Está en el número doce, con una japonesa.

–Ultraje no es el Primer Ministro, Lottie.

–Por supuesto que lo es. ¿Acaso no lo ha dicho Doge...? Hola, ¿Ultraje? Habla Lottie. Es usted un magnífico sujeto, se lo aseguro. Arrancarle la ropa a una pobre muchacha inocente...

Lottie continuó parloteando.

Mr. Ultraje había terminado de cenar, y, en honor a la verdad, la forma en que estaba formulada la acusación no resultaba del todo inadecuada para su talante. Pasaron unos minutos antes de que se diese cuenta de que toda aquella conversación se refería a miss Runcible. Para entonces el torrente de invectivas de Lottie había llegado a su fin, pero terminó finamente.

–Ultraje es su apellido y Ultraje su naturaleza –dijo, colgando violentamente el receptor–. Y eso es lo que yo pienso de *él*. Y ahora, ¿qué les parece una copita?

Pero la reunión se disolvía. El comandante ya no estaba. El juez Skimp dormía, con su hermoso cabello blanco caído en un cenicero. Adam y miss Runcible conversaban acerca del lugar donde cenarían. Pronto quedó solamente el rey. Ofreció a Lottie su brazo, con una gracia que había adquirido muchos años atrás, lejos, en su soleado y pequeño palacio, bajo una gran araña que desparramaba estrellas de luz, como piedras de un collar roto, sobre una alfombra carmesí estampada de monogramas con una corona encima.

De modo que Lottie y el rey entraron a cenar juntos.

Arriba, en el número 12, que son habitaciones de notable grandiosidad, Mr. Ultraje resbalaba nuevamente hacia abajo, por la senda de la confianza en sí mismo por la que tan trabajosamente había ascendido. Por supuesto que habría llevado las cosas a su término, se decía, si no hubiera sido por ese teléfono, pero ahora la baronesa decía que estaba segura de que él se encontraba

atareado, que querría que ella se fuese; ¿y no quería él pedir que le enviasen el coche?

Eran tan difícil... Para un europeo las inferencias de una invitación a cenar *tête-à-tête* en una habitación privada del Shepheard eran decididamente claras. La aceptación de ella, en la primera noche del regreso de Ultraje a Inglaterra, lo lanzó a una agitada expectativa. Pero durante toda la cena, la baronesa se mostró tan dueña de sí misma, tan supremamente social... Y sin embargo, sin ninguna duda, antes de que sonara el teléfono, cuando se levantaron de la mesa y se acercaron al fuego, había habido *algo* en el ambiente. Pero uno nunca podía estar seguro con los orientales. Él se cogió las rodillas y dijo, con una voz que le pareció extraordinaria: «¿Tiene que irse?, era encantador después de dos semanas», y luego, desesperado: «¡Había pensado tanto en usted, en París...!» (¡Oh, las palabras, las palabras! ¡Ese tesoro de la conversación, que había amasado y que era suyo para derrocharlo a voluntad, para hacerlo rodar y girar como monedas de oro por el suelo de la Cámara de los Comunes; esa gloriosa largueza de vocablos que había dispersado a los cuatro vientos, en tintineantes puñados, en su distrito electoral!)

La pequeña baronesa Yoshiwara, con sus manos doradas apretadas en la falda de su dorado vestido de Paquin, permanecía sentada donde se le había dicho, más perpleja que Mr. Ultraje, esperando órdenes. ¿Qué quería el inteligente inglés? Si estaba ocupado con su teléfono, ¿por qué no le pedía que se fuese, por qué no le decía que viniese otra vez? Y si quería ser amado, ¿por qué no le decía que se acercara a él? ¿Por qué no la hacía levantarse de su sillón de felpa roja y la sentaba sobre sus rodillas? ¿Acaso estaba fea esa noche? Le había parecido que no. Era tan difícil saber lo que les gustaba a esos occidentales...

Entonces volvió a sonar el teléfono.

–No cuelgue. El padre Rothschild quiere hablarle... –dijo una voz–. ¿Es usted, Ultraje? ¿Quiere tener la bondad de venir a verme en cuanto pueda? Hay algunas cosas que quiero discutir con usted.

–De veras, Rothschild, no sé por qué habría de hacerlo... Tengo un invitado.

–Será mejor que la baronesa regrese inmediatamente. El camarero que le llevó a usted el café tiene un hermano en la embajada japonesa.

–¡Dios mío!, ¿de verdad? Pero ¿por qué no va a hablar con Brown? Él es el Primer Ministro, no yo.

–Mañana estará usted en el puesto... En cuanto le sea posible, por favor, en mi dirección habitual.

–Oh, bueno.

–De acuerdo, pues.

IV

En la fiesta de Archie Schwert, el decimoquinto marqués de Vanburgh, conde Vanburgh de Brendon, barón Brendon, Señor de las Cinco Islas y Gran Halconero Hereditario del reino de Connaught, dijo al octavo conde de Balcairn, vizconde Erdinge, barón Cairn de Balcairn, Caballero Rojo de Lancaster, conde del Sacro Imperio Romano y Heraldo Chennonceaux del ducado de Aquitania:

–Hola. ¿No te parece una fiesta repulsiva? ¿Qué piensas decir de ella?

Porque los dos, para ganarse la vida, escribían en las columnas de chismorreos de los periódicos.

–Acabo de enviar mi crónica por teléfono –dijo lord Balcairn–. Y ahora me voy, gracias a Dios.

–No se me ocurre qué decir –suspiró lord Vanburgh–. Mi directora me dijo ayer que estaba cansada de ver siempre los mismos nombres... y aquí están otra vez todos ellos. Nina Blount ha roto su compromiso, pero eso no tiene ningún valor publicitario digno de mención. Por lo general, Agatha Runcible vale un par de frases, pero mañana la pondrán en primera plana, por esa cuestión de la Aduana.

–Yo he escrito algo bastante bueno con eso de que Edward Throbbing está viviendo en el Canadá, en una cabaña de troncos que construyó él mismo con la ayuda de un indio. Me pareció que no estaba mal, porque, ¿sabes?, junto a eso podía poner el contraste con Miles, que esta noche va disfrazado de indio, ¿no te parece?

–Oye, de verdad que es bueno, ¿puedo usarlo yo también?

–Bueno, te dejo la cabaña, pero el indio es mío.

–¿Y dónde está realmente?

–Solo el cielo lo sabe. En la Casa de Gobierno, en Ottawa, supongo.

–¿Quién es esa mujer de aspecto horrible? Estoy seguro de que es famosa. ¿No es Mrs. Melrose Ape? He oído decir que vendría.

–¿Cuál?

–Esa. La que habla con Nina.

–¡Dios mío, no! No es nadie. La llaman Mrs. Panrast.

–Parece conocerte.

–Sí, la conozco de toda la vida. Es mi madre.

–Querido, qué espanto. ¿Te molestaría que escribiera eso?

–Preferiría que no lo hicieras. La familia no puede soportarla. Se ha divorciado dos veces desde entonces, ¿entiendes?

–Querido mío, claro, ya entiendo.

Cinco minutos más tarde estaba atareado ante el teléfono, dictando su columna.

–... orquídeas, punto y aparte. Una de las mujeres más notables de la sala era Mrs. Panrast. P-A-N-R-A-S-T... no, T de teléfono... antes condesa de Balcairn. Viste con ese severo chic (bastardilla) masculino que las mujeres norteamericanas saben imitar tan bien, punto. Su hijo, el actual conde, coma, estaba con ella, punto. Lord Balcairn es uno de los pocos jóvenes que frecuentan todas las fiestas...

»... el Honorable Miles Malpractice iba disfrazado de indio. Vive actualmente en la casa de su hermano, lord Throbbing, en la cual se celebró la fiesta de ayer. Su elección de ese disfraz fue especialmente, ¿cómo lo diré?, hola, sí... fue especialmente picante, bastardilla, ya que los últimos informes sobre lord Throbbing afirman que está viviendo en Canadá, en una cabaña de troncos que construyó con sus propias manos, ayudado por un criado indio, punto...»

Ya se ve qué clase de fiesta fue la de Archie Schwert.

Miss Ratón (en un traje sumamente emprendedor de Cheruit) estaba sentada en un sillón, con los ojos saltándosele de las órbitas. Nunca *se acostumbraría* a tanta excitación, nunca. Esa noche había

llevado consigo a una amiguita –una tal miss Brown–, porque era mucho más divertido si una tenía a alguien con quien hablar. Era demasiado emocionante ver cómo todo el aburrido dinero que su padre había amasado se metamorfoseaba de aquel modo en brillo y ruido y aburridas caras jóvenes. Archie Schwert, mientras pasaba, botella de champán en mano, se detuvo para decir:

–¿Cómo estás, Mary querida? ¿Todo va bien?

–Ese es Archie Schwert –dijo miss Ratón a miss Brown–. ¿No es listísimo?

–¿Sí? –dijo miss Brown, a quien le habría gustado beber algo pero no sabía cómo conseguirlo–. *Tienes* suerte de conocer a tantas personas divertidas, Mary querida. Yo nunca veo a nadie.

–¿No era encantadora la invitación? La escribió Johnnie Hoop.

–Bueno, si, supongo que sí. Pero, ¿sabes?, resulta realmente ridículo, no conocía ninguno de los apellidos.[2]

–Querida, sí que los conoces –dijo miss Ratón sintiendo muy profundamente dentro de sí (en esos lugares del alma de miss Ratón que no contaban con cañerías) un minúsculo y desacostumbrado chispazo de superioridad; porque había estudiado palabra por palabra la invitación, hacía unos días, en la biblioteca de papá, y sabía todo lo relacionado con ella.

Llevada por la exaltación que la embargaba, casi deseó haber asistido a la fiesta con disfraz. Era una fiesta salvaje, lo que significa que Johnnie Hoop había escrito en la invitación que debían acudir vestidos de salvajes. Muchos de los invitados así lo habían hecho. El propio Johnnie, con máscara y guantes negros, representaba a la maharaní de Pukkapore, para disgusto del maharajá, que asistió por casualidad. La verdadera aristocracia, los jóvenes miembros de las dos o tres grandes familias que gobiernan Londres, no se había disfrazado, ni mucho menos. Acudieron al salir de un baile y se quedaron formando un grupito, distantes, divertidos pero sin animar a los demás. Toc-toc, hacía el corazón de miss Ratón. Cómo le habría gustado rasgarse el deslumbrante vestido hasta la cintura y bailar como una bacante delante de todos ellos. Algún día los sorprendería a todos, pensó miss Ratón.

Había un famoso actor que contaba chistes (pero no era tanto lo que decía, sino su expresión al decirlo, lo que hacía reír a la gente que se reía). «He venido a la fiesta como un viudo alegre», decía. Esa clase de chistes... pero, claro, ponía un rostro muy gracioso cuando lo decía.

Miss Runcible se había puesto un traje hawaiano y era el alma de la fiesta.

figuraba la lista de todas las cosas que Johnnie odiaba; en la otra, todas las que le

parecía que le gustaban. La mayoría de las fiestas financiadas por miss Ratón tenían

invitaciones escritas por Johnnie Hoop.

Oyó que alguien decía algo acerca de un Partido Laborista Independiente y se enojó porque no la habían invitado.[3]

Había dos hombres con polvos explosivos que tomaban fotografías en otra habitación. Sus fogonazos y estallidos producían un efecto más bien inquietante, provocaban una sensación de tensión, porque todos aparentaban indiferencia y decían qué fastidio son los periódicos, y ha sido un exceso de Archie hacer venir a los fotógrafos, pero la mayoría, en realidad, se morían porque los fotografiasen y los demás estaban petrificados de miedo no fingido de que los retrataran sin que se diesen cuenta, y entonces las respectivas mamás sabrían dónde habían estado cuando les dijesen que se divirtieron mucho en el baile de los Bicester, y habría una discusión, y eso resultaba muy *agotador,* si no algo más.

Y estaban Adam y Nina, poniéndose un tanto sentimentales.

–¿Sabes? –dijo ella tragando saliva–, estaba casi segura de que tu cabello era negro.

Archie Schwert, que pasaba con una botella de champán, comentó:

–No seas tan sádica, Nina.

–Vete, cara de cerdo –le espetó Adam, enfadado, y agregó, con tono más suave–: ¿Estás desilusionada?

–Bueno, no, pero es más bien desconcertante comprometerse con alguien que tiene el cabello negro y descubrir que es rubio.

–De todos modos, ya no estamos comprometidos, ¿no es cierto? ¿O sí?

–No estoy segura de si lo estamos o no. ¿Cuánto dinero *tienes*, Adam?

–Literalmente nada, querida. La pobre Agatha tuvo que pagar la cena, y Dios sabe qué haré con la cuenta de Lottie Crump.

–Claro, ¿sabes...? ¡Adam, no te duermas! Siempre nos queda papá. Creo que es mucho más rico de lo que parece. Podría dejarnos algún dinero hasta que tu libro comience a producir beneficios.

–¿Sabes?, si escribiese un libro por mes, quedaría libre de ese contrato dentro de un año... No se me había ocurrido antes. Y no veo por qué no habría de hacerlo, ¿no es cierto? ¿O no te parece así?

–Sí, querido. Ya verás. Mañana iremos a ver a papá, ¿qué te parece?

–Sí, eso sería divino, querida.

–¡Adam, no te duermas!

–Perdón, querida, quise decir que eso sería divino.

Y se durmió un rato, con la cabeza en el regazo de ella.

–Hermoso como un cuadro –dijo Archie con acento de *cockney*, cuando pasó por allí con una botella de champán en la mano.

–Despierta, Adam –dijo Nina tironeándole un poco más del cabello–. Es hora de irse.

–Eso sería divino... Oye, ¿me he dormido?

–Sí, durante horas y horas. Estabas encantador.

–Y tú estabas sentada ahí... Oye, Nina, te estás poniendo sentimental... ¿Adónde vamos?

En la reunión quedaba aproximadamente una docena de personas, el duro núcleo, que jamás se rompe, de la alegría. Eran las tres.

–Vayamos a casa de Lottie Crump, a beber un trago –dijo Adam.

Se metieron todos en dos taxis y cruzaron la plaza Berkeley – que bajo la lluvia parecía nada más y nada menos que arlenesca[4]rumbo a la calle Dover. Pero en el Shepheard el portero les dijo que Mrs. Crump acababa de acostarse. Le parecía que el juez Skimp estaba despierto aún, con algunos amigos; ¿no querrían unirse a él? Subieron a las habitaciones del juez Skimp, pero había ocurrido un desastre con una araña en la cual una de sus jóvenes había tratado de columpiarse. En ese momento le estaban lavando a la joven de marras la frente con champán; dos de las otras estaban dormidas.

De modo que el grupo de Adam salió nuevamente a la lluvia.

–Claro, siempre queda el Ritz –dijo Archie–. Creo que el portero de noche por lo general puede conseguirle a uno una copa.

Pero lo dijo con una voz que hizo que los demás dijeran que no, que el Ritz era demasiado aburrido a esa hora de la noche. Fueron a la casa de Agatha Runcible, que estaba bastante cerca, pero ella descubrió que había perdido la llave, de manera que tampoco eso servía. Muy pronto alguien pronunciaría las palabras fatales: «Bueno, creo que ya es hora de que me vaya a acostar. ¿Puedo llevar a alguien hasta Knightsbridge?», y la reunión terminaría.

Pero en lugar de eso una vocecita casi sin aliento dijo:

–¿Por qué no vienen a *mi* casa?

Era miss Brown.

Y así pues, volvieron a subir a los taxis e hicieron un trecho bastante largo hasta la casa de miss Brown. Esta encendió las luces de un sombrío comedor y les repartió vasos de whisky y soda. (Resultó ser una buena anfitriona, aunque excesivamente entusiasta.) Luego Miles dijo que quería comer algo, y entonces todos bajaron a una enorme cocina adornada con toda clase de ollas y cacharros y encontraron unos huevos y un poco de tocino y miss Brown los frió. Luego bebieron más whisky arriba, y Adam se durmió otra vez. De pronto Vanburgh dijo:

–¿Les molestaría que telefoneara? Tengo que enviar al periódico el resto de mi crónica.

Miss Brown lo llevó a un estudio que parecía casi una oficina, y él dictó el resto de su columna y después volvió y bebió más whisky.

Para miss Brown fue una noche encantadora. Sonrojada por la

novedad de hacer de anfitriona, corría de invitado en invitado, ofreciendo aquí una caja de fósforos, allí un puro, más allá una fruta sacada de las gigantescas fuentes doradas del aparador. Pensar que toda aquella gente brillante de la que tanto había oído hablar, y con cuánta envidia, a miss Ratón, se encontraba ahí, en el comedor de papá, llamándola «querida» y «tesoro»... Y cuando por fin manifestaron que realmente tenían que irse, miss Runcible dijo:

–Bueno, *yo* no puedo irme, porque he perdido la llave. ¿Le molestaría mucho que durmiese aquí?

Miss Brown, con el corazón latiéndole alocadamente, pero en la forma más natural posible, respondió:

–Por supuesto que no, Agatha querida, sería divino.

Y entonces miss Runcible dijo:

–Eso es demasiado divino de tu parte, querida.

¡Arrobamiento!

A las nueve y media de la mañana siguiente la familia Brown bajó a desayunar al comedor.

Había cuatro jovencitas silenciosas (de las cuales la miss Brown que había ofrecido la fiesta era la más joven); su hermano trabajaba en un taller mecánico y había tenido que salir temprano. Se encontraban sentadas a la mesa cuando bajó su mamá.

–Bien, chicas –dijo–, tratad de acordaros de hablar con papá durante el desayuno. Ayer se sintió muy dolido: le parece que lo dejáis fuera de todas las cosas. Es tan fácil hacerlo intervenir en la conversación, si os esforzáis un poco, y a él le gusta tanto enterarse de todo...

–Sí, mamá –contestaron ellas–. Lo intentamos, ¿sabes?

–¿Y cómo estuvo el baile de los Bicester, Jane? –preguntó, sirviendo un poco de café–: ¿Te divertiste?

–Fue sencillamente demasiado divino –dijo la más joven de las señoritas Brown.

–¿Fue *qué*, Jane?

–Quiero decir que fue encantador, mamá.

–Ya lo creo. Las muchachas de hoy día sois muy afortunadas.

Cuando yo tenía vuestra edad no había tantos bailes. Quizá dos por semana, durante la temporada, ¿sabéis?, pero *nunca* antes de Navidad.

–Mamá.

–¿Sí, Jane?

–Mamá, he invitado a una chica a pasar la noche aquí.

–¿Sí, querida? ¿Cuándo? Ya sabes que la casa está llena.

–Ayer por la noche, mamá.

–¡Qué cosa tan extraordinaria! ¿Y aceptó?

–Sí, ahora está aquí.

–*Bueno*... Ambrose, ¿quiere decirle a Mrs. Sparrow que prepare otro huevo?

–Lo siento mucho, señora. Mrs. Sparrow no lo entiende, esta mañana *no quedan huevos*. Cree que deben de haber entrado ladrones.

–Tonterías, Ambrose, ¿quién ha oído alguna vez que los ladrones entren en una casa para robar huevos?

–Las cáscaras estaban esparcidas por todo el suelo, señora.

–Entiendo. Eso es todo, gracias, Ambrose. Bien, Jane, ¿tu invitada se ha comido también todos los huevos?

–Bueno, me temo que sí... por lo menos... quiero decir...

En ese momento Agatha Runcible bajaba a desayunar. No ofrecía su mejor aspecto, a la luz de la mañana.

–Buenos días a todos –dijo con acento de arrabal–. Por fin encontré el comedor. ¿Saben?, primero me metí en un estudio, o algo por el estilo. Había un anciano simpatiquísimo sentado ante un escritorio. ¡Vaya si se *sorprendió* de verme! ¿Es tu papá?

–Esta es mamá –presentó Jane.

–¿Cómo le va? –dijo miss Runcible–. Oiga, me parece que es muy amable de su parte permitirme bajar a desayunar vestida de este modo. –Es preciso recordar que aún llevaba puesto su disfraz de hawaiana–. ¿Está segura de no estar *furiosa* conmigo? Todo esto es en realidad mucho más embarazoso para mí, ¿no es cierto?, ¿no le parece...? ¿O sí le parece?

–¿Toma usted café o té? –consiguió decir finalmente la madre de Jane–. Jane, querida, ofrécele el desayuno a tu amiga.

Porque en el transcurso de una larga vida pública se había formado la opinión de que un oportuno ofrecimiento de alimentos suavizaba la mayoría de las tensiones sociales.

Y entonces entró el padre de Jane.

–¡Martha, la cosa más extraordinaria...! Creo que debo de estar perdiendo la razón. Hace un instante me encontraba en mi despacho, revisando el discurso de esta tarde, cuando de pronto se abrió la puerta y entró una especie de bailarina hotentote, semidesnuda. Dijo solamente: «¡Oh, qué vergüenza!», y luego desapareció y... oh... –Porque de pronto había visto a miss Runcible–. ¡Oh...! ¿Cómo le va...? ¿Cómo...?

–No creo que haya visto anteriormente a mi esposo.

–Solo durante un segundo –respondió miss Runcible.

–Espero que haya dormido bien –dijo, desesperado, el padre de Jane–. Martha no me dijo que teníamos una invitada. Perdóneme si le he parecido poco hospitalario... Yo... bien... Oh, ¿por qué nadie dice nada?

También miss Runcible notaba la tensión. Cogió el diario de la mañana.

–He aquí algo terriblemente gracioso –dijo para reanudar la conversación–. *¿Queréis que lo lea? Orgías de Medianoche en el número 10* ¡Caray!, ¿no es divino? *Lo que seguramente fue la fiesta más extraordinaria de la pequeña temporada se llevó a cabo en las primeras horas de hoy en el número 10 de la calle Downing. A eso de las cuatro de la madrugada los policías que están siempre apostados ante la residencia del Primer Ministro tuvieron la sorpresa de presenciar...* ¿No es demasiado divertido?... *de presenciar la llegada de una flotilla de taxis, de los que surgió un alegre grupo ataviado con exóticos trajes de fantasía...* ¡Cómo me habría gustado verlos! ¿No se los imaginan? *La anfitriona de la que fue descrita por uno de los invitados como la fiesta más alegre que ha ofrecido hasta ahora la Juventud Alegre, es nada menos que miss Jane Brown, la más joven de las cuatro encantadoras hijas del Primer Ministro. La honorable Agatha...* ¡Pero qué cosa tan extraordinaria...! ¡Oh... Dios mío...!

La luz se hizo de pronto en el cerebro de miss Runcible, como

una vez, en sus días de debutante, cuando pasó entre bastidores, en una matinal de caridad, y al volver abrió la puerta equivocada y se encontró entre una hoguera de reflectores, en el escenario, en mitad del último acto de Otelo.

–¡Oh, Dios mío! ¡Qué maldad por parte de Vanburgh! Siempre hace esta clase de cosas. Se lo tendría realmente merecido si nos quejáramos y perdiera su puesto, ¿no le parece, sir James...? ¿O... no?

Miss Runcible hizo una pausa y se encontró una vez más con las miradas de todos los Brown.

–¡Oh, caramba! –exclamó–. Esto es realmente demasiado atroz.

Se volvió y, arrastrando por el suelo guirnaldas de flores ecuatoriales, huyó de la habitación y de la casa. Lo cual provocó enorme deleite y provecho entre la multitud de periodistas y fotógrafos de la prensa que estaban ya apiñados ante la histórica puerta.

V

Adam despertó encontrándose terriblemente mal. Llamó al timbre una o dos veces, pero nadie acudió. Más tarde despertó nuevamente y volvió a llamar. Apareció el camarero italiano ondulando levemente en la puerta. Adam pidió el desayuno. Lottie entró y se sentó en la cama.

–¿Ha tomado un buen desayuno, querido? –preguntó.

–Todavía no –contestó Adam–. Acabo de despertar.

–Muy bien –dijo Lottie–. Nada mejor que un buen desayuno. Una damita lo ha llamado por teléfono, pero en este momento no puedo recordar qué dijo. Esta mañana hemos estado todos patas arriba. ¡Semejante barullo...! Vino la policía, estuvo desde no sé qué hora, y se bebieron mi vino e hicieron preguntas y metieron las narices donde no debían. Y todo porque a Flossie se le ocurrió columpiarse en la araña. Nunca ha sido sensata, esa Flossie. Bueno, ahora ya ha aprendido la lección, pobrecita. ¿Quién ha oído jamás semejante cosa... columpiarse en una araña? El pobre juez Como se Llame está que arde. No se trata tanto del precio de la araña, le dije. Lo que el dinero puede hacer el dinero puede arreglarlo, le dije. Y esa es la verdad, ¿no es cierto, querido? Pero lo que me importa, le dije, es tener un muerto en casa, y todo ese alboroto. A *nadie* le hace ningún bien que la gente se mate en la casa de uno como lo hizo Flossie. ¿Y qué quieres *tú*, mi reina italiana? –preguntó Lottie cuando el camarero entró con una bandeja de arenques ahumados cuyo aroma se mezclaba desagradablemente con el perfume de *Nuit de Noël*.

–El desayuno del caballero –dijo el camarero.

–¿Y cuántos más desayunos te parece que quiere? Me gustaría saberlo. Ya ha tomado su desayuno hace varias horas, mientras tú te empolvabas la nariz, ¿no es verdad, querido?

–No –repuso Adam–, a decir verdad, no.

–Ahí tienes, ¿no oyes lo que dice el caballero? *Él* no quiere dos desayunos. No te quedes ahí meneando el trasero. Llévatelo, o te arrearé tal bofetada... Eso es lo que pasa... en cuanto aparece la policía todos quedan trastornados. Ahí está ese chico, que trae dos desayunos, y yo apuesto que en este mismo pasillo hay alguien que no ha tomado ningún desayuno. No se puede ir a ninguna parte sin un buen desayuno. La mitad de los jóvenes que vienen por aquí no toman más que un *cachet Faivre* y un poco de zumo de naranja. No está bien –dijo Lottie–, y ya le he dicho ochenta veces a ese chico que no se pusiera perfume, si se lo he dicho alguna vez.

Apareció la cabeza del camarero, y con ella otra oleada de *Nuit de Noël*.

–Con su permiso, señora, los inspectores quieren hablarle abajo, señora.

–Está bien, mi pequeña ave del paraíso, ya bajo.

Lottie se alejó, y el camarero apareció furtivamente con la bandeja de arenques ahumados y lanzando a Adam una mirada descarada, de horrible intimidad.

–Prepárame el baño, ¿quieres, por favor? –dijo Adam.

–¡Ay, signor!, en la bañera hay un caballero durmiendo. ¿Lo despierto?

–No, no tiene importancia.

–¿No necesita nada más, señor?

–No, gracias.

El camarero se quedó acariciando las perillas de bronce de la cama, sonriendo con ánimo de congraciarse. Luego extrajo de su chaqueta una gardenia, un poco marchita en los bordes. (La había encontrado en un frac que acababa de cepillar.)

–¿No querría quizá el signor una flor para el ojal...? Madame Crump fue tan severa... es agradable poder conversar alguna vez con el caballero...

–No –replicó Adam–. Vete. –Porque le dolía la cabeza.

El camarero suspiró profundamente y se dirigió hacia la puerta con pasitos menudos, suspiró otra vez y llevó la gardenia al caballero del cuarto de baño.

Adam comió algo del desayuno. Ningún arenque, reflexionó, es

nunca tan bueno como parece por el olor. ¡Y cómo destruía aquel contacto demasiado terrenal con la carne y el hueso el dichoso júbilo inicial! Si uno pudiese vivir, como se dice que hizo Jehová, del sabor de los holocaustos...! Se quedó durante un rato recostado en la cama, pensando en los olores de la comida; en el grasiento horror del pescado frito y en el olor profundamente conmovedor que surgía de él; en el embriagador aroma de las tahonas y en el gusto monótono de los panecillos... Planeó cenas con alimentos encantadoramente fragantes, que serían llevados bajo la nariz, husmeados y arrojados a los perros... interminables cenas en las que uno podría alternar sabor con sabor, desde la puesta del sol hasta el alba, mientras inhalaba grandes bocanadas del perfume del coñac añejo... Oh, quién tuviese las alas de una paloma, pensó Adam, alejándose un tanto del tema, mientras volvía a quedarse dormido. (Todos somos propensos a estos sentimientos románticos, por la mañana temprano, tras una fiesta.)

De pronto el teléfono que había junto a la cama de Adam empezó a sonar.

–¡Hola!, ¿sí?

–Una dama quiere hablarle... ¡Hola!, ¿eres tú, Adam?

–¿Eres Nina?

–¿Cómo estás, mi amor?

–*Oh, Nina*...

–Mi pobre cariño, yo también me siento así. Escúchame, amor. No habrás olvidado que hoy tienes que ir a ver a mi padre, ¿no es cierto? ¿O te has olvidado? Acabo de enviarle un telegrama diciéndole que almorzarás con él. ¿Sabes dónde vive?

–¿Pero no vienes tú también?

–Pues no. Creo que no iré, si no te molesta... Tengo cierto malestar.

–Mi querida, si *supieses* qué dolor tengo yo...

–Sí, pero eso es distinto, querido. De todos modos, no tiene sentido que vayamos los dos.

–¿Pero qué tengo que decirle?

–*Querido*, no seas pesado. Lo sabes perfectamente bien. Pídele un poco de dinero, eso es todo.

–¿Estará de acuerdo?

–Sí, querido, por supuesto que sí. ¿Por qué *insistes?* Ahora tengo que irme. Adiós. Cuídate... Llámame cuando vuelvas, para contarme lo que te haya dicho papá. De paso, ¿has visto el periódico de esta mañana? Hay algo tan gracioso acerca de lo de ayer por la noche... *Demasiado* perverso por parte de Van. Adiós.

Mientras Adam se vestía, se dio cuenta de que no sabía adonde tenía que ir. Llamó otra vez.

–De paso, Nina, ¿dónde vive tu padre?

–¿No te lo dije? Es una casa llamada Dudando, y en realidad se está cayendo en pedazos. Tienes que ir hasta Aylesbury en tren, y luego en taxi. Son los taxis más caros del mundo... ¿Tienes dinero?

Adam miró hacia la cómoda.

–Unos siete chelines –dijo.

–Querido, eso no basta. Tendrás que hacer que el pobre papá pague el taxi.

–¿Le gustará eso?

–Sí, por supuesto, es un ángel.

–Me gustaría que vinieras tú también, Nina.

–Querido, ya te lo he dicho. Tengo un malestar espantoso.

Abajo, como había dicho Lottie, todo estaba patas arriba. Es decir que había policías y periodistas pululando por todos los rincones del hotel, cada uno con una botella de champán y una copa. Lottie, Doge, el juez Skimp, el inspector, cuatro policías de paisano y el cadáver se encontraban en las habitaciones del juez.

–Lo que *no* me resulta claro, señor –decía el inspector–, es lo que *impulsó* a la joven a colgarse de la araña. Sin ánimo de ofender, señor, y rogándole que me perdone, ¿estaba ella...?

–Sí –contestó el juez Skimp–, estaba.

–*Exactamente* –dijo el inspector–. Un caso clarísimo de infortunio, ¿eh, Mrs. Crump? Tendrá que haber una investigación, claro, pero creo que probablemente podré arreglar las cosas de modo que no se mencione su nombre en el caso, señor... Bien, muy amable de su parte. Mrs. Crump, una sola copita más.

–Lottie –dijo Adam–, ¿puede prestarme algo de dinero?

–¿Dinero, querido? Naturalmente. Doge, ¿tiene dinero?

–En ese momento yo estaba durmiendo, señora, y ni siquiera se me comunicó el hecho hasta que me llamaron esta mañana. Como soy un tanto sordo, el estrépito del desastre...

–Juez No sé Cuántos, ¿tiene dinero?

–Consideraría un gran privilegio el poder ser de alguna utilidad...

–Está bien, déle un poco al joven Fulano de Tal, aquí presente. ¿No necesita nada más, queridito? No se vaya. Estábamos pensando en beber un traguito... No, ese vino no, querido, ese lo reservamos para la policía. Acabo de pedir una botella de algo mejor, esto es, si mi joven mariposa se acuerda de traerla.

Adam bebió una copa de champán, con la esperanza de que le hiciese sentir un poco mejor. Le hizo sentirse mucho peor.

Luego fue a Marylebone. Era el Día del Armisticio y en las calles vendían amapolas artificiales. Cuando llegó a la estación dieron las once, y durante dos minutos, en todo el país, la gente se mostró silenciosa y seria. Luego viajó hasta Aylesbury, y por el camino leyó el relato que Balcairn había hecho de la fiesta de Archie Schwert. Se alegró de verse descrito como «el joven y brillante novelista» y se preguntó si el padre de Nina leería la columna de sociedad, aunque supuso que no. Las dos mujeres que se sentaban frente a él, en el vagón, evidentemente la leían.

–En cuanto abrí el periódico –dijo una de ellas– me lancé *de inmediato* sobre el teléfono para hablar con todas las damas de la comisión, y enviaremos un telegrama a nuestro diputado antes de la una. En el Bois sabemos cómo poner en marcha las cosas. Tengo una copia de lo que enviamos. Mire. *Miembros del Comité de la Asociación de Damas Conservadoras de Chesham Bois quieren expresar su extremo desagrado por lo informado por los periódicos de esta mañana referente a fiesta de medianoche en el número 10. Ruegan al capitán Crutwell* (nuestro diputado, un hombre íntegro si los hay) *que niegue enérgicamente su apoyo al Primer Ministro*. Nos costó casi cuatro chelines, pero, como dije yo en esa oportunidad, no es un momento para perder el barco por ahorrar medio penique de brea. ¿No está de acuerdo, Mrs. Ithewaite?

–Por cierto que estoy de acuerdo, Mrs. Orraway-Smith. Se trata claramente de un caso en que es necesario un mandato de los electores. Hablaré con nuestra presidenta de Wendover.

–Sí, hágalo, Mrs. Ithewaite. En casos como este es cuando cuentan los votos femeninos.

–Si se trata de elegir entre mi juicio moral y la nacionalización de los bancos, prefiero la nacionalización, ya entiende lo que quiero decir.

–Exactamente lo mismo pienso yo. Un ejemplo tan terrible para las clases bajas, *aparte de todo lo demás*.

–Eso es lo que quiero decir. Ahí está nuestra Agnes, por ejemplo. ¿Cómo prohibirle que reciba a jóvenes en la cocina, cuando sabe que sir James Brown ofrece fiestas como esa a cualquier hora de la noche...?

Las dos llevaban sombreros que no se parecían a nada conocido en la tierra, y que se bamboleaban y bamboleaban.

En Aylesbury, Adam se metió en un taxi Ford y pidió que lo llevasen a una casa llamada Dudando.

–¿La Mansión Dudando?

–Bueno, supongo que sí. ¿Está a punto de derrumbarse?

–No le vendría mal una mano de pintura –dijo el conductor, un joven pecoso–. El propietario se llama Blount.

–Precisamente.

–Está bastante lejos, la Mansión Dudando. Le va a costar quince chelines.

–Está bien.

–Si usted es viajante, puedo decirle ahora mismo que es inútil que vaya. Esta mañana un joven me preguntó cómo se iba hasta allá. Conducía un Morris. Quería venderle una aspiradora. El viejo había contestado a un anuncio que ofrecía una demostración. Cuando llegó allá, el viejo ni siquiera quiso mirar el aparato. ¿Qué me dice?

–No, yo no quiero venderle nada... por lo menos, no del todo.

–Una visita personal, quizá.

–Sí.

–Ah...

Seguro ya de que su pasajero no bromeaba en cuanto al viaje, el conductor se puso unas cuantas chaquetas –porque llovía–, se bajó del asiento y dio varias vueltas a la manivela del motor. En seguida se pusieron en marcha.

Hicieron dos o tres kilómetros pasando ante chalés y casas de campo y tabernas típicas, hasta llegar a una aldea en la que todas las casas parecían ser un garaje o una gasolinera. En ese punto abandonaron la carretera general y la incomodidad de Adam se agudizó.

Al fin llegaron ante dos garitas gemelas, octogonales, y unos portones de hierro forjado, con adornos heráldicos, detrás de los cuales podía verse la amplia curva de un camino descuidado.

–La Mansión Dudando –dijo el conductor.

Tocó la bocina una o dos veces, pero no apareció ninguna esposa de guarda, en delantal y de rubicundas mejillas, para dejarlos pasar. Se bajó y sacudió el portón con expresión de reproche.

–Cerrado con cadena y candado –dijo–. Probemos a ver si hay otra entrada.

Viajaron durante otro kilómetro y medio. A lo largo de la casa el camino estaba bordeado de árboles que chorreaban agua y de un maltrecho muro de piedra. Al fin encontraron unas casitas y un portón blanco. Abrieron este último y entraron en un camino descuidado, separado del parque por una baja barandilla de hierro. A ambos lados pastaban ovejas. Una de ellas se encontraba en el camino. Huyó delante de ellos en frenético trote, deteniéndose y mirando hacia atrás por encima de la sucia cola, lanzándose luego, una vez más, hacia adelante, hasta que sus esfuerzos la llevaron a un costado del camino, donde el vehículo la alcanzó y la adelantó.

La senda conducía a unos establos, y luego pasaba por detrás de hileras de invernaderos, entre tiestos y montículos de hojas de árboles empapadas, ante indescriptibles edificios que otrora habían sido lavadero y panadería y cervecería, y una enorme perrera en la que antaño se había alojado incluso un oso, hasta que de pronto giró, junto a un grupo de olmos y unas matas de acebo y de laurel, y entraron en un espacio abierto que antiguamente había estado

cubierto de grava. Una elevada fachada estilo Palladio se erguía ante sus ojos, y frente a ella una estatua ecuestre señalaba imperiosamente con un bastón el camino principal.

–Aquí estamos –dijo el conductor.

Adam le pagó y subió los escalones hasta llegar a la puerta principal. Llamó al timbre y esperó. No ocurrió nada. Llamó otra vez. En ese momento se abrió la puerta.

–No llame dos veces –dijo un anciano sumamente colérico–. ¿Qué quiere?

–¿Está Mr. Blount?

–Aquí no hay ningún Mr. Blount. Esta es la casa del coronel Blount.

–Perdón... Creo que el coronel me espera para almorzar.

–Tonterías. Yo soy el coronel Blount. –Y cerró la puerta.

El Ford había desaparecido. Todavía llovía intensamente. Adam llamó una vez más.

–¿Sí? –dijo el coronel Blount reapareciendo instantáneamente.

–Me pregunto si me dejaría telefonear a la estación para pedir un taxi...

–No tengo teléfono... Está lloviendo. ¿Por qué no entra? Es absurdo ir caminando a la estación con este tiempo. ¿Ha venido por la aspiradora de polvo?

–No.

–Cosa rara, toda la mañana estuve esperando a un hombre que tenía que enseñarme una aspiradora de polvo. Entre, por favor. ¿No quiere quedarse a almorzar?

–Me encantaría.

–Espléndido. En la actualidad tengo muy poca compañía. Tendrá que perdonarme por haberle abierto la puerta yo mismo. Mi mayordomo está en cama. Sufre terriblemente de los pies cuando hay humedad. Mis dos lacayos murieron en la guerra... Ponga aquí su sombrero y su abrigo. Espero que no se haya mojado... Lamento que no haya traído la aspiradora... pero no importa. ¿Cómo le va? –dijo de pronto, tendiéndole la mano.

Se dieron un apretón de manos, y el coronel Blount lo condujo por un largo corredor, flanqueado de bustos de mármol colocados sobre

amarillentos pedestales de mármol, hasta una amplia habitación llena de muebles, con un fuego ardiendo en un magnífico hogar rococó. Había un gran escritorio de nogal, tapizado de cuero, bajo una ventana que se habría a una terraza. El coronel Blount cogió un telegrama y lo leyó.

–Casi me había olvidado –dijo, un tanto turbado–. Me temo que me considerará sumamente descortés, pero, en fin de cuentas, me resulta imposible invitarlo a almorzar. Espero a una persona que viene por motivos de familia sumamente íntimos. Me entiende, ¿no es cierto...? Para decirle la verdad, se trata de algún joven pillastre que quiere casarse con mi hija. Debo verlo a solas, para discutir las condiciones.

–Bueno, yo también quiero casarme con su hija –dijo Adam.

–¡Qué extraordinaria coincidencia! ¿Está seguro?

–Quizá el telegrama se refiera a mí. ¿Qué dice?

–*Prometida en matrimonio a Adam Symes. Espéralo a almorzar. Nina*. ¿Es usted Adam Symes?

–Sí.

–Mi querido joven, ¿por qué no me lo dijo antes en lugar de ponerse a hablar de la aspiradora? ¿Cómo le va?

Volvieron a darse la mano.

–Si no le molesta –dijo el coronel Blount–, dejaremos nuestro asunto hasta después del almuerzo. Me temo que todo tiene un aspecto muy desnudo ahora. Debería bajar a ver los jardines en verano. El año pasado tuvimos unas hortensias preciosas. No creo que viva aquí otro invierno. Esto es demasiado grande para un viejo. Estuve viendo algunas de las casas que construyen cerca de Aylesbury. ¿Las ha visto mientras venía? Unas hermosas casitas rojas. Cuarto de baño y todo. Muy baratas, además, y cerca del cine. Espero que a usted también le guste el cine. El rector y yo vamos a menudo. Espero que le agrade el rector. Un hombrecillo bastante vulgar. Pero tiene coche, y eso resulta útil. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

–Le prometí a Nina que volvería esta noche.

–¡Qué lástima! En el Electra cambian de programa. Habríamos podido ir.

Una anciana criada entró para anunciar el almuerzo.

–¿Qué dan en el Electra, Mrs. Florin, no lo sabe?

–Greta Garbo en «Besos venecianos», creo, señor.

–Greta Garbo no me gusta mucho. He tratado de que me gustara –dijo el coronel–, pero nunca lo he logrado.

Entraron a almorzar en un enorme comedor repleto de retratos de familia.

–Si no le molesta –dijo el coronel Blount–, prefiero no conversar durante las comidas.

Apoyó un volumen del *Punch*, encuadernado en marroquí, ante su plato, contra una vasta urna de plata en la que crecía un plantita de ricino.

–Déle un libro a Mr. Symes –dijo.

Mrs. Florin puso otro volumen del *Punch* delante de Adam.

–Si encuentra algo realmente gracioso, léamelo –dijo el coronel Blount. Y después almorzaron.

El almuerzo duró casi una hora. Un plato seguía a otro en desconcertante abundancia, mientras el coronel Blount comía y comía, volviendo las hojas de su libro y lanzando frecuentes risitas. Comieron sopa de liebre y rodaballo hervido y molleja guisada y jamón negro de Bradenham con salsa de madeira y faisán asado y una tortilla al ron y queso gratinado y fruta. Primero bebieron jerez, después clarete, luego oporto. Al final el coronel Blount cerró su libro con un amplio movimiento del brazo, casi como el director de la escuela privada de Adam solía cerrar la Biblia después de las oraciones de la tarde; plegó cuidadosamente la servilleta y la metió en una maciza argolla de plata; masculló unas palabras en acción de gracias y finalmente se puso en pie, diciendo:

–Bueno, no sé qué hará usted, pero yo voy a echar una siestecita. –Y salió.

–En la biblioteca hay un fuego encendido, señor –dijo Mrs. Florin–. Le llevaré el café allí. El coronel no toma café porque le impide dormir por la tarde. ¿A qué hora querría el té, señor?

–En realidad, tendría que regresar a Londres. ¿Cuándo le parece que bajará el coronel?

–Bien, depende, señor. Por lo general no baja hasta las cinco o

cinco y media. Luego lee hasta las siete, hora de la cena, y después de la cena hace que el rector lo lleve al cine. Una vida sedentaria, podría decirse.

Condujo a Adam a la biblioteca y puso junto a él una cafetera de plata.

–Le traeré el té a las cuatro –dijo.

Adam se sentó frente al fuego, en un mullido sillón. Fuera la lluvia golpeaba contra los dobles ventanales. Había varias revistas en la biblioteca, la mayoría semanarios baratos dedicados al cine. Había una lechuza embalsamada y una caja con antigüedades británicas –agujas de hueso, restos de alfarería y un cráneo– que habían encontrado hacía muchos años en una excavación del parque y que la institutriz de Nina había catalogado. Había una vitrina que contenía las reliquias de las distintas fiebres de coleccionismo de Nina: algunas mariposas y un par de escarabajos, unos cuantos fósiles, varios huevos de pájaro y unos cuantos sellos de correo. Había unos anaqueles con libros soberbiamente ilegibles, una escopeta, una red para cazar mariposas, un bastón alpino en un rincón. Había catálogos de maquinaria agrícola y de fábricas de acetileno, de cortadoras de césped, de «artículos imprescindibles para el deporte». Había un guardafuego adornado con un escudo de armas. La repisa de la chimenea estaba decorada con las mantas de montar, bordadas, del regimiento de lanceros del coronel Blount. Había un grabado con todos los miembros del Equipo de Remeros Reales, con un pequeño plano en un ángulo, que indicaba quién era quién. Había, además, muchas otras cosas de igual interés, pero Adam se quedó profundamente dormido antes de haber visto nada más.

Mrs. Florin lo despertó a las cuatro. El café había desaparecido y su lugar estaba ocupado por una bandeja de plata cubierta con una servilleta de encaje. Había una tetera de plata, y una cacerola de plata con un infiernillo de alcohol debajo, y una jarrita de plata con crema, y una fuente de plata, tapada, llena de bollos. Había también tostadas calientes con mantequilla, y miel, y natillas, y un pastel de chocolate y otro de cerezas y otro de comino y otro de frutas, y unos

emparedados de tomate con sal y pimienta y pan de pasas y mantequilla.

–¿Le apetece un huevo pasado por agua, señor? El coronel por lo general come uno cuando está despierto.

–No, gracias –contestó Adam.

Se sentía muchísimo mejor después del descanso. Cuando se casara con Nina, pensó, vendrían a menudo aquí a pasar el día después de una fiesta realmente intensa. Por primera vez vio a una obesa perra de aguas, color chocolate y blanco, que despertaba en ese momento, en la alfombra.

–Por favor, no le dé bollos –dijo Mrs. Florin–. Es una de las cosas que no debe comer, y el coronel siempre se los da. Adora a esa perra –agregó, en un estallido de familiaridad–. A veces, por la noche, la lleva al cine consigo. Pero no creo que la perra pueda apreciar la película como un ser humano.

Adam le propinó –a la perra, no a Mrs. Florin– un suave empujoncito con el pie y le dio un terrón de azúcar. El animal le lamió el zapato con evidente cordialidad. Adam se sentía halagado por las muestras de amistad que le tributaban los perros.

Había terminado el té y estaba llenando la pipa cuando el coronel Blount entró en la biblioteca.

–¿Quién demonios es usted? –preguntó su anfitrión.

–Adam Symes –contestó Adam.

–No le conozco. ¿Cómo ha entrado? ¿Quién le ha dado el té? ¿Qué quiere?

–Usted me invitó a comer –repuso Adam–. Vine por esa cuestión de mi casamiento con Nina.

–¡Mi querido muchacho, claro! ¡Qué absurdo por mi parte! Tengo tan mala memoria para los nombres... Eso es el resultado de ver a tan poca gente. ¿Cómo le va?

Volvieron a estrecharse la mano.

–De manera que es el joven que está comprometido con Nina –dijo el coronel, mirándolo por primera vez como se supone que deben ser mirados los yernos en ciernes–. ¿Y por qué diablos quiere casarse? Yo no lo haría, ¿sabe?, de verdad que no. ¿Es usted rico?

–No, me temo que en este momento no. De eso precisamente querría hablarle.

–¿Cuánto dinero tiene?

–Bien, señor, en realidad ahora no tengo nada.

–¿Cuándo fue la última vez que tuvo algo?

–Ayer por la noche tenía mil libras, pero se las di a un comandante borracho.

–¿Por qué lo hizo?

–Bueno, tenía la esperanza de que él las apostara a Correo Indio en el handicap de noviembre.

–Nunca he oído hablar de ese caballo. ¿Y las apostó?

–No lo creo.

–¿Cuándo volverá a tener dinero?

–Cuando haya escrito algunos libros.

–¿Cuántos libros?

–Doce.

–¿Cuánto tendrá entonces?

–Probablemente cincuenta libras de adelanto por un decimotercer libro.

–¿Y cuánto le llevará escribir doce libros?

–Aproximadamente un año.

–¿Cuánto tiempo necesitaría la mayoría de la gente?

–Unos doce años. Claro, dicho así, entiendo que parece un tanto desesperante... pero, ¿sabe?, Nina y yo teníamos la esperanza de que usted... es decir, de que quizá durante todo el año que viene, hasta que tenga escritos mis doce libros, podría ayudarnos...

–¿Cómo podría ayudarlos? No he escrito nada en mi vida.

–No, habíamos pensado que podría darnos algún dinero.

–Lo habían pensado, ¿eh?

–Sí, eso es lo que pensamos.

El coronel Blount lo contempló con gravedad durante un rato. Luego dijo:

–Creo que es una admirable idea. No veo motivo alguno para no hacerlo. ¿Cuánto necesita?

–Es realmente una gran bondad de su parte, señor... Bueno, ¿sabe?, lo bastante para vivir tranquilamente por un tiempo. No sé...

–Bien, ¿mil libras le resultarían de alguna ayuda?

–Sí, ciertamente sí. Los dos le quedaremos terriblemente agradecidos.

–No es nada, mi querido muchacho. Absolutamente nada. ¿Cómo dijo que se llamaba?

–Adam Symes.

El coronel Blount se acercó a una mesa y extendió un cheque.

–Aquí tiene –dijo–. Y ahora no vaya a darle eso a otro comandante borracho.

–¡Vaya, señor! No sé cómo agradecérselo. Nina...

–Ni una palabra más. Y ahora supongo que querrá irse otra vez a Londres. Enviaremos a Mrs. Florin a la rectoría y haremos que el rector lo lleve en el coche a la estación. Es útil tener un vecino motorizado. Cobran cinco peniques en el autobús por el viaje de aquí a Aylesbury. *Ladrones*.

No les ocurre a muchos jóvenes eso de recibir mil libras de un desconocido dos veces en otras tantas noches sucesivas. Adam rió estrepitosamente en el coche del rector, mientras viajaban rumbo a la estación. El rector, que se encontraba en mitad de la tarea de escribir un sermón cuando lo llamaron, y a quien le molestaba, con sentimiento diariamente creciente, el hecho de que su vecino el coronel Blount se hubiese apoderado de su coche y de él mismo, mantuvo la vista fija en el chorreante parabrisas, fingiendo no oír nada. Adam rió durante todo el trayecto a Aylesbury, cogiéndose las rodillas, sacudido de pies a cabeza. El rector tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para desearle buenas noches cuando se separaron en el patio de la estación.

Había que esperar media hora a que llegara el tren, y la marquesina chorreante y las vías mojadas tuvieron sobre Adam un efecto apaciguador. Compró un periódico vespertino. En primera plana había una fotografía exquisitamente graciosa de miss Runcible en traje hawaiano, bajando a tropezones los escalones del número 10 de la calle Downing. El gobierno había caído esa tarde, leyó, derrotado por una moción surgida de la respuesta a una

pregunta en cuanto al tratamiento de que se había hecho objeto a miss Runcible por parte de la Aduana. Por lo general se afirmaba en los círculos parlamentarios que el factor decisivo de ese revés había sido la rebelión de los miembros liberales e inconformistas ante las revelaciones de la vida que se hacía en el número 10 de la calle Downing siendo el ocupante de la casa sir James Brown. El *Evening Standard* publicaba un editorial trazando una magnífica analogía entre la Pureza Pública y la Doméstica, entre la sobriedad en la familia y en el Estado.

Había otro pequeño artículo que interesó a Adam.

Tragedia en un hotel del West End

Esta mañana temprano, en un hotel de la calle Dover, murió miss Florence Ducane –a quien se considera de posición económica acomodada– a raíz de un accidente durante el cual la joven cayó de una araña que estaba tratando de arreglar. La investigación se llevará a cabo mañana, y será seguida por la cremación, en Golders Green. Miss Ducane, que anteriormente estuvo relacionada con el teatro, era bien conocida en los círculos comerciales.

Cosa que solo demostraba, pensó Adam, cuánto mejor conocía Lottie Crump que sir James Brown la forma de eludir la publicidad indeseada.

Cuando llegó a Londres, la lluvia había cesado, pero flotaba una tenue neblina que se movía en franjas, arrastradas por un viento húmedo. La estación estaba atestada de oficinistas que corrían, con carpetas y periódicos vespertinos, para alcanzar los trenes y volver a casa, tosiendo y estornudando mientras corrían. Todavía llevaban puestas sus amapolas. Adam entró en una cabina de teléfono y llamó a Nina. Esta le había dejado un mensaje diciéndole que había ido a tomar un cóctel a casa de Margot Metroland. Adam viajó hasta el Shepheard.

–Lottie –dijo–, tengo mil libras.

–¿Sí, de veras? –preguntó Lottie con indiferencia. Vivía en la suposición de que todos los que conocía tenían varios miles de libras. Para ella era como si le hubiera dicho: «Lottie, tengo un sombrero de copa.»

–¿Puede prestarme algún dinero hasta mañana, hasta que cobre el cheque?

–Te pasas el día pidiendo dinero prestado. Como tu pobre padre. Eh, usted, el del rincón, préstele algo de dinero a Mr. Como se Llame.

Un oficial de la guardia, de elevada estatura, sacudió la abombada frente y se atusó los bigotes.

–Es inútil recurrir a mí, Lottie –dijo con voz adiestrada para mandar.

–Perro tacaño –replicó Lottie–. ¿Dónde está ese norteamericano?

El juez Skimp, que desde su experiencia de aquella mañana se había vuelto profundamente anglófilo, extrajo dos billetes de diez libras. Dijo:

–Me sentiré sumamente orgulloso y honrado...

–El bueno y viejo juez No sé Cuántos –comentó Lottie–. Así se habla.

Adam salió corriendo al vestíbulo, mientras el corcho de otra botella de champán sonaba festivamente en la salita.

–Doge, llame a la Compañía Daimler de Coches de Alquiler y pida un automóvil en mi nombre. Dígale que vaya a casa de lady Metroland... mansión Pastmaster, calle Hill –dijo.

Luego se puso el sombrero y bajó por Hay Hill, balanceando el paraguas y riendo otra vez, solo que más silenciosamente, para sus adentros.

En casa de lady Metroland se quedó con el sombrero puesto y esperó en el vestíbulo.

–¿Quiere decirle a miss Blount, por favor, que he venido a buscarla? No, no subiré.

Contempló los sombreros que había sobre la mesa. Evidentemente, se trataba de toda una fiesta. Dos o tres sombreros de copa de gente que se había vestido temprano de etiqueta; los

demás, blandos y negros como el suyo. Rompió a bailar otra vez, ejecutando un zapateado de pura alegría.

Un minuto después Nina bajó por la amplia escalinata.

–Querido, ¿por qué no has subido? Es tan grosero... Margot está ansiosa por conocerte.

–Lo siento, Nina. No podría soportar una fiesta. Estoy tan excitado...

–¿Por qué, qué ha sucedido?

–De todo. Te lo diré en el coche.

–¿En el coche?

–Sí, llegará dentro de un momento. Iremos al campo a cenar. No puedes imaginarte lo inteligente que soy.

–Pero ¿qué has hecho, querido? Deja de bailar.

–No puedo. No tienes idea de lo listo que soy.

–Adam, ¿estás borracho otra vez?

–Mira por la ventana, a ver si puedes ver un Daimler esperando.

–Adam, *¿qué* has estado haciendo? Quiero que me lo digas.

–Mira –contestó Adam enseñándole el cheque–. ¿Qué te parece esto? –agregó con acento de arrabal.

–*Querido*, mil libras. ¿Te las ha dado papá?

–Me las gané –replicó Adam–. Oh, me las gané. Tendrías que haber visto el almuerzo que me comí y los chistes que leí. Nos casamos mañana. Oh, Nina, ¿le molestaría mucho a Margot que me pusiera a cantar en su vestíbulo?

–Sencillamente lo odiaría, querido, y yo también. Yo me encargaré de cuidar de este cheque. ¿Te acuerdas de lo que sucedió la última vez que te dieron mil libras?

–Eso mismo dijo tu papá.

–¿Se lo contaste?

–Se lo conté todo... y me dio mil libras.

–¡Pobre Adam...! –dijo Nina de pronto.

–¿Por qué dices eso?

–No sé... creo que este es tu coche...

–Nina, ¿por qué dijiste «pobre Adam»?

–¿Lo dije? Oh, no sé... ¡Oh, te adoro tanto...!

–Me casaré mañana. ¿Y tú?

–Sí, supongo, querido.

El chófer se aburrió bastante mientras ellos trataban de decidir dónde cenarían. A cada uno de los lugares que sugería, la pareja lanzaba un pequeño gemido de desaliento.

–Pero eso con seguridad estará repleto de gente que conocemos, ¿sabe? –decían. Maidenhead, Thame, Brighton, les sugirió. Finalmente decidieron ir a Arundel.

–Serán casi las nueve cuando lleguemos –dijo el chófer–. Ahora bien, en Bray hay un hotel muy bueno...

Pero fueron a Arundel.

–Nos casaremos mañana –dijo Adam en el coche–. Y no invitaremos a nadie a la boda. Y nos iremos inmediatamente al extranjero, y volveremos cuando haya escrito todos esos libros. Nina, ¿no es divino? ¿Adónde iremos?

–A donde quieras, la única condición es que tenga un clima templado, ¿no te parece?

–No creo que realmente estés segura de que nos casaremos, ¿verdad, Nina? ¿O sí?

–No sé... es que no creo que las cosas realmente divinas ocurran nunca... no sé por qué... Oh, esta noche me gustas tanto... Si *supieras* lo encantador que estabas bailando a solas en el vestíbulo de Margot... Te estuve mirando durante horas enteras antes de bajar.

–Enviaré el coche de vuelta –dijo Adam cuando atravesaban Pulborough–. Podemos volver a casa en tren.

–Si es que hay tren.

–Tiene que haber uno –replicó Adam. Pero esto les sugirió una duda que había estado agitándolos discretamente durante todo el viaje. No volvieron a mencionar el tema, pero desde Pulborough en adelante hubo en el Daimler un notorio ambiente de tensión.

Esa cuestión quedó arreglada cuando llegaron al hotel de Arundel.

–Queremos cenar –dijo Adam–, y una habitación para pasar la noche.

–*Querido*, ¿piensas seducirme?

–Me temo que sí. ¿Te molestaría mucho?

–No demasiado –respondió Nina. Y agregó, con acento barriobajero–: Encantada.

Todos habían terminado ya de cenar. Cenaron a solas en un rincón del comedor, mientras los otros camareros preparaban las mesas para el desayuno, mirándolos con hostilidad. Fue la más aburrida de las cenas inglesas. Después de cenar, el salón resultó espantoso. Había algunos golfistas, de frac, jugando al bridge, y dos ancianas. Adam y Nina cruzaron el patio, entraron en el bar y se quedaron sentados allí hasta la hora de cerrar, en medio de una cálida bruma de tabaco, escuchando los intermitentes chismorreos de la gente del pueblo. Se cogieron de la mano, sin turbación alguna, y al cabo del primer minuto ya nadie se fijó en ellos. Un poco antes de la hora de cerrar Adam pagó una ronda de copas. Los convidados decían:

–A su salud, señor. Mis respetos, señora. –Y el que atendía el mostrador dijo con un peculiar tono cantarino–: Vamos, por favor. Terminen sus bebidas, por favor.

Un reloj daba la hora cuando cruzaron nuevamente el patio, y un granjero levemente bebido trataba de poner en marcha su coche. Subieron por una escalera de roble adornada con trabucos y grabados de carruajes, rumbo a la habitación.

No habían traído ropa para pasar la noche. (La doncella se lo hizo notar, al día siguiente, al joven que trabajaba en el taller de radios, diciendo que eso era lo peor de un hotel situado en la carretera general. Acudía toda clase de gente.)

Adam se desnudó rápidamente y se acostó. Nina lo hizo con más lentitud, arreglando su ropa en la silla y tocando los adornos de la repisa de la chimenea, como si hubiera perdido buena parte de su habitual dominio de sí misma. Al fin apagó la luz.

–¿Sabes? –dijo temblando levemente mientras se acostaba–, esta es la primera vez que me sucede una cosa así.

–Es muy divertido –dijo Adam–, te lo aseguro.

–Estoy segura de ello –dijo Nina con seriedad–, no quise decir nada en contra. Solo que nunca me había sucedido anteriormente... Oh, Adam...

–Y tú habías dicho que las cosas realmente divinas no ocurren nunca –dijo Adam en mitad de la noche.

–No creo que eso sea nada divino –replicó Nina–. Me ha producido dolor. Y... querido, ahora que me acuerdo... Por la mañana quiero decirte algo verdaderamente importante.

–¿Qué?

–Ahora no, querido. Durmamos un poco, ¿no te parece?

Antes de que Nina despertara, Adam se vistió y salió, a pesar de la lluvia, para afeitarse. Volvió con dos cepillos de dientes y un peine de plástico de un rojo vivo. Nina se incorporó en la cama y se peinó. Se echó sobre la espalda la chaqueta de Adam.

–Querida, pareces sacada de *La Vie Parisienne* –dijo Adam, volviéndose mientras se cepillaba los dientes.

Entonces ella se quitó la chaqueta y saltó de la cama, y él le dijo que parecía un dibujo de una modelo de *Vogue*, solo que sin ropa encima. A Nina le gustó eso, pero dijo que hacía frío y que todavía sentía dolor, aunque no tanto como antes. Luego se vistió y bajaron.

Todos habían desayunado ya, y los camareros preparaban las mesas para el almuerzo.

–Por cierto –recordó Adam–, dijiste que querías decirme algo.

–Oh, sí, es cierto. Querido, algo espantoso.

–Dímelo.

–Bueno, se trata de ese cheque que te dio papá. Me temo que no nos será tan útil como creías.

–Pero querida, es de mil libras, ¿no es así?

–Échale una mirada, encanto.

Lo sacó del bolso y se lo tendió a través de la mesa.

–No le veo nada de malo –dijo Adam.

–¿Y la firma?

–¡Buen Dios, el viejo idiota firmó «Charlie Chaplin»!

–A eso me refería, querido.

–Pero ¿no podemos hacer que lo modifique? Debe de estar chiflado. Iré a verlo hoy mismo.

–En tu lugar, querido, yo no haría tal cosa... ¿no te das cuenta...?

Claro, es muy viejo y... estoy segura de que le hablaste de modo que las cosas pareciesen un tanto extrañas... ¿No te parece, querido, que *él* debe de haber creído que *tú* estabas un poco chiflado...? Quiero decir... quizá el cheque es una especie de broma...

–Bueno, maldita sea, todo esto es realmente un fastidio. Y justo cuando las cosas parecían ir tan bien. ¿Cuándo te diste cuenta de lo de la firma, Nina?

–En cuanto me lo mostraste, en casa de Margot... Parecías tan dichoso, ¿sabes, Adam?, y tan dulce... Creo que realmente me enamoré de ti de verdad cuando te vi bailando en el vestíbulo.

–¡Maldita sea! –respondió Adam–. El viejo demonio...

–De todos modos, después te divertiste un poco, ¿no es cierto? ¿O no?

–¿Y *tú?*

–Querido, nunca en mi vida he odiado tanto una cosa... Aun así, si tú te divertiste, ya es algo.

–Oye, Nina –dijo Adam al cabo de un rato–. A fin de cuentas no podremos casarnos.

–No, me temo que no.

–*Es* un fastidio, ¿verdad?

Más tarde dijo:

–Me temo que el rector aquel también creyó que estoy majareta.

Y más tarde todavía:

–En rigor, creo que es una buena broma, ¿no te parece?

–Me parece divina.

En el tren Nina dijo:

–Resulta espantoso pensar que probablemente nunca más, mientras viva, te volveré a ver bailando a solas.

VI

Aquella noche lady Metroland ofrecía una fiesta a Mrs. Melrose Ape. Adam encontró el telegrama de invitación esperándolo, cuando regresó al Shepheard. (Lottie ya había utilizado el dinero de la respuesta pagada para hacer ciertas apuestas. Alguien le había dado un soplo sobre el handicap de noviembre, y quería hacer la apuesta antes de olvidarse del nombre del caballo.) También encontró una invitación de Simon Balcairn para almorzar.

La comida en el Shepheard suele consistir sobre todo en pastel de carne de caza –completamente negro por dentro y lleno de picos de ave y perdigones e inexplicables vértebras–, de modo que Adam se sintió encantado de almorzar con Simon Balcairn, aunque sabía que tenía que existir algún motivo un tanto siniestro detrás de tan repentina hospitalidad.

Almorzaron en Chez Espinosa, el segundo de los restaurantes más lujosos de Londres. Estaba lleno de hules y de cristales Lalique, y la clase de gente a quien le gustaban esas cosas concurría continuamente al establecimiento y decía cuán espantoso era.

–Espero que no le moleste venir a este horrible restaurante – dijo Balcairn–. La verdad es que me dan comidas gratuitas si los menciono de vez en cuando en mi crónica. Desdichadamente no me pagan también bebidas. ¿Quién está hoy aquí, Alphonse? –preguntó al *maître d'hôtel*.

Alphonse le entregó la lista escrita a máquina que se redactaba para las columnas de sociedad.

–Hmmm, sí. Una buena lista esta mañana, Alphonse. Veré qué puedo hacer al respecto.

–Gracias, señor. ¿Una mesa para dos? ¿Un cóctel?

–No, me parece que no quiero un cóctel. En realidad no tengo tiempo. ¿Quiere tomar uno, Adam? Aquí no son muy buenos.

–No, gracias –contestó Adam.

–¿Está seguro? –inquirió Balcairn mientras se encaminaban hacia la mesa.

Mientras les servían el caviar estudió la lista de vinos.

–La cerveza es bastante buena –dijo–. ¿Qué le gustaría beber?

–Lo que acostumbre usted... Creo que un poco de cerveza sería encantador.

–Dos botellas pequeñas de cerveza, por favor... ¿Está realmente seguro de que no prefiere otra cosa?

–Sí, segurísimo, gracias.

Simon Balcairn echó en torno una mirada melancólica, agregando de vez en cuando un nuevo apellido a su lista. (Es tan deprimente tener una profesión en la que la mayor parte de las conversaciones tienen que girar en torno a ella...)

De pronto dijo, con un mortífero aire de negligencia:

–Margot Metroland ofrece hoy una fiesta, ¿no es cierto? ¿Irá usted?

–Probablemente sí. Por lo general me gustan las fiestas de Margot. ¿Y a usted?

–Sí... Adam, le diré una cosa sumamente extraña. No me ha enviado invitación para la de hoy.

–Supongo que ya lo hará. Yo he recibido la mía esta mañana.

–Sí... ¿Quién es esa mujer que acaba de entrar, la del abrigo de pieles? La conozco mucho de vista.

–¿No es lady Everyman?

–Sí, claro. –Otro nombre fue añadido a la lista. Simon Balcairn hizo una pausa lúgubre y comió un poco de ensalada–. El caso es que... le dijo a Agatha Runcible que *no iba* a invitarme.

–¿Por qué no?

–Aparentemente está enfadada por alguna cosa que yo dije acerca de algo que había dicho ella de Miles.

–La gente se toma las cosas tan en serio... –comentó Adam para alentarlo.

–Eso significaría la ruina para mí –dijo lord Balcairn–. ¿No es esa Pamela Popham?

–No tengo la más mínima idea.

–Estoy seguro de ello... Tengo que ver cómo se escribe; lo buscaré en la guía de sociedad. El otro día me metí en un lío tremendo por un apellido mal escrito... La ruina. Ella ha invitado a Vanburgh.

–Bueno, Vanburgh es algo así como su primo, ¿no es cierto?

–Resulta tan condenadamente injusto... Todos mis primos están en casas de orates, o si no viven en el campo y hacen las cosas más indecorosas con animales salvajes... Salvo mi madre, y eso es lo peor... En la oficina se pusieron furiosos cuando Vanburgh consiguió esa primicia de la calle Downing. Si no puedo concurrir a esta fiesta, lo mejor será que me olvide de la calle Fleet para siempre... Tanto daría que metiera la cabeza en el horno de la cocina de gas y terminara con todo... Estoy seguro de que si Margot supiera cuánto significa eso para mí, no le molestaría que fuese.

Grandes lágrimas asomaron a sus ojos, amenazando con desbordarse.

–Toda esta semana pasada –dijo– me he visto reducido a redactar mi artículo con la ayuda de la Circular de la Corte y de Debrett... Ya nadie me invita a ninguna parte...

–Le diré una cosa –dijo Adam–. Conozco muy bien a Margot. Si quiere, la llamaré por teléfono y le preguntaré si puedo llevarlo.

–¿Sí? ¿Lo hará, Adam? Si quisiera hacerlo... Hagámoslo de inmediato. No tenemos tiempo para tomar café ni licores. Rápido, podemos llamar desde mi oficina... Sí, este sombrero negro y mi paraguas, no, he perdido el número... aquí está, no allá, oh, por favor, dése prisa... Sí, un taxi...

Se encontraron en la calle y casi en seguida viajaban ya en un taxi antes de que Adam tuviese tiempo de decir nada más. Pronto estuvieron incrustados en un embotellamiento en el Strand, y al cabo de un rato llegaron a la oficina de Balcairn, en la calle Fleet.

Subieron a un minúsculo despacho en el cristal de cuya puerta rezaba «Sociales». El interior no parecía justificar el nombre. Había una silla, una máquina de escribir, un teléfono, unos libros para consultas y un considerable desorden de fotografías. El superior inmediato de Balcairn –una mujer– estaba sentado en la única silla.

–Hola –dijo–. De manera que ha vuelto, ¿dónde ha estado

metido?

–En Espinosa. He aquí la lista.

La directora de «Sociales» la leyó.

–No podemos poner a Kitty Blackwater –dijo–. Ayer ya salió. Los demás están bien. Escríbales un par de párrafos. Supongo que no se habrá fijado en qué trajes llevaban...

–Sí –respondió Balcairn, ansioso–. Me acuerdo de todos.

–Bueno, pero no habrá espacio para describirlos. Tenemos que reservar todo el espacio disponible para la fiesta de lady M. He omitido del todo al D. de Devonshire. De paso, la fotografía que usted usó ayer no era la de la actual condesa de Everyman. Es una fotografía retrospectiva de la viuda. Las dos nos llamaron por teléfono, debido a eso, y nos censuraron de lo lindo. Otra vez *usted*. ¿Tiene la invitación para esta noche?

–Todavía no.

–Será mejor que la consiga pronto. Necesito un relato de primera mano antes de entrar en prensa, ¿entiende? De paso, ¿sabe algo de esto? La criada de lady R. lo envió hoy. –Cogió una hoja de papel–. «El compromiso que según rumores se llevaría a cabo entre Adam Fenwick-Symes y Nina Blount, de la Mansión Dudando, Aylesbury, ha sido roto.» Nunca he oído hablar de ninguno de los dos. Ni siquiera fue anunciado, por lo que sé.

–Será mejor que le pregunte a él. Este es Adam Symes.

–Hola, no hubo intención de ofensa, se lo aseguro... ¿Qué me dice de esto?

–No ha sido anunciado ni roto.

–Fruslerías, ¿eh? Entonces *esto va ahí*. –Dejó caer la hoja en la papelera–. Esa chica nos ha mandado últimamente una buena cantidad de patrañas. Bueno, salgo a almorzar. Si se presenta algo urgente, estaré en el Club de Jardinería. Hasta luego.

Salió cerrando de un golpe la puerta en la que se leía «Sociales», silbando mientras caminaba por el pasillo.

–Ya ve cómo me tratan –dijo lord Balcairn–: Cuando llegué me trataban con todas las consideraciones. Ojalá estuviese muerto.

–No llore –dijo Adam–. Es demasiado conmovedor.

–No puedo evitarlo... Oh, adelante.

La puerta se abrió y entró un chiquillo.

–Abajo está el mayordomo de lady Circunferencia, con algunos compromisos y un divorcio.

–Dile que los deje.

–Muy bien, milord.

–Es la única persona de la oficina que se muestra cortés conmigo –dijo Balcairn cuando el mensajero desapareció–. Ojalá tuviese algo para dejarle en mi testamento... Llame a Margot, por favor. Entonces por lo menos sabré lo peor... Entre...

–Un caballero que dice llamarse general Strapper está abajo. Quiere verlo muy especialmente.

–¿Para qué?

–No sabría decirle, milord, pero lleva una fusta. Parece muy furioso por algo.

–Dígale que la directora de «Sociales» está almorzando... Llame a Margot.

Adam preguntó:

–Margot, ¿puedo llevar a alguien conmigo esta noche?

–Bueno, Adam, realmente no sé. No sé como van a poder entrar todos. Lo siento muchísimo. ¿Quién es?

–Simon Balcairn. Está especialmente ansioso por ir.

–Ya lo creo. Pero ese joven no me gusta nada. Ha escrito sobre mí en los periódicos.

–*Por favor,* Margot.

–No insistas. No lo quiero en mi casa. Solo invité a Van con el estricto compromiso de que no escribirá nada sobre la fiesta. No quiero tener nada más que ver con Simon Balcairn.

–Querida mía, eso me parece un poco exagerado.

–Cuando se menciona a ese joven, nada es exagerado. Hasta luego. Nos veremos esta noche.

–No necesita decírmelo –dijo Balcairn–. Ya sé lo que ha dicho... inútil, ¿no es cierto?

–Me temo que sí.

–Esto es el fin para mí... –dijo Balcairn–. Ya no me queda ninguna solución... –Hojeó con indiferencia unos papeles–. ¿Le interesaría saber que Agatha y Archie se han comprometido?

–No lo creo.

–Tampoco yo. Uno de los nuestros acaba de enviar la noticia. La mitad de lo que nos envían es mentira, y la otra mitad, calumnia... Nos mandaron un largo relato acerca de que Miles y Pamela Popham habían pasado la noche de ayer en Arundel... Pero no podemos publicar eso, aunque sea cierto, cosa que evidentemente no es, conociendo a Miles. Gracias por haber hecho lo que pudo. Adiós.

Abajo, en la oficina exterior, un altercado iba en aumento. Un hombrón de aspecto militar pateaba y se revolvía ante una mujer de mediana edad. Adam reconoció a la directora de «Sociales».

–Contéstame: sí o no –decía el hombrón–. ¿Es usted responsable o no de esta odiosa mentira acerca de mi hija?

(Había leído en la columna de Simon Balcairn que su hija había sido vista en un club nocturno. Para quien estuviese mejor enterado de las costumbres de miss Strapper, la noticia resultaría particularmente discreta.)

–¡Sí o no! –gritó el general–. ¡O le arrancaré la vida de una sacudida!

–No.

–¿Y quién, entonces? Quiero atrapar al canalla que lo escribió. ¿Dónde está? –rugió el general.

–Arriba –consiguió decir la directora de «Sociales».

«Más problemas para Simon», pensó Adam.

Adam fue a buscar a Nina a su apartamento. Habían quedado en ir al cine juntos.

–Te has retrasado –dijo ella–. Es tan aburrido llegar tarde cuando vas a ver una película hablada...

–Las películas habladas son aburridas de cualquier modo –replicó él.

Se trataban de forma distinta después de las experiencias de la noche anterior. Adam tenía tendencia a mostrarse egoísta y desalentado; Nina parecía un tanto más madura y desilusionada, y claramente enojada. Adam comenzó a decir que, por lo visto,

tendría que vivir en el Shepheard el resto de su vida, o al menos el resto de la vida de Lottie, ya que no sería justo irse sin pagar la cuenta.

Entonces Nina dijo:

–Por favor, Adam, muéstrate divertido. No te puedo soportar cuando no eres divertido.

Y entonces Adam le habló de Simon Balcairn y de la fiesta de Margot. Le describió cómo había visto azotar a Simon en medio de su oficina.

–Sí, eso es divertido –dijo Nina–. Continúa.

El relato de los azotes de Simon les duró todo el trayecto hasta el cine. Se perdieron parte de la película que Nina quería ver, y eso volvió a poner difíciles las cosas. No hablaron durante largo rato. Luego Nina dijo, acerca de la película:

–Todo ese barullo en torno a la cuestión de dormir juntos... Para placer físico, prefiero ir al dentista cualquier día.

–La próxima vez te gustará más –dijo Adam.

–*La próxima vez* –repitió Nina, y le dijo que daba demasiadas cosas por sentadas.

Adam replicó que esa era una frase que solo empleaban las prostitutas.

Y entonces iniciaron una verdadera riña, que duró durante toda la película y hasta que llegaron al apartamento de Nina y mientras ella cortaba un limón y preparaba un cóctel, hasta que Adam dijo que si continuaba refunfuñando, la violaría allí mismo, en la alfombra.

Y Nina continuó despotricando, provocativamente.

Y cuando Adam empezó a vestirse, ella se había apaciguado lo bastante para admitir que era posible que el amor fuese algo que podía llegar a gustar con el tiempo, como fumar en pipa. Aun así, afirmaba que al principio la molestaba intensamente, y dudaba de que valiese la pena.

Luego comenzaron a discutir en el ascensor acerca de si los gustos adquiridos valían el trabajo que costaba adquirirlos. Adam dijo que se trataba de una imitación, y que era natural que el nombre fuese imitativo. De modo que los gustos adquiridos eran naturales.

Pero la presencia del ascensorista impidió que aquella discusión llegase a la solución a que había llegado la anterior.

La verdad es que, como muchas personas de su edad y clase, Adam y Nina mantenían una actitud cínica en cuanto al sexo, aun antes de tener una amplia experiencia al respecto.

–¡Caray, qué lujo! –exclamó Divino Descontento.

–No está mal –dijo Castidad con tono mundano–. No hay motivos para entusiasmarse tanto.

–¿Quién se entusiasma tanto? Solo dije que era lujoso... y *es* lujoso, ¿no?

–Supongo que todo es lujoso para *cierta* clase de gente.

–Vaya, vosotras dos –dijo Templanza, que había recibido el encargo de cuidar a los ángeles durante la noche–, no empecéis una riña aquí, y menos con las alas puestas. Mrs. Ape no tolera que se rompan las alas, ya lo sabéis.

–¿Quién ha empezado nada?

–Vosotras.

–Oh, es inútil hablar con Castidad. Ahora es demasiado importante y encumbrada para ser un ángel. Fue a pasear con Mrs. Panrast en un Rolls Royce –dijo Fortaleza–. Yo la vi. Lamenté *tanto* que lloviese sin parar, porque de lo contrario se hubiera divertido mucho, ¿no es cierto, Castidad?

–Bueno, tendrías que alegrarte. Te dejo los hombres para ti, Fortaleza. Solo que parece que ellos no quieren aprovechar la ventaja, ¿no es cierto?

Hablaron de hombres durante un rato. Divino Descontento pensaba que el segundo lacayo tenía los ojos bonitos.

–Y lo sabe –dijo Templanza.

Estaban cenando juntas en lo que todavía se llamaba el aula de la casa de lady Metroland. Desde la ventana podían ver llegar a los invitados de la fiesta. A pesar de la lluvia, se había reunido un gentío bastante grande a ambos lados de la marquesina para criticar los trajes con apreciativos «ohs» y «ahs» o desdeñosos bufidos. Coches y taxis llegaban en cerrada sucesión. Lady Circunferencia

subió la calle chapoteando, con botas de goma; llevaba un enorme broche de diamantes bajo un paraguas de tartán. La Juventud Brillante llegó toda junta, salió de la berlina eléctrica de alguien como una camada de lechones, y subió corriendo y chillando los escalones exteriores. Algunos gorrones que cometieron el error de ir vestidos con disfraces de la época victoriana fueron descubiertos y expulsados. Volvieron presurosamente a sus hogares, para cambiarse e intentar un segundo asalto. Nadie quería perderse el debut de Mrs. Ape.

Pero los ángeles estaban un tanto inquietos. Las habían vestido a las siete, con las túnicas blancas, los ceñidores dorados y las alas. Eran ya las diez pasadas y la tensión comenzaba a hacerse sentir, porque resultaba imposible recostarse cómodamente con las alas.

–¡Oh!, ojalá se dieran prisa para poder terminar con esto –dijo Esfuerzo Creador–. Mrs. Ape prometió que después podríamos beber champán, si cantábamos bien.

–Apuesto a que *ella* lo está pasando bien, ahí abajo.

–*¡Castidad!*

–Oh, *bueno*.

Entonces llegó el lacayo de los hermosos ojos, para quitar la mesa. Les lanzó un guiño amistoso mientras cerraba la puerta. «Hermosas criaturas –pensó–. Lástima que sean tan religiosas... Desperdician los mejores años de la vida.»

En los aposentos de los criados se había suscitado un grave debate en cuanto a la posición exacta de los ángeles. El propio Mr. Blenkinsop, el mayordomo, se había mostrado inseguro al respecto.

–Es evidente que los ángeles no son invitados –había dicho–, y no creo que constituyan una delegación. Tampoco son institutrices, ni religiosas, estrictamente hablando. Tampoco son actrices, porque las actrices actualmente *cenan*, lo que es una vergüenza.

–Creo que son decoradoras –dijo Mrs. Blouse–, o bien empleadas de una obra de caridad.

–Las empleadas de una obra de caridad son institutrices, Mrs. Blouse. No se gana nada multiplicando al infinito las distinciones sociales. Las decoradoras son invitadas u obreras.

Después de discutirlo, se llegó a la conclusión de que los ángeles

eran nodrizas, y eso se convirtió en la reglamentación oficial de la casa. Pero el segundo lacayo era de la opinión de que se trataba nada más que de «personas jóvenes», pura y simplemente, «y muy simpáticas, además», porque a las nodrizas, salvo en raras ocasiones, no se les podía hacer guiños, y estaba claro que a los ángeles sí.

–Lo que queremos saber, Castidad –dijo Esfuerzo Creador–, es cómo llegaste a hacer tan buenas migas con Mrs. Panrast.

–Sí –dijeron los ángeles–, sí. No es muy propio de ti, Castidad, eso de viajar en auto con una mujer.

Agitaron las alas amenazadoramente.

–Sometámosla a un interrogatorio de tercer grado –dijo Humildad con un júbilo un tanto perverso.

(Había entre los ángeles un sistema tácito de establecer las jerarquías, que comenzaba con insinuaciones, seguía con interrogatorios forzados, pellizcos y bofetadas, y terminaba, por lo general, con lágrimas y besos.)

Confrontada por aquel círculo de caras vengativas y rodeadas de los respectivos halos, Castidad comenzó a perder su aire de superioridad.

–¿Por qué no habría de salir a pasear con una amiga? –preguntó quejumbrosamente–. ¿Por qué tenéis que lanzaros sobre mí de este modo?

–*Amiga* –repitió Esfuerzo Creador–. Hasta hoy no la habías visto nunca. –Y le propinó un malvado pellizco por encima del codo.

–*¡Oooh!* –exclamó Castidad– *¡Oooh, por favor*... animal!

Entonces la pellizcaron todas por todo el cuerpo, pero con exactitud y ponderación, para no estropearle las alas ni el halo, porque aquello no era una orgía (a veces, en el dormitorio, se desataban, pero no allí, en el aula de lady Metroland, antes de un importante debut).

–*¡Oooh!* –dijo Castidad–. *¡Oooh, ay, ooh! ¡Por favor!*. Animales, brutas, gamberras... *por favor... ¡Oooh!*... Bueno, si queréis saberlo, creí que ella *era* un hombre.

–¿Creiste que era un hombre, Castidad? Eso no me parece muy sensato.

–Bueno, se parece a un hombre... y se *comporta* como un hombre. La vi sentada a una mesa, en un salón de té. No llevaba sombrero, y no pude verle las faldas... *¡Oooh...!* ¿Cómo puedo deciros nada si continuáis pellizcándome...? Y me sonrió y, bueno, fui y tomé el té con ella, y me preguntó si quería salir a pasear en el coche, y yo le dije que sí y, *¡Oooh!*, ojalá no lo hubiese dicho.

–¿Qué te dijo en el coche, Castidad?

–No recuerdo... no gran cosa.

–Oh, va. Dinos qué te dijo. No volveremos a pellizcarte, si nos lo dices. Lamento haberte hecho daño Castidad, *dímelo.* Será *mejor* que nos lo digas.

–No, no puedo, *de veras*... os digo que no me acuerdo.

–Dadle otro pellizco, chicas.

–*¡Ooh, ooh, ooh, basta!* Lo diré.

Tenían las cabezas juntas y estaban tan absortas en el relato, que no se dieron cuenta cuando entró Mrs. Ape.

–Otra vez explicando indecencias –dijo con voz terrible–. Chicas, estoy avergonzadísima de vosotras.

Mrs. Ape estaba magnífica con su vestido de grueso brocado de oro con bordados de textos bíblicos.

–Estoy avergonzadísima de vosotras –repitió Mrs. Ape–; habéis hecho llorar otra vez a Castidad, precisamente antes de la gran función. Si queréis maltratar a alguien, *¿por qué* elegís siempre a Castidad? Ya sabéis que cuando llora se le pone roja la nariz. ¿Qué aspecto tengo *yo*, me gustaría saber, frente a un grupo de ángeles con la nariz roja? No pensáis nunca en otra cosa que no sea la diversión, ¿eh? *Perras*. –Esta última palabra fue pronunciada con una profundidad de expresión que hizo temblar a los ángeles–. No habrá champán para nadie hoy, ¿entendido? Y si no cantáis a la perfección, os daré una buena zurra a todas, ¿está claro? Y bien, vamos, y por amor del Cordero, Castidad, *haz algo con tu nariz*. Cuando te vean con este aspecto, creerán que se trata de una reunión antialcohólica.

Los desconsolados ángeles aparecieron, dos minutos más tarde, en tropel, en una brillante escena. Margot Metroland les estrechó la

mano a medida que llegaban al pie de la escalera, valorándolas con ojo experto.

–No pareces dichosa, querida –encontró tiempo para decirle a Castidad, mientras las hacía cruzar el salón de baile en dirección a la plataforma–. Si sientes que necesitas un cambio, házmelo saber luego, y puedo conseguirte un trabajo en Sudamérica. Y *lo digo en serio*.

–Oh, gracias –dijo Castidad–, pero jamás podría abandonar a Mrs. Ape.

–Bueno, piénsalo, niña. Eres demasiado hermosa para malgastar tu tiempo cantando himnos. Dile a la otra jovencita, a la pelirroja, que probablemente también pueda encontrarle un puesto.

–¿A quién, a Humildad? No se ocupe de ella. Es una malvada.

–Bueno, a algunos hombres les gustan los modales bruscos, pero no quiero a nadie que pueda crear malestar entre las otras muchachas.

–Ella crea malestar siempre. Mire este magullón.

–¡Caramba!

Margot Metroland y Mrs. Ape condujeron a los ángeles escalones arriba, por entre las orquídeas, y las colocaron al fondo de la tarima, de cara al salón. Castidad estaba junto a Esfuerzo Creador.

–Por favor, Castidad, lamento haberte hecho daño –dijo Esfuerzo Creador–. *Yo* no te pellizqué con fuerza, ¿no es cierto?

–Sí –replicó Castidad–, con mucha fuerza.

Una mano levemente pegajosa trató de aferrarle la suya, pero Castidad cerró el puño. Iría a Sudamérica y trabajaría para lady Metroland... y ni siquiera le diría nada al respecto a Humildad. Miró fijamente hacia adelante, vio a lady Panrast y bajó la vista.

El salón de baile estaba lleno de sillitas doradas, y las sillas, llenas de gente. Lord Vanburgh, convenientemente sentado cerca de la puerta, por la cual podía deslizarse en busca del teléfono, examinaba a todos. Todos eran notables, en uno u otro sentido. Los motivos del segundo matrimonio de Margot Metroland[5] habían sido varios, pero todos ellos mundanos. El principal fue el deseo de

restablecer su un tanto debilitada posición social, y la fiesta de aquella noche era testigo de su éxito, porque si bien mucha gente puede agasajar al Primer Ministro y a la duquesa de Stayle y a lady Circunferencia, y cualquiera puede (y a menudo –contra su voluntad– lo hace) agasajar a Miles Malpractice y Agatha Runcible, solo las anfitrionas que confíen mucho en sí mismas invitarán a la vez a estos dos círculos, que difieren en casi todos los puntos de principio y conducta. Cerca de Vanburgh, junto a la puerta, había una figura que parecía tipificar el cambio ocurrido en la mansión Pastmaster desde que Margot Beste-Chetwynd se había convertido en lady Metroland: un hombre de apariencia discreta, de estatura menor que la media, cuya negra barba, cayendo en apretados rizos lustrosos, ocultaba casi la Orden de San Miguel y San Jorge que llevaba en torno al cuello. En el meñique de su mano izquierda brillaba un gran anillo de sello, fuera del guante. Lucía una orquídea en el ojal. Sus ojos, juveniles pero graves, escudriñaban la multitud. De vez en cuando hacía una inclinación de cabeza con gracia y decisión. Varias personas trataban de averiguar quién era.

–Fíjate en el peludo ese –dijo Humildad a Fe.

–¿Quién es ese *importantísimo* joven? –preguntó Mrs. Blackwater a lady Throbbing.

–No sé, querida. Te ha saludado *a ti*.

–Te ha saludado *a ti*, querida.

–Qué amable... no estaba segura... Me recuerda un poco al querido príncipe Anrep.

–Es tan hermoso en estos días, ¿no es cierto, queridísima?, ver a alguien que realmente tiene aspecto de... ¿no te parece?

–¿Te refieres a la barba?

–*La barba entre otras cosas,* querida.

El padre Rothschild conspiraba con Mr. Ultraje y lord Metroland. Se interrumpió en mitad de una frase.

–Perdón –dijo–, pero hay espías por todas partes. Ese hombre de la barba, ¿lo conocen?

Lord Metroland dijo vagamente que tenía algo que ver con el

Ministerio de Relaciones Exteriores; Mr. Ultraje parecía recordar haberlo visto anteriormente.

–*Exactamente* –dijo el padre Rothschild–, creo que sería mejor si continuáramos nuestra conversación en privado. He estado vigilándolo. Hace *inclinaciones de cabeza hacia donde no hay nadie y a personas que le dan la espalda*.

El Gran Hombre se retiró al estudio de lord Metroland. El padre Rothschild cerró la puerta silenciosamente y miró detrás de las cortinas.

–¿Cierro la puerta con llave? –preguntó lord Metroland.

–No –contestó el jesuita–. Una cerradura no impide que un espía oiga; pero nos impide a nosotros, los que estamos dentro, atrapar al espía.

–Bueno, a mí nunca se me hubiera ocurrido –dijo Mr. Ultraje con franca admiración.

–¡Qué hermosa es Nina Blount! –dijo lady Throbbing, atareada, en primera fila, con sus impertinentes–. Pero ¿no te parece...?, un poco cambiada... casi casi como si...

–Todo lo adviertes, querida.

–Cuando una llega a nuestra edad, querida, le queda tan poco... pero estoy segura de que miss Blount debe haber tenido una experiencia... está sentada junto a Miles. ¿Sabes que ayer tuve noticias de Edward? Está en viaje de regreso. Será un gran golpe para Miles, porque ha estado viviendo en la casa de Edward durante todo este tiempo. Para decirte la verdad, me alegro, porque según he oído decir a Anne Opalthorpe, que vive enfrente, las cosas que suceden allí... Ahora tiene a un amigo viviendo con él. Un hombre tan extraño... un jockey. Pero es inútil tratar de ocultar los hechos, ¿verdad...? Ahí está Mrs. Panrast... sí, querida, claro que la conoces, se trata de Eleanor Balcairn... ahora bien, *¿por qué* invitará Margot a una persona así? No creo que Margot sea tan inocente... y ahí está lord Monomark... sí, el dueño de esos *divertidos* periódicos... dicen que él y Margot... *antes* del casamiento de ella, claro (me refiero a su segundo casamiento), pero una nunca puede

estar segura, ¿no es cierto?, de cuándo volverán a *surgir* esas cosas... Me pregunto dónde estará Peter Pastmaster... Nunca acude a las fiestas de Margot... Estuvo durante la cena, por supuesto, y, querida, *cómo* bebió... No debe de tener más de veintiún años... Ah, de modo que esta es Mrs. Ape. Qué rostro tan vulgar... no, querida, claro que no puede oírnos... tiene el aspecto de una *alcahueta*... pero quizá no debería decir eso *aquí*, ¿verdad?

Adam se sentó junto a Nina.

–¡Hola! –se saludaron.

–Querido, fíjate en el nuevo joven que acompaña a Mary Ratón –dijo Nina.

Adam miró y vio que Mary estaba junto al maharajá de Pukkapore.

–Hacen una bonita pareja –comentó.

–¡Oh, qué aburrimiento! –dijo Nina.

Mr. Benfleet hablaba con dos poetas. Estos decían:

–... Y le escribí a William para decirle que no había escrito la crítica, pero lo cierto es que Tony me había leído la crítica por teléfono, cuando yo estaba adormilado. Me pareció que sería mejor decirle la verdad, porque de todos modos se enteraría de todo por Tony. Pero le dije que le había aconsejado no publicarla, así como le había aconsejado a William no publicar el libro. Bueno, Tony llamó a Michael y le dijo que yo había dicho que William pensaba que Michael había escrito la crítica a raíz de las críticas que yo había publicado el noviembre pasado sobre el libro de Michael, aunque, en realidad, fue el propio Tony quien la escribió...

–¡Qué lástima! –dijo Mr. Benfleet–. ¡Qué lástima!

–... Pero ¿es eso motivo, aunque yo la hubiera escrito, para que Michael le dijera a Tony que le robé cinco libras a William?

–Desde luego que no –dijo Mr. Benfleet–. ¡Qué lástima!

–Está claro; es que, *sencillamente*, no son *caballeros*, ninguno de ellos. Eso es todo, solo que en la actualidad da vergüenza decirlo.

Mr. Benfleet meneó la cabeza con tristeza y simpatía.

Mrs. Melrose Ape se puso en pie para hablar. Se hizo el silencio en el salón de baile, partiendo desde atrás y extendiéndose por entre las sillas doradas, hasta que solo se oyó la voz de Mrs. Blackwater pronunciando exquisitamente una frase acerca de unos detalles del pasado de lady Metroland. Luego también ella guardó silencio, y Mrs. Ape comenzó su disertación sobre la Esperanza.

–Hermanos y hermanas –dijo con voz ronca, conmovedora. Luego hizo una pausa y permitió que su mirada, renombrada en tres continentes por su magnetismo, se paseara por entre las sillas doradas. (Era uno de sus comienzos favoritos.)–. *Mírense un poco* –dijo.

Mágicamente, la duda se difundió entre el público. Mrs. Panrast se agitó, incómoda. ¿Se habría ido de la lengua aquella chiquilla tonta?, se preguntó.

–Querido –susurró miss Runcible–, ¿tengo algo en la nariz?

Nina pensó que, hacía solo veinticuatro horas, había estado enamorada. Mr. Benfleet pensó que debería haberlo limitado a un tres por ciento sobre diez mil ejemplares. Los gorrones pensaron si no hubieran hecho mejor en quedarse en casa. (Una vez, en la ciudad de Kansas, Mrs. Ape no pudo llegar más allá de esa frase; se produjo una tempestad de emociones y todos los asientos del salón fueron hechos astillas. Fue entonces cuando Humildad se unió a los ángeles.) Había un millar de cosas en el pasado de lady Throbbing... Cada corazón encontraba algo que lamentar.

–Se ha apoderado de ellos –musitó Esfuerzo Creador–. Los ha atrapado.

Lord Vanburgh se escurrió de la sala para telefonear algunos picantes párrafos referentes a la religiosidad elegante.

Mary Ratón derramó dos lagrimitas y busco la mano morena, enjoyada, del maharajá.

Pero de pronto, en aquel silencio vibrante de autoacusaciones, estalló la voz de órgano de Inglaterra, el grito de caza del *ancien*

régime. Lady Circunferencia emitió un resonante bufido de desaprobación:

–¡Qué mujer tan condenadamente descarada! –dijo.

Adam y Nina y miss Runcible rompieron a reír, y Margot Metroland, por primera vez en las muchas fiestas que había ofrecido, se alegró al ver que la invitada de la noche sería un fracaso. Se había librado de un buen compromiso.

En el estudio, el padre Rothschild y Mr. Ultraje conspiraban con entusiasmo. Lord Metroland fumaba un cigarro y se preguntaba cuándo podría irse. Quería escuchar a Mrs. Ape y echar otra mirada a los ángeles. Había una de cabello rojo... Además, los asuntos de Estado y la política exterior siempre le habían aburrido. En los años que pasó en la Cámara de los Comunes le gustaba una buena discusión, y a menudo añoraba con cierta avidez aquellas competiciones de disimulo en que había llegado a alcanzar notoriedad. Incluso ahora, cuando se discutía algún tema directo, fácilmente inteligible, como por ejemplo las ayudas a los pobres o el arte público, le complacía pronunciar de vez en cuando un sonoro discurso en la Cámara de los Lores. Pero estas cuestiones no eran su especialidad.

De pronto el padre Rothschild apagó la luz.

–Viene alguien por el pasillo –dijo–. Rápido, ocúltense detrás de las cortinas.

–De veras, Rothschild... –dijo Mr. Ultraje.

–Vaya... –empezó lord Metroland.

–*Rápido* –dijo el padre Rothschild.

Los tres estadistas se escondieron, lord Metroland todavía fumando, con la cabeza echada hacia atrás y el cigarro erecto. Oyeron que se abría la puerta. Encendieron la luz. Alguien encendió también un fósforo. Y luego escucharon el ruidito del teléfono, cuando levantaban el receptor.

–Central diez mil –dijo una voz levemente desfigurada.

–*Ahora* –dijo el padre Rothschild, y salió de detrás de la cortina.

El desconocido barbudo que había despertado sus sospechas se

encontraba ante la mesa, fumando uno de los cigarros de lord Metroland y con el teléfono en la mano.

–¡Oh, hola! –saludó–. No sabía que estuviese aquí. Pensé que podía usar el teléfono. Lo siento. No quiero molestar. Hermosa fiesta, ¿verdad? Hasta luego.

–Quédese exactamente donde está –dijo el padre Rothschildy quítese esa barba.

–Y un cuerno –replicó el desconocido airadamente–. Es inútil hablarme como si fuese uno de sus chicos del coro... viejo bruto.

–Quítese la barba –repitió el padre Rothschild.

–Quítese la barba –dijeron lord Metroland y el Primer Ministro, surgiendo repentinamente de detrás de la cortina.

Aquella concurrencia de Iglesia y Estado, ocurrida tan inesperadamente después de una noche de prolongadas inquietudes, fue demasiado para Simon.

–Oh, está bien –dijo–, si *necesitan* hacer tanto jaleo al respecto... duele horriblemente, ¿saben...? Tendría que empaparla en agua caliente... *¡Oooh...! ¡Ay...!*

Dio unos tirones a los rizos negros y poco a poco se los arrancó.

–*Ahí tienen* –dijo–. Y ahora, en su lugar, iría a hacer que lady Throbbing se quitara la peluca... Armaría una gran jarana, ya que estamos en eso, si fuera ustedes.

–Aparentemente he sobreestimado la gravedad de la situación –dijo el padre Rothschild.

–¿Quién es, a fin de cuentas? –preguntó Mr. Ultraje–. ¿Dónde están esos detectives? ¿Qué significa todo esto?

–Este –dijo el padre Rothschild con amargura– es *Mr. Parlanchín*.

–No lo conozco. No creo que exista tal persona... *Parlanchín*, vaya... nos obliga a escondernos detrás de una cortina y luego nos dice que un joven de barba postiza se llama Parlanchín. De veras, Rothschild...

–Lord Balcairn –dijo lord Metroland–, ¿quiere tener la bondad de salir inmediatamente de mi casa?

–*¿Se llama* Parlanchín este joven, o no? Por mi alma, me parece que están todos locos.

–Oh, sí, ya me voy –dijo Simon–. No creerá que voy a volver así a

la fiesta, *¿no?* ¿O lo cree?

En verdad, tenía un aspecto curioso, con mechoncitos de pelo adheridos a la barbilla y las mejillas.

–Lord Monomark está esta noche aquí, y por cierto, le informaré de su conducta...

–Escribe para los periódicos –trató de explicar el padre Rothschild al Primer Ministro.

–Bueno, maldita sea, también yo, pero no uso barba postiza ni me llamo Parlanchín... Sencillamente, no entiendo lo que ha ocurrido... ¿Dónde están esos detectives? ¿Es que nadie quiere explicarme nada? *Me tratan como a un chiquillo* –dijo. Era como una de esas reuniones del Gabinete, en las que todos hablaban de algo que no entendía y no le prestaban atención alguna.

El padre Rothschild lo llevó aparte e intentó, con una paciencia y un tacto casi humillantes, aclararle algunas de las complejidades del periodismo moderno.

–No creo ni una sola palabra –decía continuamente el Primer Ministro–. Es un timo. Me están ocultando algo... *Parlanchín*, vaya...

Simon Balcairn recibió el sombrero y el abrigo y fue conducido hasta la puerta. La muchedumbre que rodeaba la marquesina se había dispersado. Llovía aún. Volvió caminando a su pequeño piso de la calle Bourdon. La lluvia le despegó algunos de los pocos rizos que le quedaban en la cara y se le metió por el cuello de la camisa.

Ante la puerta de su casa estaban lavando un coche; se escurrió entre este y la basura, metió la llave en la cerradura y subió. Su apartamento era como Chez Espinosa: todo hules y cristal Lalique. Había algunas audaces fotografías de David Lennox, un gramófono (comprado a plazos) e innumerables tarjetas de invitación sobre la repisa. Su toalla de baño estaba donde la había dejado, encima de la cama.

Simon se dirigió a la nevera y partió unos trozos de hielo. Luego se preparó un cóctel. Después fue al teléfono.

–Central diez mil... –dijo–. Póngame con Mrs. Brace. Hola, habla Balcairn.

–Bien... ¿tiene el relato?

–Oh, sí, tengo el relato, solo que no son rumores, sino noticias...

primera plana. Tendrá que llenar la página de Parlanchín con lo de Espinosa.

–¡Un cuerno!

–Espere hasta oír el relato... Hola, póngame con noticias, ¿quiere...? Habla Balcairn. Ponga a uno de los muchachos para anotar esto, ¿quiere...? ¿Listo? Muy bien.

Ante la mesa recubierta de vidrio, sorbiendo el cóctel, Simon Balcairn dictó su último relato.

–Escenas de alocado entusiasmo religioso, coma, reminiscentes de una reunión de negros, coma, al aire libre, coma, en América del Sur, estallaron ayer por la noche en el corazón de Mayfair, coma, en la fiesta ofrecida a la famosa predicadora norteamericana Mrs. Ape por la vizcondesa Metroland, coma, antes la Honorable Mrs. Beste-Chetwynd, coma, en su histórica mansión, coma, Casa Pastmaster, punto. El magnífico salón de baile no habrá albergado jamás una reunión más brillante...

Era su canto del cisne. Mentira monstruosa tras monstruosa mentira surgían en su cerebro.

–... La Honorable Agatha Runcible se unió a Mrs. Ape entre las orquídeas y dirigió el canto, mientras las lágrimas le corrían por el rostro...

La excitación cundió en las oficinas del *Excess*. Las máquinas fueron detenidas. El equipo nocturno de periodistas, un tanto achispado como siempre a aquella hora, se apiñó en torno al taquígrafo mientras este pasaba a máquina el relato. Los teclistas arrebataban las hojas de texto a medida que iban llegando. Los subdirectores comenzaron a cortar y tachar implacablemente; suprimieron importantes anuncios políticos, trastocaron las pruebas presentadas en un juicio por asesinato, redujeron las críticas dramáticas a un párrafo, a fin de dejar espacio para el relato de Simon.

Las frases llegaban «calientes y fuertes, tan deliciosas como las hace mamá», como observó uno de ellos.

–El pequeño lord Fauntleroy ha conseguido por fin algo bueno –dijo otro.

–Ya lo creo –corroboró un tercero en tono apreciativo.

–... apenas había terminado lady Everyman, cuando la condesa de Throbbing se puso en pie para confesar sus pecados, y con voz quebrada por la emoción reveló los hasta ahora ocultos detalles de la paternidad del actual conde...

–Dígale a Mr. Edwards que busque fotografías de los tres –dijo el ayudante del director de noticias.

–... La marquesa de Vanburgh, sacudida por sollozos de contrición... Mrs. Panrast, cantando febrilmente... Lady Anchorage, con la vista baja...

»... El arzobispo de Canterbury, que hasta ese momento había permanecido impasible ante la emoción general, declaró entonces que en Eton, en el ochenta, él y sir James Brown...

»... La duquesa de Stayle arrojó su diadema de esmeraldas y diamantes, exclamando: «¡Ofrenda de Culpabilidad!», ejemplo que fue rápidamente imitado por la condesa de Circunferencia y por lady Brown, hasta que una verdadera lluvia de piedras preciosas cayó sobre el piso, herencias de incalculable valor rodando entre perlas Tecla y diamantes Chanel. Un cheque en blanco cayó aleteando de entre las manos de maharajá de Pukkapore...

El texto llenaba dos columnas, y cuando Simon colgó finalmente el receptor, después de recibir las felicitaciones de sus colegas, se sentía, por primera vez en su vida periodística, perfectamente feliz en cuanto a su trabajo. Terminó los aguados restos de la coctelera y se dirigió a la cocina. Cerró la puerta y la ventana y abrió el horno. Dentro estaba muy negro y sucio, y olía a carne. Extendió una hoja de periódico sobre la bandeja inferior y se acostó en el suelo, apoyando la cabeza en ella. Luego advirtió que por error había elegido la página de chismorreo que escribía Vanburgh en el *Morning Despatch.* Puso otra hoja. (En el piso había migajas.) Luego abrió la llave del gas. Surgió con un rugido sorprendentemente estrepitoso. La fuerza del gas le revolvió el cabello y las restantes partículas de la barba postiza. Al principio contuvo la respiración. Después pensó que aquello era una tontería y husmeó. Eso le provocó tos, y la tos le hizo respirar, y respirar le hizo sentirse mal; pero pronto cayó en coma y en seguida murió.

Y así, el último conde de Balcairn fue, como se dice, a reunirse

con sus antepasados (que habían caído en muchos países y por muchas causas, según los habían impulsado las excentricidades de la política exterior británica y sus propias naturalezas vagabundas; en Acre y Agincourt y Killiecrankie, en Egipto y América. Uno había sido devorado por los peces, mientras las mareas lo hacían rodar por entre las copas de los árboles de un bosque submarino; algunos adquirieron un color cada vez más bronceado, y se habían hecho indignos de ser tenidos en cuenta, bajo los soles tropicales, en tanto que muchos yacían en tumbas de mármol de extravagante diseño).

En la mansión Pastmaster, lady Metroland y lord Monomark hablaban de Simon. Lord Monomark lanzaba rugidos de risa juvenil.

–Es un gran muchacho –dijo–. Vino con barba postiza, ¿eh? Muy bueno. ¿Cómo dices que se llama? Mañana mismo le aumentaré el sueldo.

Y se volvió para dar el nombre de Simon a un secretario.

Y cuando lady Metroland comenzó a discutir, la hizo callar con cierta descortesía.

–Caray, Margot –dijo–. Sabes de sobra que es inútil ponerse autoritaria conmigo.

VII

Entonces Adam se convirtió en Mr. Parlanchín. Estaba almorzando con Nina en Espinosa, y reñían desganadamente, cuando se acercó a la mesa que ocupaban una mujer de aspecto práctico, con el cabello cortado a lo Eton, en quien Adam reconoció a la directora de «Sociales» del *Daily Excess*.

–Oiga –dijo ella–, ¿no estuvo usted con Balcairn en la oficina, el día que se mató?

–Sí.

–Bien, nos ha dejado en un buen lío. Sesenta y dos juicios por calumnia, y siguen llegando más. Y eso no es lo peor. Tengo que hacer su trabajo, aparte del mío. Me pregunto si no podría darme los nombres de esta gente, y decirme algo acerca de ellos.

Adam señaló algunos rostros gastados.

–Sí, no sirven para nada. Están en la lista negra. ¿Sabe?, Monomark se puso furioso con el relato de Balcairn sobre la fiesta de lady Metroland, y ha dado la orden de que ninguno de los que han demandado al periódico vuelva a ser mencionado. Y bien, le pregunto, ¿qué voy a hacer? Es un escándalo. ¡Pero si ni siquiera podemos mencionar al Primer Ministro o al arzobispo de Canterbury! Supongo que no conocerá a nadie que quiera el puesto... El que lo quisiera tendría que ser un buen bobo.

–¿Cuánto pagan?

–Diez libras semanales y los gastos. ¿Conoce a alguien?

–Por ese sueldo, yo mismo.

–*¿Usted?* –La directora de «Sociales» lo contempló con escepticismo–. ¿Sabría hacerlo?

–Probaré durante una o dos semanas.

–Eso es lo máximo que aguanta cualquiera. Está bien, venga a la oficina conmigo, cuando haya terminado de almorzar. De cualquier

modo, no podrá provocar más problemas que Balcairn, y al principio él parecía de lo mejorcito.

–Ahora ya podemos casarnos –dijo Nina.

Mientras tanto los juicios por calumnia contra los autores, impresores y editores del último relato de Simon Balcairn paralizaron prácticamente el sistema judicial del país. La brigada veterana, acaudillada por Mrs. Blackwater, se lanzó con júbilo a una orgía de litigios como no se había conocido desde la guerra (uno de los abogados más jóvenes agradó sobremanera a lady Throbbing: «Acabo de darme cuenta, querido, de que cuando se llega a mi edad, resultan *simpáticas* las pelucas, ¿no le parece?»). La generación joven, en su mayor parte, aceptó que los pleitos se resolviesen al margen de los tribunales, y más tarde, con el dinero que así consiguieron, ofrecieron una hermosa fiesta en un dirigible cautivo. Miss Runcible, que no era de tan buen conformar, llenó dos álbumes con recortes de prensa que relataban sus distintas apariciones ante los tribunales, unas veces como demandante, otras como testigo, otras (con un sombrero prestado por miss Ratón) como miembro de la cola de «mujeres elegantemente vestidas que esperaban que se las dejase entrar», una vez como intrusa que era expulsada por un ujier de la galería de prensa y, finalmente, como acusada que era sentenciada a una multa de diez libras, o siete días de cárcel, por desacato al tribunal.

Los procedimientos judiciales se complicaron considerablemente debido a la conducta de Mrs. Ape, quien concedió una entrevista en la que confirmó plenamente el relato de Simon Balcairn. Hizo también que su agente de prensa telegrafiara una versión corregida y aumentada a todo el mundo. Luego partió del país con sus ángeles, tras recibir el repentino encargo de avivar la vida religiosa de Oberammergau.

De vez en cuando llegaban cartas de Buenos Aires, en las que Castidad y Divino Descontento hablaban un tanto críticamente de las diversiones latinoamericanas.

–No se conformaron con lo que tenían –dijo Mrs. Ape.

–No parece muy distinto de lo que nos está pasando a nosotras –dijo Esfuerzo Creador con melancolía.

–*Ellas* verán la diferencia antes que hayan pasado cinco minutos de su muerte –dijo Mrs. Ape.

Edward Throbbing regresó con dos secretarios a la calle Hertford, un tanto inoportunamente para Miles y su jockey, que se vieron obligados a mudarse al Shepheard. Miles dijo que lo que más le molestaba del regreso de su hermano no era tanto su presencia como los gastos. Durante algunas semanas Throbbing estuvo con el alma en vilo a causa de los sucesivos descubrimientos, hechos por sus secretarios, de objetos curiosos y comprometedores en todos los rincones de la casa. También su mayordomo parecía cambiado. Hipó ruidosamente mientras servía la cena a dos secretarios de Estado, se quejó de que en su cuarto de baño había arañas y de que oía el sonido de instrumentos musicales, y finalmente tuvo «visiones», enloqueció y corría por la despensa blandiendo un atizador; tuvieron que llevárselo en una ambulancia. Mucho después de que estas causas inmediatas de preocupación fueran eliminadas, la vida de los secretarios de Throbbing se veía periódicamente perturbada por ambiguas llamadas telefónicas y por las visitas de amenazadores jóvenes que querían trajes nuevos o pasajes para Norteamérica, o un billete de cinco libras para salir de apuros.

Pero todos estos acontecimientos, aunque de amplio interés general, son por necesidad un libro cerrado para los lectores de la página de Mr. Parlanchín.

La lista negra de lord Monomark había provocado un cambio devastador en el personal de los chismorreos del *Daily Excess*. De la noche a la mañana los lectores de Mr. Parlanchín se vieron sumergidos en un lóbrego mundillo de desconocidos. Se les presentaron fotografías de contrahechas hijas de nobles de provincias acarreando cubos de comida a las gallinas de sus padres; se enteraron del compromiso de la hija menor del obispo de Chertsey y de una cena que ofreció la viuda de un Alto Comisionado, en los jardines de Elm Park, a algunas de las amistades que había hecho en la colonia. Había detalles de la impecable vida hogareña de novelistas, fotografiadas con sus perros

de aguas delante de pérgolas cubiertas de rosas; relatos de juergas de estudiantes y cenas de veteranos de diversos regimientos; anécdotas de los pasillos de los tribunales; frases sueltas sobre cócteles ofrecidos por mediocres locutores de la BBC; tés danzantes en Gloucester Terrace y chistes universitarios.

Instado por los sarcasmos de la directora de «Sociales», Adam inyectó nuevo vigor y humanidad a la lamentable columna. Inició una serie de «Inválidos Notables» que desde el comienzo obtuvo un tremendo éxito. Empezó con un tono familiar: *En una cena, la otra noche, mi vecino y yo comenzamos a compilar una lista de las damas sordas más populares. En primer lugar, como es natural, figuró la anciana lady*...

Al día siguiente continuó con una página acerca de lores y estadistas sordos, después de tullidos, ciegos y calvos. Tarjetas postales de felicitación comenzaron a llegar de todo el país.

Hace ya muchos años que leo su columna –escribía un corresponsal de Bude–, *pero esta es la primera vez que realmente gozo con ella. Soy sordo desde hace largo tiempo, y es un gran consuelo para mí saber que mi aflicción es compartida por tantos hombres y mujeres famosos. Gracias, Mr. Parlanchín, y buena suerte*.

Otro escribió: *Desde niño he padecido la maldición de unas orejas anormalmente grandes, que han sido para mí una fuente de ridículo y un serio obstáculo en mi carrera (soy adiestrador de peces voladores). Me gustaría saber si alguna persona importante ha sufrido del mismo modo*.

Finalmente recorrió los asilos para lunáticos, y los establecimientos para enfermedades mentales de todo el país, y durante una semana publicó una serie sumamente popular, bajo el titular de «Excéntricos con título».

No es muy sabido que el conde de ..., que vive en estricto retiro, tiene la poco común debilidad de usar trajes del período napoleónico. Tan grande, por cierto, es su hostilidad a los atavíos modernos, que en una ocasión...

Lord ..., cuyas apariciones en público son lamentablemente raras en la actualidad, es un profundo estudioso de la historia comparada

de las religiones. Hay un divertido relato acerca de cómo, cuando almorzaba con el entonces deán del Westminster, lord ... escandalizó a su anfitrión al afirmar que, lejos de ser de origen divino, los diez mandamientos, en rigor de verdad, habían sido escritos por él y entregados también por él a Moisés en el Sinai...

Lady ..., realiza unas imitaciones de los sonidos emitidos por los animales tan realistas que pocas veces se la puede convencer de que converse de cualquier otra forma...

Y así sucesivamente.

Además, convencido de que a la gente no le importaba realmente acerca de *quién* leyera, siempre que resultara satisfecha su malsana curiosidad acerca de la vida de los demás, Adam comenzó a inventarse personajes.

Inventó a un escultor llamado Provna, hijo de un noble polaco, que vivía en un estudio del último piso de la mansion Grosvenor. La mayor parte de sus trabajos (que se encontraban en su totalidad en poder de coleccionistas privados) estaban hechos de corcho, vulcanita y acero. El Metropolitan Museum de Nueva York, se había enterado Mr. Parlanchín, negociaba desde hacía tiempo la compra de una obra, pero hasta el momento no había logrado superar las ofertas de los coleccionistas.

Tal es el poder de la prensa, que poco después de esto una continua corriente de Provnas de la primera época empezó a viajar entre Varsovia y la calle Bond, y de la calle Bond a California, mientras que Mrs. Hoop anunciaba a sus amigos que Provna trabajaba en aquel momento en un busto de Johnny, que ella tenía la intención de regalar a la nación (afirmación que Adam no pudo recoger porque Mrs. Hoop figuraba en la lista negra, pero que apareció oportunamente, bajo una fotografía de Johnny, en la columna rival del marqués de Vanburgh).

Alentado por su éxito, Adam comenzó a presentar gradualmente a sus lectores una brillante y encantadora compañía. Al principio los mencionaba casualmente entre noticias sobre personas reales. Había un popular y joven agregado a la embajada italiana, llamado conde Cincinnati. Descendía del famoso cónsul romano Cincinnatus, y tenía un arado en su escudo de armas. El conde Cincinnati era

considerado el mejor violoncelista no profesional de Londres. Adam lo vio una noche bailando en el Café de la Paix. Unas noches más tarde, lord Vanburgh lo vio en el Covent Garden, e hizo notar que su colección de bocetos originales para el ballet ruso no tenía igual en Europa. Dos días después, Adam lo envió a Mónaco para que pasara unos días de descanso, y Vanburgh insinuó que en su viaje había algo más de lo que parecía a simple vista, y mencionó a la hija de una conocida anfitriona norteamericana, que estaba allí, en la casa de campo de su tía.

Había también cierto capitán Angus Stuart-Kerr, cuyas raras apariciones en Inglaterra constituían un placer para sus amigos. A diferencia de la mayoría de los aficionados a la caza mayor, era un experto e infatigable bailarín. Para gran disgusto suyo, Adam descubrió que el capitán Stuart-Kerr era entrevistado por un chismoso desconocido de un semanario ilustrado de dos peniques, quien lo había visto en una reunión y afirmaba que era bien conocido como el jinete más experto de las Hébridas. Adam puso fin a eso al día siguiente.

Algunas personas –escribió– *tienen la impresión de que el capitán Angus Stuart-Kerr, a quien mencioné en esta página hace poco tiempo, es un buen jinete. Quizá lo confunden con Alastair Stuart-Kerr, de Inverauchty, un primo suyo sumamente lejano. El capitán Stuart-Kerr jamás monta a caballo, y por un motivo altamente interesante. Hay una vieja rima gaélica, tradicional entre los miembros de su clan, que dice, en traducción libre: «El señor anda muy bien sobre sus dos piernas.» La tradición sostiene que cuando el jefe de la casa monte a caballo, el clan se dispersará*.[6]

Pero la más importante creación de Adam fue Mrs. Andrew Quest. Había siempre cierta dificultad en lo referente a presentar a personas inglesas en su columna, ya que sus lectores tenían la posibilidad de verificar sus referencias en Debrett. (Como bien sabía él, para su desgracia, porque un día, habiéndose referido al compromiso de la tercera hija, la más joven, de un baronet galés, recibió seis postales, dieciocho llamadas telefónicas, un telegrama y una visita personal de protesta, para informarle que había dos hermanas, igualmente hermosas, que todavía iban a la escuela. La

directora de «Sociales» se había mostrado tremendamente mordaz al respecto.) Sin embargo, un día creó a Imogen Quest, tranquila y decididamente, como la más encantadora y popular de las recién casadas. Y desde el comienzo mostró señales de una marcada personalidad. Prudentemente, Adam evitó todo intento de proporcionarle una genealogía, pero sus lectores leyeron entre líneas y le atribuyeron un origen de alcurnia, bien que irregular. Pero todos lectura para las escuelas elementales. Esto demuestra la diferencia entre lo que se llama

tradición popular «viva» y la «muerta».
los demás detalles Adam los derramó a raudales sobre ella. Tenía una estatura mayor que media, era sumamente morena y esbelta, de grandes ojos negros, y la negligente gracia de una consumada atleta (practicaba esgrima durante una hora y media todas las mañanas, antes del desayuno). Incluso Provna, que era notoriamente indiferente hacia la belleza convencional, la describió como algo que «justificaba el siglo».

Su ropa era incomparable, con esa ligera sugestión de lo fortuito que la elevaba muy por encima del simple chic del maniquí.

Su personalidad era una encantadora armonía de virtudes en pugna: era ingeniosa y de corazón tierno, apasionada y serena, sensual y recatada, impulsiva y discreta.

Su grupo, el más íntimo y brillante de Europa, llegaba a un soberbio término medio entre los dos polos del salvajismo: lady Circunstancia y lady Metroland.

Muy pronto Imogen Quest se convirtió en un sinónimo de inaccesibilidad social, la meta final para todos los arribistas.

Un día que Adam acompañó a Nina a comprarse unos sombreros en una tienda de Hannover Square, quedó vivamente impresionado por las montañas de sombrereras dispuestas en las sillas y mesas del local, ostentosamente destinadas a Mrs. Andrew Quest. Podía oír su apellido pronunciado reverentemente en los bares de moda, y con despreocupación se deslizaban frases como: «Querida, ahora nunca veo a Peter. Se pasa el día con Imogen Quest...», o: «Como diría Imogen Quest...», o: «Creo que los Quest tienen una como

esa. Tengo que preguntarles dónde la consiguieron.» Y este conocimiento del intangible grupo de los Quest, que se movían en un estrecho círculo que guardaba celosamente su intimidad, parecía transformar y ennoblecer la vida de los lectores de Mr. Parlanchín.

Un día Imogen ofreció una fiesta, los preparativos de la cual ocuparon varios párrafos. Al día siguiente Adam encontró su mesa de trabajo cubierta de cartas de queja de gorrones que habían encontrado desierta la casa de Seamore Place.

Finalmente llegó un mensaje indicando que lord Monomark estaba interesado en Mrs. Quest; ¿podría Mr. Parlanchín conseguir una cita? Ese día los Quest zarparon rumbo a Jamaica.

Adam también intentó, de forma discreta, ejercer cierta influencia sobre la forma de vestir de sus lectores.

Ayer por la noche vi en el Café de la Paix –escribió– *que dos de los hombres presentes más elegantes llevaban zapatos de ante negro con el traje de etiqueta; uno de ellos, a quien no nombraremos, era una persona sumamente importante. Tengo entendido que es probable que esta moda que viene, como tantas otras, de Nueva York, se haga popular entre nosotros esta temporada*. Unos días después mencionó la aparición del capitán Stuart-Kerr en el Embassy *usando, claro, los ultraelegantes zapatos de ante negro*. En una semana tuvo la satisfacción de ver que Johnny Hoop y Archie Schwert habían imitado el ejemplo del capitán Stuart-Kerr, mientras que quince días después los grandes emporios de ropa confeccionada de la calle Regent cambiaron los letreros de los escaparates y dispusieron hileras de zapatos de ante negro sobre un escalón de plata, con la inscripción: «Para salir de noche.»

Pero su intento de introducir un sombrero hongo color verde botella no tuvo éxito. En rigor, un «bien conocido fabricante de sombreros de la calle St. James», cuando fue entrevistado al respecto por un diario vespertino, declaró que nunca había visto ni oído hablar de semejante cosa, y aunque no se negaría a fabricar uno si se lo pedía un antiguo cliente, opinaba que ninguno de sus antiguos clientes pediría un sombrero de esa clase (aunque se conocía el trágico caso de un viejo petimetre empobrecido que

había tratado de teñir un sombrero gris con tinta verde, así como en otras épocas solía teñir el clavel para el ojal).

A medida que pasaban los días, la página de Mr. Parlanchín se volvió casi completamente desorientadora. Con sultanesco capricho, Adam hablaba a sus lectores de inaccesibles restaurantes que eran ahora el centro de la moda; los invitaba a bailar en hoteles para abstemios de Bloomsbury... En un párrafo encabezado «Montparnasse en Belgravia» anunció que el chiringuito del metro de la plaza Sloane se había convertido en el punto de reunión de la vanguardia artística más moderna. (Mr. Benfleet corrió allí en su primera noche libre, pero no vio a nadie, salvo a Mrs. Hoop y lord Vanburgh y un borrachín plebeyo de cuello de celuloide.)

Como último recurso, en aquellas desesperadas tardes en que fracasaban las invenciones y caía sobre él la negra misantropía que asalta por igual al escritor de cotilleos sociales y al novelista, Adam encontraba a veces consuelo apoderándose de algún suave y anónimo ciudadano y transfigurándolo en una llamarada de notoriedad.

Hizo tal cosa con un hombre llamado Pelirrojo.

Como parte de sus deberes, que lo llevaban a muchos lugares poco corrientes, Adam y Nina fueron a Manchester para el handicap de noviembre. Allí sufrieron la desalentadora experiencia de ver que Correo Indio ganaba fácilmente y sus apuestas se pagaban treinta y cinco a uno. Eso fue durante la campaña de los sombreros hongos color verde botella, y Adam buscaba en vano alguna señal de su influencia en ese sentido cuando, de pronto, entre la multitud, vio el afable rostro rubicundo del comandante borracho a quien había confiado sus mil libras en casa de Lottie. Parecía extraño que un hombre tan voluminoso pudiese ser tan escurridizo. Adam no estaba seguro de si el comandante lo vio, pero, en cierta forma misteriosa, su persecución coincidió con la completa desaparición del hombre. El gentío se hizo denso, a su alrededor se blandían botellas y bocadillos... Cuando Adam llegó al lugar en que había visto al comandante encontró a dos policías arrestando a un ratero.

–Vamos, ¿por qué da esos empujones? –preguntaron los espectadores.

–¿Han visto en alguna parte a un comandante borracho? –inquirió Adam.

Pero nadie pudo darle razón, y volvió, desconsolado, junto a Nina, a quien encontró conversando con un joven de rizado bigote rojizo.

El joven dijo que estaba cansado de las carreras, y Adam le contestó que también lo estaba él. De modo que el joven preguntó por qué no volvían a Londres en su cacharro, y entonces Adam y Nina dijeron que bueno. El cacharro, resultó ser un coche de carreras enorme, flamante, y llegaron a Londres a tiempo para la cena. Nina explicó que el joven solía jugar con ella de niña, y que había estado haciendo algo militar en Ceilán, durante los últimos cinco años. El joven se llamaba Eddy Littlejohn, pero durante la cena dijo vamos, ¿no iban a llamarlo Pelirrojo?, todo el mundo le conocía por ese nombre. De modo que comenzaron a llamarlo Pelirrojo, y él preguntó si no sería una buena idea beberse otra botella de champán, y Adam y Nina dijeron que sí, que sería una buena idea, de modo que bebieron como cosacos y se hicieron muy amigos.

–¿Sabéis? –dijo Pelirrojo–, he tenido mucha suerte al encontraros hoy. Me estaba aburriendo terriblemente de Londres. La vida es tan condenadamente lenta... He vuelto con la intención de divertirme un poco, ¿sabéis?, de echar una cana al aire y todo eso. Bueno, el otro día estaba leyendo el diario, y había una nota que decía que el lugar más agradable para ir a bailar hoy en día era el Hotel Casanova, de Bloomsbury. Bueno, me pareció un poco sospechoso un lugar que nunca había oído nombrar, ¿sabéis?, pero aun así había estado ausente durante mucho tiempo, y los lugares cambian, y todo eso, de modo que me puse los trapitos domingueros y partí, ansiando un poco de inocente diversión. Bueno, al grano: nunca había visto un lugar semejante. No había más que tres parejas bailando, de modo que pregunto: «¿Dónde está el bar?» Y me contestan: «¿El bar?» Y les explico: «Sí, ya saben, donde se bebe.» Y me dicen que, bueno, probablemente podrán prepararme un poco de café. Y yo les digo: «No, nada de café.» Y entonces me dijeron que no tenían licencia para vender lo que ellos llamaban alcohol. Bueno, lo que quiero decir es que si eso es lo mejor que tienen en Londres, me quedo

con Colombo. Me pregunto quién escribirá esas cosas en los periódicos.

–A decir verdad, *yo* las escribo.

–Vamos, no, ¿de veras? Debes de ser terriblemente inteligente. ¿Tú escribiste sobre los sombreros hongos verdes? –Sí.

–Bueno, digo yo, ¿quién ha oído hablar alguna vez de sombreros hongos verdes?, quiero decir... Te diré una cosa, ¿sabes?, me había parecido que era una broma. ¿Sabes?, creo que es condenadamente gracioso. ¡Pero si una cantidad de pobres bobos debe de haber ido a comprarse sombreros verdes!

Después de eso fueron al Café de la Paix, donde se encontraron con Johnny Hoop, quien los invitó a todos a la fiesta que se celebraría a los pocos días en el dirigible cautivo.

Pero a Pelirrojo no lo engañarían dos veces.

–Oh, no, ¿sabéis? –dijo–. En un globo cautivo no. Estáis tratando de engañarme otra vez. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de una fiesta en un globo cautivo? Quiero decir, ¿y si alguien se cae?

Adam telefoneó su crónica al *Excess*, y poco después apareció un cantante de color, que colocó sus zapatos de ante negro en un círculo de luz y provocó la desaprobación de Pelirrojo. No le molestaban los negros, dijo; hizo notar que los negros estaban perfectamente cuando no se salían de su lugar, pero que, a fin de cuentas, uno no hacía todo el viaje desde Colombo hasta Londres nada más que para ver negros. De modo que salieron del Café de la Paix y fueron a casa de Lottie, en donde Pelirrojo se puso un poco melancólico, diciendo que Londres ya no era un hogar para él y que los tiempos habían cambiado.

–¿Sabéis? –dijo Pelirrojo–, durante todo el tiempo que he estado en Ceilán me decía: «En cuanto el viejo estire la pata y pueda cobrar los doblones y los pistolones de la familia, volveré a Inglaterra y echaré la casa por la ventana.» Y ahora, cuando llega el momento, no parece haber nada interesante que hacer.

–¿Qué le parece un traguito? –dijo Lottie.

Pelirrojo bebió un traguito, y luego él y el norteamericano cantaron varias veces la canción de los remeros de Eton. Al final de la noche

admitió que todavía quedaba un poco de vida en la alegre y vieja capital del Imperio.

Al día siguiente los lectores de Mr. Parlanchín se enteraron de que: *El capitán «Pelirrojo» Littlejohn, como lo conocen sus íntimos, fue una de las conocidísimas figuras deportivas asistentes al handicap de noviembre que se pronunciaron en favor del nuevo sombrero hongo verde. El capitán Littlejohn es uno de los solteros más adinerados y mejor conocidos de la alta sociedad, y últimamente he oído pronunciar su apellido en relación con el matrimonio de la hija de una famosa casa ducal. Hizo el viaje a las carreras ayer en su propio cacharro, que él mismo conduce*.

Durante algunos días el nombre de Pelirrojo figuró profusamente en la página de Adam, para profunda turbación de aquel. Le fueron predichos varios compromisos matrimoniales, se rumoreó que había firmado un contrato con una productora de cine; que había comprado una islita en el canal de Bristol, la cual se proponía convertir en un club campestre; y que su próxima novela sobre la vida cingalesa contenía varios retratos, apenas disfrazados, de celebridades londinenses.

Pero la broma del sombrero hongo verde había ido demasiado lejos. Adam fue mandado llamar por lord Monomark.

–Vea, Symes –dijo el gran hombre–. Me gusta su página. Es vivaz, tiene muchos nombres nuevos y posee el toque íntimo que me agrada. La leo todos los días, y también mi hija. Siga así y le irá bien. Pero ¿me quiere decir *qué es eso de los sombreros hongos verdes?*

–Bien, claro, señor, por el momento los usan solo muy pocas personas, pero...

–¿Tiene usted uno? Muéstreme un hongo verde.

–Me temo que yo no lo uso.

–Bueno, ¿y dónde los ha visto? Yo aún no he visto ninguno. Mi hija no ha visto ninguno. ¿Quién los usa? ¿Dónde se compran? Eso es lo que quiero saber. Mire, Symes: no digo que no existan los hongos verdes; puede ser que existan y puede ser que no. Pero de ahora en adelante no habrá más hongos verdes en mi periódico. ¿Entiende? Y otra cosa. Ese conde Cincinnati. No quiero decir que

él no exista. Puede que sí y puede que no. Pero el embajador italiano no sabe nada de él y el Almanaque Gotha tampoco. De modo que, por lo que respecta a mi periódico, basta ya de él. Y no quiero volver a oír hablar de Espinosa. Ayer me hicieron mal la cuenta. ¿Ha entendido bien estos tres puntos? Ordénelos en su cerebro: 1, 2, 3, ese es el secreto de la memoria. Or-dé-ne-los. Está bien, váyase ya, y dígale al Ministro del Interior que puede entrar. Lo encontrará esperando en el pasillo, es un hombrecillo feo, con quevedos.

VIII

Dos noches más tarde Adam y Nina llevaron a Pelirrojo a la fiesta del dirigible cautivo. En realidad no fue una buena noche. El largo viaje en el coche de Pelirrojo, hasta el degradado suburbio donde se encontraba anclada la aeronave, les hizo coger frío y los deprimió, disipando la alegría que había chisporroteado más bien espasmódicamente durante la cena de Pelirrojo.

El globo parecía llenar todo el campo, amarrado a pocos centímetros del suelo por innumerables cables, con los cuales tropezaron penosamente hasta llegar a los escalones. Estos habían sido cubiertos con un trozo de alfombra roja por un decorador con tendencias sociales.

Dentro, los salones eran estrechos y calurosos, y se comunicaban entre sí por escalerillas de caracol y pasadizos metálicos. Había ángulos salientes por todas partes, y miss Runcible se convirtió en una masa de magullones en la primera media hora. Había una orquesta y un bar, y las mismas caras. Era la primera vez que se ofrecía una fiesta en una aeronave.

Adam subió a una especie de terraza. Hectáreas de seda inflada borraban el cielo, moviéndose imperceptiblemente en la brisa. La luz de otros coches que llegaban iluminaba el césped desigual. Unos patanes se habían reunido en torno a los portones, para lanzar pullas. Había dos personas haciendo el amor cerca de él, en la terraza, reclinadas en almohadones. Había también una joven a quien no conocía, aferrada a uno de los soportes y respirando pesadamente; era evidente que no se encontraba bien. Uno de los enamorados encendió un cigarrillo, y Adam vio que se trataba de Mary Ratón y el maharajá de Pukkapore.

De pronto Nina se unió a él.

–Parece tanto derroche –dijo, pensando en Mary y el maharajá–,

esto de que dos personas adineradas se enamoren la una de la otra.

–Nina –dijo Adam–, casémonos pronto, ¿quieres?

–Sí, es un fastidio no estar casados.

La joven que se encontraba mal pasó junto a ellos, caminando con inseguridad, en busca de su abrigo y de su novio, para que la llevara a casa.

–... No sé si parecerá absurdo –dijo Adam–, pero me parece que un matrimonio debería *continuar*... durante mucho tiempo, quiero decir. ¿Piensas tú también así?

–¡Sí, es una de las cosas que tiene el matrimonio!

–Me alegro de que pienses así. No lo sabía. De lo contrario es una farsa, ¿no es cierto?

–Creo que deberías ir otra vez a ver a papá –dijo Nina–. Escribirle no sirve de nada. ¡Ve y dile que tienes empleo y que eres terriblemente rico y que nos casaremos antes de Navidad!

–Muy bien. Lo haré.

–¿...Te acuerdas de que el mes pasado convinimos en que irías a verlo por primera vez...? Sin más ni más... fue durante la fiesta de Archie Schwert...

–Oh, Nina, *cuántas fiestas*.

(... Fiestas de máscaras, fiestas salvajes, fiestas victorianas, fiestas griegas, fiestas del salvaje Oeste, fiestas rusas, fiestas de circo, fiestas en las que uno tenía que disfrazarse de cualquier otro, fiestas a las que se concurría casi desnudo, en el bosque de St. John; fiestas en apartamentos y en estudios y en casas y en barcos y en hoteles y en clubes nocturnos, en molinos y en piscinas; tés en la escuela, donde se comía bollos y merengues y cangrejo en lata; fiestas en Oxford, donde se bebía jerez y se fumaban cigarrillos turcos; aburridos bailes en Londres y cómicos bailes en Escocia y desagradables bailes en París... toda esa sucesión y repetición de humanidad apiñada... Esos cuerpos viles...)

Apoyó la frente, para refrescarla, en el brazo de Nina, y la besó en el hueco del codo.

–*Ya sé*, querido –dijo ella, y le apoyó la mano sobre el cabello.

Pelirrojo se acercó pavoneándose, con las manos cruzadas a la

espalda.

–Hola, vosotros dos –dijo–. Muy buen espectáculo este, ¿no?

–¿Te diviertes, Pelirrojo?

–*Ya lo creo*. He conocido a un tipo asombroso llamado Miles. Un gran individuo, ¿sabéis?, *amistoso*. Eso es lo que me gusta en una fiesta realmente decente: uno conoce a tipos simpáticos. Quiero decir que hay individuos a quienes no se conoce hasta después de varios años, pero un individuo como Miles es un amigo en cuanto uno lo ve.

Muy pronto los coches comenzaron a irse. Miss Runcible dijo que había oído hablar de un club nocturno divino, cerca de la plaza Leicester, donde se podía conseguir un trago a cualquier hora de la noche. Se llamaba Club Social St. Christopher.

De modo que todos fueron allá en el coche de Pelirrojo.

En el camino Pelirrojo dijo:

–Ese sujeto, Miles, ¿sabéis?, es terriblemente *raro*...

Les costó encontrar el Club Social St. Christopher.

Era una puertecita al lado de una tienda, y el hombre que la abrió puso un pie detrás de ella y atisbó alrededor.

Pagaron diez chelines cada uno y firmaron con falsos nombres en el libro de visitantes. Luego bajaron a una habitación sumamente calurosa, llena de humo de cigarrillos; había inseguras mesas de patas de bambú, alineadas en torno a las paredes, y unas cuantas personas en mangas de camisa bailaban en un reluciente piso de linóleo.

Había una mujer con un vestido amarillo de pedrería, tocando el piano, y otra de rojo tocando el violín.

Pidieron whisky. El camarero dijo que lo sentía, pero no podía servirlo, por lo menos esa noche. La policía acababa de llamar para decirles que les harían una visita en cualquier momento. Si gustaban podían comer unos deliciosos arenques.

Miss Runcible dijo que los arenques no eran muy embriagadores y que todo el club le parecía un fraude.

Pelirrojo dijo, bueno, ya que estaban ahí podían comer unos arenques. Luego le preguntó a Nina si quería bailar, y ella le

contestó que no. Luego le preguntó a miss Runcible, que también le dijo que no.

Después comieron arenques.

De pronto, uno de los hombres en mangas de camisa (que evidentemente había bebido bastante antes de que el Club Social St. Christopher se enterara de lo de la policía) se acercó a la mesa y le dijo a Adam:

–Usted no me conoce. Soy Gilmour. No quiero iniciar una pelea delante de las damas, pero cuando veo a un canalla de tomo y lomo, se lo digo.

–¿Por qué escupe cuando habla? –preguntó Adam.

–Es un defecto físico sumamente desdichado –dijo Gilmour–, y demuestra que usted es un canalla de tomo y lomo, porque lo menciona.

–Lo mismo digo de ti, viejo –dijo Pelirrojo.

–Hola, Pelirrojo, viejo amigo –saludó Gilmour.

–¡Pero si es Bill! –dijo Pelirrojo–. No hagas caso de Bill. Un gran tipo. Lo conocí en el barco.

–Cualquier amigo de Pelirrojo es amigo mío –aseguró Gilmour.

De modo que Adam y Gilmour se dieron la mano.

–Esto es un antro miserable –dijo Gilmour–, se mire como se mire. Venid a mi casa y bebamos un trago.

De modo que fueron a casa de Gilmour.

La casa de Gilmour tenía una sala y un dormitorio; estaba en la calle Ryder.

De manera que se sentaron en la cama de Gilmour y bebieron whisky, mientras Gilmour vomitaba en la otra habitación. Y Pelirrojo dijo:

–De veras, no hay nada que se parezca a Londres, ¿sabéis?

Aquella misma noche, mientras Adam y Nina estaban sentados en el puente del dirigible, una fiesta muy distinta se celebraba en la mansión Anchorage. Esta última superviviente de las casas nobles de Londres había sido, en su época, de dominantes y augustas dimensiones, y aun ahora, cuando no era ya más que «algo

pintoresco» que se agazapaba en una hondonada, entre rascacielos de hormigón, su fachada de columnas, más atrás de la línea de edificaciones, oscurecida por verjas de hierro y unos mechones de follaje, tenía gracia, dignidad y suficiente ultraterrenalidad para acelerar los latidos del corazón de Mrs. Hoop, cuando llegó con su coche al patio delantero.

–¿No te parece ver los *fantasmas*? –preguntó a lady Circunferencia en la escalinata–. Pitt y Fox y Burke y lady Hamilton y el Bello Brummel y el Dr. Johnson –concurrencia de celebridades, podría decirse, en la que con toda seguridad habría podido ocurrir algo memorable–. ¿No puedes *verlos*... con sus zapatos con hebillas?

Lady Circunferencia levantó sus impertinentes e inspeccionó la fila de invitados que surgía de los guardarropas, como empleados de la City saliendo del metro. Vio a Mr. Ultraje y a lord Metroland analizando la Ley de Censura (una medida de alta política y sumamente necesaria, que daba poderes a una comisión de cinco ateos para destruir todos los libros, cuadros y películas que considerasen indeseables, sin tontería alguna referente a defensa o apelación). Vio a los dos arzobispos, al duque y la duquesa de Stayle, y a lord Vanburgh y a lady Metroland, a lady Throbbing y a Edward Throbbing, y a Mrs. Blackwater, a Mrs. Ratón y a lord Monomark, y a un soberbio levantino, y detrás y alrededor de ellos a una gran cantidad de personas piadosas y honorables (muchas de las cuales hacían de la recepción de la mansión Anchorage la única salida del año), las mujeres ataviadas con ricas telas resistentes y los hombres resplandecientes de condecoraciones; gente que había representado a su país en lugares extranjeros y enviado a sus hijos a morir por él en el combate, gente de vida honrada y moderada, inculta, nada afectada, gente carente de timidez, de altanería y de ambiciones, gente de juicios independientes y marcadas excentricidades, gente bondadosa que cuidaba a los animales y a los pobres que se lo merecían, gente valiente y bastante irracional, la hermosa falange del orden que se desvanecía. En aquel momento se acercaban, como algún día en la Última Baza esperaban acercarse a su Hacedor, con decorosa y franca

cordialidad, a lady Anchorage, para estrecharle la mano en la parte superior de la escalinata. Lady Circunferencia vio todo eso y husmeó las exhalaciones de su propio rebaño. Pero no vio ningún fantasma.

–Tonterías –dijo.

Pero Mrs. Hoop subió paso a paso sumida en su sueño confuso, aunque maravillosamente magnífico, de elegancia del siglo XVIII.

La presencia de la realeza pesaba en el salón como la tormenta.

La baronesa Yoshiwara y el Primer Ministro volvieron a encontrarse.

–Esta semana he tratado de verlo dos veces –dijo ella–, pero siempre estaba ocupado. Nos vamos de Londres. ¿Quizá se ha enterado ya? Mi esposo ha sido destinado a Washington. Pidió el traslado...

–No, de veras, baronesa... no tenía ni idea... Es una mala noticia. Todos la echaremos terriblemente de menos.

–Pensé que quizá podría ir a despedirme de usted. Algún día de la próxima semana.

–Pues claro, por supuesto, sería delicioso. Tienen que venir a cenar los dos. Haré que mi secretario arregle algo para mañana.

–Londres ha sido encantador... usted se mostró bondadoso.

–En modo alguno. No sé qué sería Londres sin nuestros invitados extranjeros.

–¡Oh, maldita sea veinte veces tu jeta de cerdo! –exclamó de pronto la baronesa, y se alejó.

Mr. Ultraje la contempló, desconcertado. Finalmente dijo:

–Porque el Oriente es el Oriente y el Occidente, el Occidente, y jamás se encontrarán los dos. –(Cosa que era una pobre conclusión para un ex Ministro de Relaciones Exteriores.)

Edward Throbbing conversaba con la hija mayor de la duquesa de Stayle. Ella era unos centímetros más alta que él y se inclinaba levemente a fin de que, en el murmullo general de la conversación, no se le escapara ninguna de las experiencias coloniales de Edward. Llevaba un vestido como solo las duquesas pueden elegir

para sus hijas mayores, una prenda curiosamente fruncida y abullonada y adornada con encaje antiguo en los lugares más inverosímiles, de la cual su pálida belleza surgía como de un paquete torpemente atado. Ni polvos ni colorete ni lápiz de labios habían desempeñado papel alguno en su tocado, y llevaba el cabello largo, incoloro y sujeto a la frente con una cinta ancha. Largos pendientes de perlas le adornaban las orejas, y llevaba un apretado collarcito de perlas en torno a la garganta. Se suponía por lo general que, ahora que Edward Throbbing había regresado, se comprometerían en matrimonio.

Lady Ursula se mostraba aquiescente, aunque poco entusiasta. Cuando pensaba en el matrimonio, cosa que hacía raras veces (porque sus principales intereses eran un club juvenil femenino de Canning Town y un hermano menor que estaba aún en la escuela), consideraba que era una lástima que hubiera que pasarlo tan mal para tener hijos. Sus amigas casadas hablaban de eso casi con placer, y su madre con terror.

Una innata tendencia a posponer las decisiones, antes que duda alguna en cuanto al resultado final, impedía a Edward hacer la proposición verbal. Había decidido arreglarlo todo antes de Navidad, y eso era suficiente. Estaba seguro de que pronto se le presentaría una oportunidad adecuada. Resultaba claramente conveniente que se casara antes de los treinta años. A veces, cuando estaba con Ursula, sentía una tenue acentuación del impulso posesivo en relación con la fragilidad y la reticencia de la joven. Ocasionalmente, cuando leía alguna novela más bien lúbrica o veía demasiadas escenas amorosas en el teatro, trastocaba a los personajes en su imaginación y ponía a lady Ursula, a menudo con cierta incongruencia, en el lugar de la heroína. No le cabía duda de que estaba enamorado. Quizá se declararía aquella misma noche y terminaría de una vez. Quedaba en manos de lady Ursula el provocar la ocasión. Entre tanto, mantenía la conversación alrededor del tema de los problemas obreros en Montreal, acerca del cual su información era extensa y exacta.

–Es un muchacho simpático, reposado –dijo la duquesa–, y hoy en día es un consuelo ver a dos jóvenes tan sinceramente

encariñados el uno con el otro. Claro, nada ha sido formalizado aún, pero ayer estuve con Fanny Throbbing, y aparentemente Edward ya le ha hablado al respecto. Creo que todo quedará arreglado antes de Navidad. Por supuesto, no hay mucho dinero en juego, pero una ha aprendido a no esperar demasiado en la actualidad, y Mr. Ultraje tiene muy alta opinión de la habilidad de Edward. Es uno de los hombres de más posibilidades en el partido.

–Bueno –dijo lady Circunferencia–, tú sabes cómo cuidar de tus asuntos, pero a mí no me gustaría que una hija mía se casara con nadie de esa familia. No son trigo limpio, ninguno de ellos. Ahí tienes el padre y la hermana, y por lo que tengo entendido, el hermano es una buena pieza.

–No digo que sea un matrimonio que yo misma hubiera elegido. Es cierto que hay una veta mala en los Malpractice... pero ya sabes lo testarudas que son las hijas hoy en día, y parecen quererse tanto... y además, hay tan pocos jóvenes que resulten aceptables... Yo, al menos, no veo a muchos.

–Unos bribones, eso es lo que son –dijo lady Circunferencia.

–Y esas *terribles* fiestas que dan, según me han dicho. No sé qué habría hecho si Ursula hubiera querido asistir a ellas... los pobres Chasm...

–Si yo fuese Viola Chasm, le habría propinado a esa chica una tunda de primera...

El tema de la Joven Generación se difundió como un bostezo. La realeza advirtió su ausencia, y las felices madres satisfechas de llevar aunque solo fuese una dócil hija a remolque se hincharon de orgullo y conmiseración.

–Tengo entendido que están celebrando otra de sus fiestas –dijo Mrs. Ratón–, y esta vez en un aeroplano.

–¿En un aeroplano? ¡Qué extraordinario!

–Como es natural, Mary no me dijo nada, pero su criada le explicó a la mía...

–Lo que siempre me pregunto, Kitty querida, es qué *hacen* en esas fiestas. Quiero decir, ¿acaso...?

–Querida, por lo que me han dicho, parece que sí.

–¡Ah, quién fuera joven otra vez, Kitty! Cuando pienso, querida mía, en todos los trabajos y esfuerzos que nos costó ser tan solo moderadamente malas... aquellas llegadas de madrugada... y mamá durmiendo en la habitación vecina...

–Y sin embargo, querida, dudo mucho que ellas lo *aprecien* realmente como lo apreciaríamos nosotras... los jóvenes dan demasiadas cosas por sentadas.

–*Si jeunesse savait*, Kitty...

–*Si vieillesse pouvait*...

Más tarde, aquella misma noche, Mr. Ultraje estaba casi solo en el comedor, bebiendo una copa de champán. Otro episodio de su vida se había cerrado, otro de esos torturantes atisbos de felicidad que huyen caprichosamente. Pobre Mr. Ultraje, pensó Mr. Ultraje; pobre, pobre y viejo Mr. Ultraje, siempre al borde mismo de la revelación de alguna sublime y transfiguradora experiencia; siempre frustrado... Solo Primer Ministro, nada más, amedrentado por sus colegas, fuente de ingresos para caricaturistas de tres al cuarto. ¿Era Mr. Ultraje un alma inmortal?, pensó Mr. Ultraje. ¿Tenía alas, era libre y carecía de trabas, había nacido para la eternidad? Sorbió el champán, tocó su cinta de la Orden del Mérito y se resignó a sumirse en el polvo.

Al rato se le unieron lord Metroland y el padre Rothschild.

–Margot se ha ido... fue a no sé qué fiesta en un avión. He estado hablando con lady Anchorage, durante casi una hora, sobre la joven generación.

–Parece que esta noche todos hablan de la Joven Generación. El tema más aburrido que conozco.

–Bueno, en fin de cuentas, ¿qué representa todo esto, si no va a haber nadie para continuarlo?

–¿A qué se refiere? –Mr. Ultraje miró a su alrededor y escudriñó el comedor, desierto, a no ser por dos lacayos recostados contra la pared, tan céreos como los ramos de flores enviados aquella

mañana desde los viveros del campo–. ¿Qué es lo que representa algo?

–Los asuntos de gobierno.

–Por lo que a mí se refiere, representan una condenada cantidad de intenso trabajo, y muy poca compensación. Si esos jóvenes pueden encontrar una forma de pasárselo mejor, por mí que lo hagan.

–Entiendo lo que quiere decir Metroland –dijo el padre Rothschild.

–Pues yo no. De todos modos, no tengo hijos, y bien agradecido estoy por ello. No entiendo a los jóvenes, y no quiero entenderlos. Después de la guerra tuvieron una oportunidad de la cual no gozó antes ninguna generación. Había toda una civilización que salvar y rehacer... y aparentemente lo único que les gusta es hacer el tonto. Soy partidario de que se diviertan un poco, por supuesto. Convengo en que las ideas victorianas *eran* un tanto rígidas. Con perdón de sus hábitos, padre Rothschild, es propio de la naturaleza humana el hacer locuras cuando se es joven. Pero hay demasiado desenfreno en esta juventud de ahora. Ese hijastro suyo, Metroland, y la hija del pobre Chasm, y el hermano de Throbbing...

–¿No le parece –dijo el padre Rothschild– que todo eso es en cierto modo histórico? No creo que la gente *quiera* perder la fe en la religión o en ninguna otra cosa. Conozco a muy pocos jóvenes, pero tengo la impresión de que todos ellos están animados de un apetito casi fatal de permanencia. Pienso que todos esos divorcios lo demuestran. La gente ya no se contenta con vegetar... Y esa palabra, «fraudulento», que todos usan... Hoy en día no se limitan a sacar el mejor partido posible de las circunstancias que los rodean. Mi profesor particular solía decir: «Si una cosa es digna de hacerse, es digna de hacerse bien.» Mi Iglesia enseñó eso durante varios siglos, con distintas palabras. Pero estos jóvenes han tomado el rábano por las hojas, y por lo que sabemos es posible que tengan razón. Dicen: «Si una cosa no es digna de hacerse bien, no es digna de hacerse, y punto.» Y esto lo pone todo muy difícil para ellos.

–¡Cielos, ya lo creo! ¡Qué principio tan condenadamente tonto! Quiero decir, si uno no hiciese nada que no fuese digno de hacerse bien... ¿qué haría uno? Siempre he sostenido que el éxito en este

mundo depende de que se sepa exactamente qué cantidad de esfuerzo merece cada trabajo... distribución de la energía... Y supongo que la mayoría de la gente admitirá que soy un hombre sumamente triunfador.

–Sí, supongo que sí, Ultraje –dijo el padre Rothschild, mirándolo interrogativamente.

Pero la voz autoacusadora del corazón del Primer Ministro guardaba silencio. No hay nada como una pequeña discusión para tranquilizar los pensamientos. Todo se volvía sencillísimo en cuanto lo formulaba en palabras.

–Y de cualquier modo, ¿qué quiere decir con «histórico»?

–Bueno, es como esa guerra que vendrá...

–*¿Qué guerra?* –preguntó el Primer Ministro secamente–. Nadie me ha dicho nada de esa guerra. Francamente, creo que podrían habérmelo dicho. Que me condenen –dijo con tono desafiante– si van a hacer la guerra sin consultarme. ¿Para qué sirve un Gabinete, si no hay confianza mutua? Y en cualquier caso, ¿para qué necesitan una guerra?

–Ahí está la cuestión. Nadie habla de ella, y nadie la quiere. Nadie habla de ella *porque* nadie la quiere. Todos tienen miedo de pronunciar una sola palabra en ese sentido.

–Bueno, maldita sea, si nadie la quiere, ¿quién hará que estalle?

–En la actualidad las guerras no estallan porque la gente las desee. Ansiamos la paz y llenamos nuestros periódicos con conferencias acerca del desarme y el arbitraje, pero existe una inestabilidad radical en todo nuestro orden mundial, y muy pronto nos veremos todos otra vez en las fauces de la destrucción, protestando de nuestras intenciones pacíficas.

–Bueno, tal vez tenga razón –dijo Mr. Ultraje–, pero opino que se me habría podido informar antes. Esto significará una coalición con ese viejo charlatán de Brown, supongo.

–De cualquier manera –dijo lord Metroland–, no veo que eso explique por qué mi hijastro tiene que beber como una cuba y pasearse por todas partes con una negra.

–Creo que todo tiene relación, ¿sabe? –dijo el padre Rothschild–. Pero es difícil de explicar.

Y se separaron.

El padre Rothschild se puso unos pantalones de trabajo, en el patio delantero, montó en su motocicleta y desapareció en la noche, porque tenía mucha gente que visitar y muchos asuntos que resolver antes de acostarse.

Lord Metroland salió de la casa un tanto deprimido. Margot se había llevado el coche, pero apenas tenía cinco minutos de caminata hasta la calle Hill. Extrajo un largo puro de la cigarrera, lo encendió y hundió la barbilla en el cuello de astracán de su abrigo, amoldándose casi exactamente a la concepción popular del hombre altamente envidiable. Pero su corazón estaba acongojado. ¡Cuántas tonterías había dicho Rothschild! Por lo menos ansiaba que fuesen tonterías.

Por desgracia, llegó ante la puerta en el momento en que Peter Pastmaster trataba de acertar con la llave en la cerradura, y entraron juntos. Lord Metroland advirtió un sombrero de copa en la mesa que había junto a la puerta. «Será del joven Trumpington, supongo», se dijo.

Su hijastro se encaminó hacia la escalera sin decirle nada; caminaba con pasos inseguros, el sombrero encaramado en la coronilla, el paraguas aún bajo el brazo.

–Buenas noches, Peter –saludó lord Metroland.

–Oh, vete al demonio –dijo su hijastro con voz espesa, y luego, volviéndose en el arranque de la escalera, agregó–: Mañana me iré al extranjero por varias semanas. ¿Quieres decírselo a mamá?

–Que te diviertas –dijo lord Metroland–. Descubrirás que en todas partes hace frío, mucho me temo. ¿Quieres llevarte el yate? Nadie lo usa.

–Oh, vete al diablo.

Lord Metroland entró en su estudio para terminar el puro. Sería embarazoso encontrarse con el joven Trumpington en la escalera. Se sentó en una butaca sumamente cómoda... Una inestabilidad radical, había dicho Rothschild, una inestabilidad radical... Miró a su alrededor y vio anaqueles con libros –el *Diccionario de Biografías Nacionales*, la *Enciclopedia Británica* en una edición antigua y abultada, el *Quién es Quién*, el Debrett, Burke, Whitaker, varios

volúmenes de Hansard, algunos libros azules y atlas–, una caja fuerte en un rincón, pintada de verde, con asa de bronce, su escritorio, la mesa de trabajo de su secretario, algunos sillones mullidos y unas sillas muy prácticas, una bandeja con licoreras y un plato con bocadillos, su correspondencia de la noche en la mesa... inestabilidad radical, vaya. Era muy propio del viejo Ultraje, eso de dejarse embaucar por aquel jesuita charlatán.

Oyó que la puerta principal se abría y se cerraba detrás de Alastair Trumpington.

Luego se levantó y subió silenciosamente, dejando el puro encendido en el cenicero por lo que la habitación se llenó de fragante humo.

A quinientos metros de allí la duquesa de Stayle fue, como tenía por costumbre, a dar las buenas noches a su hija mayor. Cruzó la habitación y levantó la ventana solo unos centímetros, porque la noche era fría y desapacible. Luego se acercó a la cama y alisó la almohada.

–Buenas noches, querida –dijo–. Esta noche estabas encantadora.

Lady Ursula llevaba un camisón de batista blanca, de cuello cerrado y manga larga. El cabello le caía en dos trenzas.

–Mamá –dijo–, Edward se me declaró esta noche.

–*¡Querida!* ¡Qué chica tan rara eres! ¿Por qué no me lo has dicho antes? No habrás tenido miedo, ¿verdad? Ya sabes que tu padre y yo nos complacemos con cualquier cosa que haga feliz a nuestra chiquilla.

–Bien, dije que no me casaría con él... lo siento mucho.

–No tienes que preocuparte. Déjalo en manos de tu vieja madre. Yo lo arreglaré todo mañana por la mañana.

–Pero mamá, no quiero casarme con él. No lo supe hasta que llegó el momento. Siempre tuve la intención de casarme con él, como ya sabes. Pero, quién sabe por qué, en cuanto me lo pidió... no pude.

–Vamos, chiquilla, no te preocupes. Sabes perfectamente, ¿no es cierto?, que tu padre y yo no te dejaríamos hacer nada que no quisieras. Es una cosa en la cual solo tú puedes decidir. En fin de

cuentas, son tu vida y tu felicidad las que están en juego, no las nuestras, ¿no es verdad, Ursula? Pero *creo* que sería mejor que te casaras con Edward.

–Pero mamá, no quiero... no podría... ¡Me moriría!

–Vamos, vamos, mi niñita no debe preocuparse más. Ya sabes que tu padre y yo solo queremos *tu* felicidad, tesoro. Nadie obligará a mi querida niña a hacer nada que no quiera... Papá verá a Edward por la mañana y lo arreglará todo... La querida lady Anchorage comentaba ayer por la noche qué novia tan encantadora serás.

–Pero mamá...

–Ni una palabra más, mi queridita. Es muy tarde y mañana tienes que ofrecer tu mejor aspecto, para cuando te vea Edward, ¿no es cierto, amor?

La duquesa cerró la puerta suavemente y se dirigió a sus habitaciones. Su esposo estaba en su vestidor.

–Andrew.

–¿Qué, querida? Estoy rezando mis oraciones.

–Edward se ha declarado a Ursula esta noche.

–¡Ah!

–¿No te alegras?

–Ya te he dicho, querida, que estoy rezando mis oraciones.

–Es una verdadera alegría ver a los queridos hijos tan dichosos...

IX

Al día siguiente, a la hora de almorzar, Adam llamó por teléfono a Nina.

–Nina, querida, ¿estás despierta?

–Bueno, ahora sí...

–Oye, ¿de veras quieres que vaya a ver a tu padre hoy?

–¿Quedamos en que ibas a ir?

–Sí.

–¿Por qué?

–Para decirle que ya podemos casarnos, ahora que tengo trabajo.

–Ya me acuerdo..., sí, ve a verlo, querido. Sería hermoso casarnos...

–Pero escucha, ¿qué hay de mi página?

–¿Qué página, cariño?

–Mi página del *Excess…*, mi trabajo, ya sabes...

–Oh... Bueno, mira, te la escribiremos Pelirrojo y yo.

–¿No será aburrido?

–Creo que será divino. Conozco exactamente las cosas que dices... Y supongo que Pelirrojo también las sabe ya, el pobre ángel... ¡Cómo se divirtió ayer por la noche...! Ahora voy a seguir durmiendo... me encuentro tan mal... Adiós, amor mío.

Adam almorzó. Agatha estaba en la mesa vecina, con Archie Schwert. Convinieron que al día siguiente irían todos a las carreras de coches. ¿No querrían ir Adam y Nina también? Adam dijo que sí. Luego se fue a Aylesbury.

En el otro extremo del vagón había dos mujeres, y también ellas hablaban de la Joven Generación.

–... Y es un excelente empleo para un muchacho de su edad, y yo se lo he dicho y su padre también. «Tendrías que considerarte feliz –le dije– de conseguir un buen puesto como ese en estos días, especialmente cuando es tan difícil que te den trabajo de cualquier

clase o especie.» Ahí tiene a Mrs. Hemingway, nuestra vecina; su hijo salió de la escuela hace dieciocho meses y se pasea por casa durante todo el día, sin hacer nada, y sigue un curso de ingeniería civil por correspondencia. «Es un puesto excelente –le dije–, y, claro, no puedes esperar que el *trabajo* sea interesante, aunque sin duda al cabo de un tiempo te acostumbrarás a él como se acostumbró tu padre, y probablemente lo echarías de menos si tuvieras que dejarlo...» Ya sabe cómo se pone Alfred durante las vacaciones, no sabe qué hacer, no hace más que mirar el mar y decir: «Bueno, desde luego esto es un cambio», y en seguida comienza a preguntarse cómo andarán las cosas por la oficina. Bueno, le dije eso a Bob, pero es inútil; y lo único que quiere es meterse en el negocio de los automóviles; es que, como yo le dije, el negocio de los automóviles está bien para los que tienen influencias, pero ¿qué podría esperar Bob si dejara un buen empleo, en caso de que las cosas le fueran mal? No tendría adonde ir. Pero no, Bob está loco por los coches, y, claro, no hay nada que pueda retenerlo. Él y su padre no se entienden. No se puede tener a dos hombres juntos en casa, los dos quieren entrar en el cuarto de baño al mismo tiempo, y supongo que es natural que Bob crea que debería tener un poco más de libertad, ahora que gana su propio dinero. Pero, por lo demás, ¿qué puede hacer? No puede irse a vivir solo, con lo que cobra, y a mí no me gustaría que lo hiciera, aun cuando el dinero le alcanzara, ya sabe cómo son los jóvenes, lo fácil que les resulta meterse en embrollos cuando están solos. Y Bob tiene ahora muchos amigos que no me gustan, que continuamente entran en casa y vuelven a salir, ya sabe cómo son. Los conoce del club de hockey al que va los sábados. Y casi todos ellos ganan más dinero que él, o por lo menos parecen tener más para derrochar, y no es bueno para un muchacho ir con amigos que tienen más dinero que él. Eso lo pone descontento. Y en una ocasión pensé que quizá Bob pensaba en Betty Rylands, ¿sabe?, la chica de Mrs. Rylands, de Laurels, muy buena gente, y solían jugar juntos al tenis, y todos decían que andaban siempre juntos, pero ahora él nunca le presta atención, no habla más que de sus amigos del hockey, y un sábado le dije: «¿No te gustaría invitar a Betty a tomar el té?», y me

contestó: «Bueno, puedes invitarla, si quieres», y ella vino, tan dulce, y, ¿quiere creerlo?, Bob salió y no volvió hasta la hora de la cena. Bueno, no se puede esperar que una muchacha tolere una cosa semejante, y ahora está prácticamente comprometida con ese joven, Anderson, que está en el negocio de la radio.

–¡Pues anda que mi Lily! Ya sabe cuánto le tiraba la manicura. A su padre no le gustaba, y durante mucho tiempo no quiso saber nada de eso. Decía que no era más que una excusa para coger de la mano a los hombres, pero, de todos modos, le dije esto: «Si eso es lo que la chica quiere, y si puede ganar dinero haciéndolo, creo que deberías tener un poco más de confianza en tu hija y no interponerte en su camino.» Soy moderna, ¿sabe? «Ya no estamos en la era victoriana», le dije. Bueno, y ahora ella tiene un excelente trabajo. En la calle Bond, y la tratan muy bien, y no tenemos quejas en ese sentido, pero resulta que hay un hombre que ella conoció allí, es lo bastante viejo para ser su padre... bueno, de mediana edad... pero muy elegante, ¿sabe?, un pulcro bigotito gris, todo un caballero, con un coche Morris Oxford. Y a veces viene y la lleva a pasear, los domingos, y a veces la va a buscar a la salida del trabajo y la lleva al cine, y siempre muy cortés y bien educado conmigo y con mi esposo, como es de esperar viendo la clase de hombre que es, y la otra noche nos envió entradas para el teatro. Sumamente afable, me llama mamá, ¿qué me dice...?, y de todos modos, *espero* que no haya nada de malo en eso...

–Ahora bien, nuestro Bob...

Bajaron en Berkhamsted, y subió un hombre que llevaba un traje marrón y que se pasó el rato haciendo sumas que, aparentemente, nunca salían bien, en una libretita, con una estilográfica. «¿Se lo habrá dado todo a sus hijas?», pensó Adam.

Para ir a Dudando tomó un autobús que lo llevó hasta la aldea de los surtidores de gasolina. Desde allí caminó por la senda hasta los portones del parque. Para su sorpresa estaban abiertos de par en par, y cuando se acercó estuvo a punto de ser arrollado por un enorme y destartalado coche que pasó a su lado a gran velocidad; pudo entrever dos malignos ojos femeninos que lo miraron despectivamente desde la ventanilla de atrás. Más sorprendente

aún era un gran letrero que colgaba del poste central de los portones y que decía: «PROHIBIDA LA ENTRADA, SALVO POR MOTIVOS DE NEGOCIOS.» Cuando Adam subió por el amplio camino de coches, dos camiones pasaron junto a él. Luego apareció un hombre que llevaba una bandera roja.

–¡Eh! No puede ir por ahí. Están rodando en la parte delantera. Dé la vuelta a las caballerizas, quienquiera que sea.

Preguntándose vagamente qué clase de deporte podría ser aquel, Adam siguió el camino lateral que le habían indicado. Aguzó la vista para tratar de ver a alguien que rodara por el suelo, pero no vio nada, ni oyó otra cosa que el sonido de una orquesta lejana; pensó entonces que el coronel debía de estar pasando un día espantoso. De cualquier modo, parecía extraño que alguien se echase a rodar delante de su propia casa, con una orquesta de cuerdas como fondo, y automáticamente Adam compuso para sí un artículo:

El coronel Blount, el padre de la encantadora miss Nina Blount a la que se hace mención más arriba, rara vez viene a Londres en la actualidad. Se dedica en cambio a dar volteretas en su finca de Buckinghamshire. El campo de deportes, que se cuenta entre los mejores del país, está situado inmediatamente delante de la casa, y se relatan muchas graciosas historias de visitantes que se vieron de pronto ante el sorprendente espectáculo... El coronel Blount tiene la curiosa excentricidad de poder efectuar sus mejores cabriolas solo con el acompañamiento de violín y cello. (Mr. «Pelirrojo» Littlejohn tiene una manía similar, por cuanto no puede pescar si no lo acompaña el sonido del caramillo.)

No había avanzado mucho en su rodeo cuando fue detenido nuevamente, esta vez por un hombre vestido con una túnica escarlata con capucha y una sobrepelliz de tela muy fina con amplias mangas. Fumaba un puro.

–Oiga, ¿qué demonios quiere *usted?* –preguntó el obispo.

–Vine a ver al coronel Blount.

–Bien, pues no puede, hijo. En este momento lo están rodando.

–¡Cielos!, ¿por qué?

–Oh, no es nada importante. Él es uno de los wesleyanos,

¿sabe...? y estamos tratando de terminar con toda esa gente esta misma tarde, mientras el tiempo se mantiene bueno.

Adam enmudeció ante tan frío fanatismo.

–Y de cualquier modo, ¿para qué quiere ver al viejo bobo?

–Bueno, parece que ahora ya no vale la pena. Vine a decirle que había conseguido un puesto en el *Excess*.

–¡Qué me dice! ¿Por qué no lo dijo antes? Siempre encantado de ver a los caballeros de la prensa. ¿Quiere un puro?

Apareció una enorme cigarrera, surgida de los recovecos del seno episcopal.

–Soy el obispo Philpotts, ¿sabe? –dijo, deslizando un brazo voluminosamente revestido de tela por el de Adam–. Apuesto a que le gustará pasar a la parte de delante para contemplar la diversión. Creo que en este momento deben estar cantando el último himno. Ha sido un trabajo duro –dijo confidencialmente mientras daban la vuelta por un lado de la casa–, y ha habido muy mala administración. Ayer hicieron esperar a miss La Touche toda la tarde, y después la luz era tan mala cuando la rodaron, que hicieron todo un desbarajuste con ella; vaciamos la máquina y repasamos todos los trocitos cuidadosamente, ayer por la noche, después de la cena; nunca había visto pedazos tan estropeados... irreconocibles la mitad de ellos. No nos atrevimos a mostrárselos a su esposo (eso lo hubiera acongojado), de modo que cortamos unos pocos para guardarlos y nos deshicimos del resto. Oiga, ¿se encuentra mal? De pronto se ha puesto verde. ¿El puro le resulta un poco fuerte?

–¿Era ella... era ella también una wesleyana?

–Mi querido amigo, ella es la principal... es Selina, la condesa de Huntingdon... Vaya, ahí los tiene trabajando.

Habían dado la vuelta al ala y ahora se encontraban delante de la casa, donde todo era actividad y animación. Aproximadamente una docena de hombres y mujeres vestidos con trajes del siglo XVIII se encontraban reunidos en círculo, cantando enérgicamente, mientras que en el centro un hombrecillo, con largas vestiduras sacerdotales y peluca completa, los dirigía. Una orquesta de cuerdas tocaba cerca de allí, y en torno de los cantores se apiñaban numerosos hombres en mangas de camisa, con megáfonos, cámaras de cine,

micrófonos, manojos de papeles y lámparas de arco. Un poco más lejos, aguardando su turno, se encontraban una carroza con cuatro caballos, un destacamento de soldados y algunos tramoyistas, con el crucero de la catedral de Exeter montado en secciones de lona con marcos de madera.

–El coronel está en ese grupito, cantando el himno –dijo el obispo–. Se moría por que lo dejásemos aparecer, y como nos alquila la casa baratísima, Isaacs dijo que podía intervenir. No creo que nunca en su vida se haya sentido tan feliz.

El himno cesó en el momento en que se acercaban.

–Bueno –dijo uno de los hombres que tenía un megáfono–, Pueden largarse. Ahora rodaremos el duelo. Necesitaré dos comparsas para llevar el cadáver. Los demás ya no tienen nada que hacer por hoy.

Un hombre con delantal de cuero, medias de lana y peluca rubia surgió de entre el grupo de fieles que se alejaban.

–Oh, por favor, Mr. Isaacs –dijo–, por favor, ¿puedo llevar *yo* el cadáver?

–Está bien, coronel, si quiere... Entre y dígales a los de vestuario que le den una blusa y una horca.

–Muchísimas gracias –dijo el coronel Blount alejándose al trote hacia la casa. Luego se detuvo–. ¿No sería mejor que llevase una espada? –preguntó.

–No, horquilla, y dése prisa, o no le dejaré llevar el cadáver. Que alguien vaya a buscar a miss La Touche.

La joven a quien Adam había visto en el coche bajó los escalones de la casa, ataviada con un sombrero emplumado, traje de montar y capa con trencilla. En la mano sostenía una fusta. Llevaba el rostro pintado de un amarillo intenso.

–¿Me dan un caballo en esta escena, o no me lo dan, Mr. Isaacs? He hablado con Bertie, y me ha dicho que necesitan todos los caballos para el coche.

–Lo siento, Effie, *no le damos* un caballo, y es inútil discutir. Solo tenemos cuatro caballos, y usted lo sabe, y vio lo que pasó con el coche cuando tratamos de moverlo con dos. De modo que ya ve. Tiene que cruzar los campos a pie.

–Judío roñoso –dijo Effie La Touche.

–Lo malo de esta película –explicó el obispo– es que no tenemos bastante capital. Es descorazonador. Aquí hay una compañía de primera, un productor de primera, un escenario de primera, un argumento de primera, y todo está parado por falta de unos cientos de libras. ¿Cómo queremos aprovechar al máximo a miss La Touche si no le damos un caballo? Ninguna muchacha aguantaría que la tratasen de ese modo. Si yo fuese Isaacs, preferiría dejar el coche sin caballos. No tiene sentido conseguir una estrella y no tratarla bien. Isaacs está encolerizando a todos con su comportamiento. Quería hacer toda la escena de mi catedral con veinticinco comparsas. Pero usted está aquí para hacernos una nota estimulante, ¿no es cierto? Llamaré a Isaacs para que le dé las informaciones... *¡Isaacs!*

–¿Sí?

–Aquí está el *Daily Excess*.

–¿Dónde?

–Aquí.

–Ya voy. –Se puso la chaqueta, se la abrochó, dejándola bien ceñida en la cintura, y cruzó el prado, extendiendo una mano de bienvenida. Adam se la estrechó y sintió bajo los dedos lo que parecía ser un puñado de anillos–. Encantado de conocerlo, señor. Pregúnteme lo que quiera sobre esta película, porque estoy aquí para contestarle. ¿Sabe cómo me llamo? Aquí tiene una tarjeta. El de la esquina es el nombre de la compañía. No el que está tachado. El que figura escrito encima. La Compañía Wonderfilm de Gran Bretaña. Ahora bien, esta película –dijo, lanzándose en lo que parecía un discursito bien aprendido–, de la que acaba de presenciar un simple fragmento, marca un hito en el desarrollo de la industria cinematográfica británica. Es la película superreligiosa totalmente hablada más importante que ha sido producida en este país con artistas y dirección británicos y con capital británico. Ha sido dirigida sin tener en cuenta dificultades y gastos, y supervisada por un equipo de historiadores y teólogos expertos. No se ha omitido nada que pudiese contribuir a la minuciosa exactitud de cada detalle. La vida de ese gran reformador social y religioso, John

Wesley, se expone por primera vez ante el público británico en toda su humanidad y tragedia... Vea, todo esto lo tengo escrito. Haré que le den una copia antes de que se vaya. Venga a ver el duelo... Esos son Wesley y Whitefield, que están a punto de comenzar. Claro, no son ellos mismos, sino dos profesores de esgrima que hicimos venir del gimnasio de Aylesbury. A eso me refiero cuando digo que no ahorramos gastos para que los detalles sean exactos. Diez chelines a cada uno, les pagamos, por toda la tarde.

–¿Pero se batieron en duelo alguna vez Wesley y Whitefield?

–Bueno, en realidad no se tienen pruebas, pero se sabe que reñían, y en aquellos tiempos había una sola forma de solucionar las disputas. Los dos están enamorados de Selina, condesa de Huntingdon, ¿sabe? Ha venido a detenerlos, pero llega demasiado tarde. Whitefield ha escapado en el coche, y Wesley está tendido en el suelo, herido. Es una escena que tendrá mucha aceptación. Después lo lleva a su hogar y lo cuida hasta que recupera la salud. Le digo que esta película hará historia. ¿Sabe a cuánto asciende la población wesleyana de estas islas? Bueno, tampoco lo sabía yo, pero me lo han dicho, *y usted se sorprendería si lo supiera*. Bien, cada uno de ellos irá a ver la película, y habrá discusiones al respecto en todas las iglesias. Estamos grabando extractos de los sermones de Wesley, y cantamos todos sus himnos. Me alegro de que su periódico esté interesado. Puede decirles en mi nombre que tenemos algo grande...

»Hay algo –prosiguió Mr. Isaacs, adoptando de pronto un tono confidencial– que yo no diría a mucha gente. Pero creo que usted lo entenderá, porque ha visto parte de nuestro trabajo y la escala a que lo hacemos, y puede imaginarse que los gastos son exorbitantes. ¡Pero si a miss La Touche sola le pago más de diez libras semanales...! Y la verdad es (no tengo reparo en decírselo) que comenzamos a sentir un poco la escasez de fondos. Será un gran éxito *cuando* esté terminada, *si* se termina. Ahora bien, suponga que hubiese alguien (usted mismo, por ejemplo, o uno de sus amigos) que tuviese un poco de capital sobrante que quisiese invertir (mil libras, digamos); bien, no tendría inconveniente en venderle una participación de la mitad. No es un juego de azar,

téngalo en cuenta... es un negocio seguro. Si quisiera vender las acciones en la Bolsa, me las arrancarían de las manos en un periquete. Pero no quiero, y le diré por qué. Esta es una compañía británica, y no deseo que se meta en ella ninguno de esos especuladores extranjeros, y en cuanto uno lanza las acciones al mercado, no puede saber quién las compra, ¿entiende? Y bien, ¿por qué permitir que el dinero sobrante le dé el cuatro y medio o el cinco por ciento, cuando podría duplicarlo en un plazo de seis meses?

–Me temo que es inútil recurrir a mí en busca de capital –dijo Adam–. ¿Le parece que me sería posible ver al coronel Blount?

–Una de las cosas que más me molestan en la vida –dijo Mr. Isaacs– es ver cómo alguien pierde una oportunidad. Escúcheme, le haré un ofrecimiento equitativo. Veo que está usted interesado en esta película. Pues bien, se lo venderé todo: la película que hemos rodado hasta la fecha, los contratos de los artistas, el derecho de propiedad del guión, todo, por quinientas libras. Lo único que tendrá que hacer es terminarla, y entonces su fortuna estará hecha y yo me maldeciré por no haber aguantado un poco más. ¿Qué me dice?

–Es muy bondadoso de su parte, pero, la verdad, no creo que pueda permitírmelo por el momento.

–Como quiera –dijo Mr. Isaacs con ligereza–. Conozco a muchos que *pueden* y que se precipitarían a aceptar la oferta, solo creí que sería mejor proponérselo primero a usted, porque he visto que es un muchacho listo... Le diré qué haremos. Se lo dejaré en cuatrocientas libras. No puedo hacerle una proposición más justa, ¿verdad? Y no lo haría por otro que no fuese usted.

–Lo siento terriblemente, Mr. Isaacs, pero no he venido a comprar su película. Vine a ver al coronel Blount.

–Bueno, jamás habría pensado que fuese usted de esos que dejan escapar de las manos una oportunidad así. Le haré una más, y después, fíjese bien, las ofertas habrán terminado. Se la venderé por trescientas cincuenta libras. Tómela o déjela. Esa es mi última palabra. Aunque claro, no está en modo alguno obligado a comprar –dijo Mr. Isaacs con cierta altanería–, pero le aseguro que lo lamentará desde el fondo de su corazón si no la compra.

–Lo siento –replicó Adam–; creo que es un ofrecimiento maravillosamente generoso, pero la verdad es que no quiero comprar la película.

–En ese caso –dijo Mr. Isaacs–, volveré a mis ocupaciones.

La Compañía Wonderfilm de Gran Bretaña no descansó hasta la puesta de sol. Adam los contemplaba desde el prado. Vio a los dos profesores de esgrima, con largas chaquetas negras y cuellos blancos, lanzando viriles estocadas y parándolas, hasta que uno de ellos cayó; entonces las cámaras se detuvieron y el lugar del caldo fue ocupado por el primer actor (que, por exigencias del departamento de guardarropía, se había visto obligado a prestar su chaqueta). Whitefield ocupó el lugar (y la peluca) del vencedor y huyó rumbo al coche. Effie La Touche surgió de entre la maleza, llevando aún, con orgullo, la fusta. Siguieron luego primeros planos de Effie y Wesley por separado, y de Effie y Wesley juntos. El coronel Blount y otro comparsa aparecieron vestidos de campesinos y llevaron al predicador herido a la casa. Todo esto llevó mucho tiempo, ya que la acción se interrumpía con frecuencia debido a accidentes de poca monta, y en una ocasión, cuando toda la escena había sido representada triunfalmente, el fotógrafo en jefe descubrió que se había olvidado de poner un nuevo rollo de película. («No sé cómo puedo haber cometido semejante error, Mr. Isaacs.») Finalmente los caballos fueron desuncidos del coche y montados por granaderos, y se hicieron unas cuantas tomas con ellos galopando desesperadamente por el camino principal.

–Parte del ejército de Cumberland el Carnicero –explicó Mr. Isaacs–. Siempre es bueno intercalar un poco de ambiente. Proporciona más valor educativo. Además, alquilamos los caballos por días, de modo que es mejor que les saquemos todo el provecho posible. Si no los utilizamos en Wesley, ya podremos encajarlos en alguna otra parte. Unos cien metros de caballos galopando siempre resultan útiles.

Cuando todo terminó, Adam consiguió ver al coronel Blount, pero no fue una entrevista satisfactoria.

–Me temo que tengo poco tiempo que perder –le explicó–. A decir verdad, estoy trabajando en un argumento propio. Me han dicho que

viene del *Excess* y quiere escribir acerca del rodaje. Es una película gloriosa, ¿verdad? Claro que, ¿sabe?, en realidad tengo muy poco que ver con ella. Les he alquilado la casa y he representado uno o dos papelitos entre los extras. Pero no tengo que pagarles por ello.

–No, por supuesto que no.

–Mi querido amigo, todos los demás tienen que pagar. Yo les he rebajado un poco el alquiler de la casa, pero no les *pago.* En rigor podría decirse que ya soy un profesional. Mr. Isaacs es el director de la Academia Nacional del Arte Cinematográfico. Tiene una oficinita en Edgware Road, de una sola habitación, ¿sabe?, para entrevistar a los candidatos. Y bien, si le parece que tienen suficientes cualidades (no quiere a cualquiera, téngalo en cuenta, sino a unos pocos elegidos) los acepta como alumnos. Como dice Mr. Isaacs, el mejor adiestramiento es el trabajo práctico, de modo que produce una película en seguida y paga a los profesionales con las cuotas de los alumnos. En realidad es un plan sumamente sencillo y sensato. Todos los personajes de «John Wesley» son alumnos, salvo el propio Wesley, Whitefield, el obispo y, claro, miss La Touche, que es la esposa del hombre que cuida del despacho de Edgware Road cuando Mr. Isaacs está ausente. Incluso los fotógrafos están aprendiendo. Eso hace que todo sea tan emocionante... Esta es la tercera película que Mr. Isaacs ha producido. La primera salió mal porque Mr. Isaacs dejó que uno de sus discípulos la revelara. Naturalmente, le hizo pagar los daños (es una cláusula del contrato que les hace firmar), pero la película estaba arruinada, y Mr. Isaacs dijo que era desalentador... casi abandonó por completo la cinematografía. Pero luego llegaron muchos alumnos, de modo que produjeron otra que resultó muy *buena*. Toda una revolución en el arte cinematográfico, como dijo Mr. Isaacs, pero fue boicoteada por celos profesionales. Ninguna de las salas quería exhibirla. Pero eso ha quedado arreglado ahora. Mr. Isaacs ha ingresado en la camarilla, dice, y esta película establecerá a Wonderfilms como la principal compañía del país. Y lo que es más, me ha ofrecido participar a medias por quinientas libras. Es un ofrecimiento maravillosamente generoso, ya que podría quedarse él con todo, pero me ha dicho que necesita a alguien, en la junta de directores,

que entienda la cuestión de la representación artística por el lado práctico. Cosa extraña, el gerente de mi banco se opone a ello. A decir verdad, me pone todos los obstáculos posibles en el camino... Pero podría asegurar que Mr. Isaacs preferiría que no publicase nada de eso en el periódico.

–En realidad he venido a hablarle de su hija, Nina.

–Oh, ella no aparece en la película para nada. A decir verdad, dudo mucho que tenga el más mínimo talento. Es extraña la forma en que estas cosas pasan a menudo por alto a una generación. Mi padre era un pésimo actor... aunque siempre tenía un papel principal cuando representábamos una obrita en Navidad. Desde luego, a veces me ponía en ridículo. Recuerdo que una vez hizo un papelito de Henry Irving en «Las Campanas»...

–Me temo que se ha olvidado usted de mí, señor, pero vine aquí el mes pasado, para verlo en relación con Nina. Bien, ella quería que le dijese que ahora soy Mr. Parlanchín...

–Parlanchín... No, hijo, no lo recuerdo. Mi memoria no es la que era... En Worcester hay un canónigo Parlanchín a quien conocí en otra época... estuvo conmigo en New College... un nombre poco corriente.

–Mr. Parlanchín del *Daily Excess*.

–No, no, querido amigo, le aseguro que no. Se ordenó después de irme yo, y fue capellán en no sé qué lugar del extranjero... creo que en las Bermudas. Luego regresó y se estableció en Worcester. Nunca en la vida estuvo en el *Daily Excess*.

–No, no, señor, *yo* estoy en el *Daily Excess*.

–Bueno, es indudable que usted tiene que conocer a sus colaboradores. *Puede* que se haya ido de Worcester para dedicarse al periodismo. Sé que en la actualidad muchos sacerdotes lo hacen. Pero debo decir que es la última persona de quien hubiese esperado algo parecido. Un sujeto terriblemente estúpido. Además, debe de tener por lo menos setenta años... Bueno, bueno, quién lo hubiera imaginado... Adiós, hijo, he gozado mucho con esta conversación.

–¡Oh, señor! –exclamó Adam cuando el coronel Blount se volvió para alejarse–. ¡Usted no entiende! ¡Quiero casarme con Nina!

–Bueno, pues es inútil venir aquí para ello –replicó el coronel, enojado–. Ya le dije que está en Londres, no sé dónde. Tendrá que ir a hablar con ella. De cualquier manera, ya está comprometida. El otro día vino un joven tonto a hablarme sobre ello... el rector dijo que está chiflado. Se reía todo el tiempo... mala señal... Aun así, Nina quiere casarse con él, no sé por qué. De modo que me temo que ha llegado tarde, hijo. Lo siento... y, de todos modos, el rector se ha portado muy mal en relación con esta película. No quiso prestarme su coche. Supongo que será por el wesleyanismo. Estrechez de miras... Bueno, adiós. Le agradezco que haya venido. Salude de mi parte al canónigo Parlanchín. Tengo que ir a visitarlo la próxima vez que vaya a Londres, y burlarme un poco de él... Escribiendo para los periódicos, vaya, a su edad...

Y el coronel Blount se retiró, victorioso.

Aquella misma noche, Adam y Nina estaban sentados en la terraza del Café de la Paix, comiendo ostras.

–Bien, ya no nos preocuparemos más de papá –dijo ella–. Nos casaremos en seguida.

–Seremos terriblemente pobres.

–No más pobres de lo que somos ahora... Creo que será divino... Además, nos apretaremos el cinturón. Miles dice que ha descubierto un lugar, cerca de Tottenham Court Road, donde se pueden conseguir ostras a tres chelines y seis peniques la docena.

–¿No serán de baja calidad?

–Bien, Miles dijo que lo único raro es que cada una tiene un gusto distinto... Hoy he comido con Miles. Llamó para preguntar dónde estabas. Quería venderle al *Excess* el compromiso de Edward Throbbing. Pero Van le ofreció cinco guineas, de modo que se lo vendió a él.

–Lamento haberme perdido eso. La directora se pondrá furiosa. De paso, ¿qué tal salió la página de chismorreos? ¿Conseguiste hacerla bien?

–Querido mío, creo que la hice bastante bien. ¿Sabes?, Van y Miles no sabían que yo era del gremio, de modo que hablaron

mucho sobre el compromiso de Edward Throbbing, y entonces fui y escribí una crónica, ¿estuvo muy mal hacer tal cosa? Y dije muchas cosas acerca de Edward y de la muchacha con la cual se va a casar. Antes la conocía bastante, y eso me llevó media página. Para el resto del artículo, inventé algunos personajes, como haces tú, y con eso lo llené.

–¿Qué dijiste respecto de los imaginarios?

–Oh, no sé. Dije que había visto al conde Cincinnati entrar en Espinosa con sombrero hongo verde... cosas por el estilo.

–*¿Escribiste eso?*

–Sí, ¿no estuve espléndida...? Angel mío, ¿ocurre algo?

–¡Oh, Santo Dios!

Adam se precipitó hacia el teléfono.

–Central diez mil... Comuníqueme con el director de la edición nocturna... Mire, tengo que hacer una corrección en la página de Parlanchín... Es urgente.

–Lo siento, Symes. La última edición entró en prensa hace media hora. Esta noche lo preparamos todo temprano.

De manera que Adam volvió a terminar de comer las ostras.

–Muy mala memoria –dijo lord Monomark al día siguiente, cuando lo leyó.

De modo que Miles Malpractice se convirtió en Mr. Parlanchín.

–Ahora ya no podemos casarnos –dijo Nina.

X

Adam y miss Runcible y Miles y Archie Schwert fueron a las carreras de coches en el automóvil de Archie. Fue un viaje largo y frío. Miss Runcible llevaba pantalones y Miles se retocó las pestañas en el comedor del hotel donde se detuvieron a almorzar. De manera que les pidieron que se fueran. En el hotel siguiente hicieron que miss Runcible se quedara fuera y le llevaron fiambre de cordero y conservas al coche. Archie pensó que estaría bien beber un poco de champán, y fastidió al camarero encargado de los vinos acerca de las fechas (tema que siempre le había resultado repugnante). Pasaron un buen rato almorzando, porque dentro del restaurante hacía calor, y bebieron cúmel junto al fuego, hasta que miss Runcible, furiosa, entró a buscarlos.

Luego Archie dijo que estaba demasiado soñoliento para seguir conduciendo, de modo que Adam se puso al volante y se extravió y viajaron durante kilómetros y kilómetros, en dirección equivocada, hasta encontrar un desvío.

Y después oscureció y la lluvia arreció. Se detuvieron a cenar en otro hotel, donde todos se rieron de los pantalones de miss Runcible, en un comedor adornado con calientacamas de cobre.

Pronto llegaron a la ciudad donde se llevaría a cabo la carrera. Se detuvieron ante el hotel en que se hospedaba el corredor. Estaba construido en el estilo gótico de 1860; era grande, oscuro, y se llamaba El Imperial.

Habían telegrafiado para que les reservaran habitaciones, pero la mujer de recepción dijo:

–Benditos sean, tenemos todas las habitaciones reservadas desde hace seis meses. No podría acomodarlos en ninguna parte, ni aunque fuesen los mismísimos reyes de la velocidad. No creo que esta noche encuentren alojamiento en la ciudad. Podrían probar suerte en el hotel de la estación. Es la única probabilidad que tienen.

En el hotel de la estación hicieron que miss Runcible esperase fuera, pero sin mayor éxito.

–Podría acomodar a uno de ustedes en el sofá del salón-bar; en este momento no hay allí más que un matrimonio con dos chiquillos; o, si no les molesta estar sentados toda la noche, siempre nos quedaría el salón de palmeras.

En cuanto a una cama, eso estaba fuera de cuestión. Podían probar en el Royal George, pero dudaba mucho de que les *gustase* eso, aun en el caso de que hubiese alguna habitación libre, que estaba segura de que no había.

Entonces miss Runcible creyó recordar que había unos amigos de su padre que vivían bastante cerca, buscó el número de teléfono y los llamó, pero le contestaron que no, que lo lamentaban pero tenían la casa repleta y que, por lo que podían recordar, jamás habían oído hablar de lord Chasm. De manera que tampoco eso sirvió.

Luego fueron a varios hoteles más, descendiendo a través de las distintas gradaciones de Familiar y Comercial (Antiguo Establecimiento), Comercial liso y llano, Pensión Residencial de Primera Clase, Hostería para Obreras, Taberna y Camas Limpias: para Caballeros solamente. Todo estaba lleno. Al final, al borde de un canal se encontraron con el Royal George. La encargada estaba en la puerta, rematando una discusión con un hombre de edad, con sombrero hongo.

–Primero se quita los zapatos en el bar –dijo, para despertar la simpatía de su nuevo auditorio–, lo que no es una actitud propia de caballeros.

–Estaban mojados –dijo el hombrecillo–; mojados como el demonio.

–Bueno, ¿y quién necesita sus zapatos mojados en el mostrador, me gustaría saber? Luego, qué les parece, me llama conspiradora porque le ordeno que se los ponga antes de volver a su casa.

–Quiero ir a casa –dijo el hombrecillo–. A casa, con mi esposa y mis hijos. *Y usted trata de impedir que un hombre se reúna con su esposa*.

–Nadie quiere impedirte que vayas junto a tu esposa, viejo tonto. Lo único que digo es que, por el amor de Dios, te pongas los

zapatos antes de irte. ¿Qué pensará tu mujer si vuelves a tu casa sin los zapatos?

–No le importará cómo vuelva. Pero bendita sea, ¡si hace cinco años que no piso mi casa! Es duro tener que estar separado de la esposa y los hijos, y todo por una conspiradora que quiere que uno se ponga los zapatos.

–Ahí tienes, mira lo que dice la señora. La señora dice que tienes que ponerte los zapatos.

El hombrecillo arrebató los zapatos a la encargada, miró de hito en hito a miss Runcible y los arrojó al canal.

–*Señora* –dijo con sentimiento–. *Pantalones*.

Y se hundió en la oscuridad, en calcetines.

–En realidad es inofensivo –dijo la encargada–. Solo que pierde un poco la cabeza cuando bebe. Tirar unos zapatos tan buenos. Perder unos zapatos tan buenos... Supongo que pasará la noche en la cárcel.

–¿No volverá junto a su esposa, pobrecito?

–Bendito sea, no. Ella vive en Londres.

En este punto, Archie Schwert, cuyos sentimientos humanitarios eran más estrechos que los de miss Runcible, perdió interés en la discusión.

–Lo que queremos saber es si nos puede dar unas camas para pasar la noche.

La casera lo miró con suspicacia.

–¿Cama o camas?

–Camas.

–Podría ser. –Miró el coche, luego los pantalones de miss Runcible y nuevamente el coche, sopesando uno y otros–. Les costará una libra a cada uno –dijo al cabo.

–¿Tiene sitio para todos nosotros?

–Bien –dijo–, ¿cuál de ustedes va con la joven?

–Me temo que voy sola –dijo miss Runcible–. ¿No es una lástima?

–No importa, querida, ya tendrá suerte algún día. Y bien, ¿cómo podemos alojarlos a todos? Hay una habitación vacía. Yo puedo dormir con Sarah, y eso deja una cama libre para los caballeros, y entonces, si a la señorita no le importa dormir conmigo y Sarah...

–Si no le parece una grosería, creo que preferiría la cama vacía –dijo miss Runcible débilmente–. ¿Sabe? –agregó con mucho tacto–, ronco de un modo atroz.

–Bendita sea, también ronca Sarah. A *nosotras* no nos molestaría... Pero si lo *prefiere*...

–De verdad, me parece que sí –dijo miss Runcible.

–Bien, entonces podría poner a dormir a Mr. Titchcock en el suelo, ¿no es cierto?

–Sí –repuso Miles–, ponga a Mr. Titchcock en el suelo.

–Y si al otro caballero no le importa dormir en el descansillo... Bueno, ya nos las arreglaremos, ya verán.

De modo que bebieron un poco de ginebra en el saloncito trasero, y despertaron a Mr. Titchcock y lo ayudaron a transportar el equipaje y le dieron también un poco de ginebra, y él dijo que le daba lo mismo dormir en la cama o en el suelo, y se mostró sumamente encantado de poder ser útil a alguien y no le importaría otra copita, por así decirlo. Y al cabo se fueron a dormir, cansadísimos pero casi satisfechos, y ¡oh, cómo los picaron las chinches aquella noche!

Adam había conseguido uno de los dormitorios. Despertó temprano y advirtió que la lluvia repiqueteaba en la ventana. Miró hacia fuera y vio un cielo gris, una especie de fábrica y el canal, de cuyas poco profundas aguas surgían islotes de escorias de hierro y botellas. Un cochecito de niño, abandonado, estaba prácticamente sumergido en la orilla opuesta. En la habitación había una cómoda llena de horribles churretones de porquería dejados por anteriores ocupantes, un lavabo con un aguamanil de vivos colores, un jarro vacío y un cepillo de dientes gastado. Había también un rotundo busto femenino cubierto de una brillante tela roja y mutilado, como en los martirios primitivos, por el cuello, la cintura y los codos, una cosa conocida con el nombre de maniquí de modista. (En casa de Adam, de niño, había uno llamado «Jemima»; un día apuñaló a «Jemima» con un cincel, esparció el relleno por toda la habitación y le castigaron. Una época más comprensiva habría visto un complejo en esa acción y, en consecuencia, se habría mostrado preocupada. Fuera como fuese, le hicieron barrer el relleno.)

Adam estaba sediento, pero había un leve musgo verde en la

botella de agua, y sintió repugnancia. Se acostó otra vez y encontró el pañuelo de alguien (presumiblemente el de Mr. Titchcock) bajo la almohada.

Despertó un poco más tarde y encontró a miss Runcible, en pijama y con abrigo de pieles, sentada en su cama.

–Querido –dijo ella–, no hay espejo en mi habitación, ni cuarto de baño en ninguna parte, y he pisado a alguien frío y blando dormido en el corredor, y he estado despierta toda la noche matando chinches con gotas de loción para la cara, y todo apesta, y me siento tan deprimida que me moriría.

–Por lo que más quieras, vámonos –dijo Adam.

Despertaron a Miles y Archie Schwert, y diez minutos después se escurrían sigilosamente del Royal George llevando las maletas.

–Me pregunto una cosa: ¿no os parece que tendríamos que dejar algún dinero? –inquirió Adam, pero los demás dijeron que no.

–Bueno, quizá tendríamos que pagar por la ginebra –dijo miss Runcible.

De manera que dejaron cinco chelines en el bar y se alejaron en el coche rumbo al Imperial.

Todavía era muy temprano, pero todo el mundo parecía estar despierto, entraban corriendo en los ascensores y salían corriendo de ellos, ataviados con cascos y monos. El amigo de Miles, les dijeron, había salido antes del alba, presumiblemente en dirección al garaje. Adam se encontró con algunos periodistas a quienes solía ver por las oficinas del *Excess*. Le dijeron que no se sabía quién podía ganar la carrera, y que el mejor lugar para ver el espectáculo era el Recodo del Vértigo, donde el año pasado habían ocurrido tres muertes, y este año sería peor aún porque habían puesto alquitrán. Era ni más ni menos que una trampa mortífera, dijeron los periodistas. Todos los equipos confiaban en ganar, añadieron.

Entre tanto, miss Runcible descubrió un cuarto de baño vacío y volvió media hora después, toda pintada y con faldas, y sintiéndose otra vez en forma y lista para cualquier cosa. De modo que entraron a desayunar.

El comedor estaba repleto. Había Reyes de la Velocidad de todas las nacionalidades, la mayoría de ellos hombres poco

impresionantes, con bigotitos y mirada aprensiva; leían las predicciones en los periódicos de la mañana y comían lo que podía ser (y en algunos casos era) su última comida en la tierra. Había una gran cantidad de periodistas aprovechando al máximo un trabajo al aire libre. Había una manada de entusiastas anónimos, jóvenes sumamente enterados, con jerséis de vivos colores metidos dentro del cinturón de los pantalones, con corbatas de añejas escuelas públicas, chaquetas de mezclilla a cuadros, bocas desdibujadas y acento de arrabal levemente discernible. Había funcionarios del Real Automóvil Club y de la Asociación Automovilística, y representantes de las firmas petroleras y de los fabricantes de neumáticos. Había una familia desconsolada, llegada a la ciudad para el bautizo de una sobrina. (Nadie les había prevenido de que había una carrera de automóviles; la cuenta del hotel que les presentaron era un *escándalo.)*

–Esto ya está mejor –dijo miss Runcible con aprobación mientras se comía un arenque.

Retazos de conversación altamente técnica se elevaban por todas partes, en torno a ellos.

–... cambiaron todo el motor después de haber sido inspeccionado. Cualquier otro habría sido descalificado...

–... desarrollando ochenta kilómetros...

–... tras picarle una abeja mientras tomaba el recodo, esquivó el árbol por unos pocos centímetros y aterrizó en el ayuntamiento. Riley venía detrás de él, giró dos veces en redondo, se subió al talud, volcó y se incendió...

–... recalentamiento local en las culatas de los cilindros... No tiene sentido poner un compresor en ese motor...

–... el Recodo del Vértigo es una bobada. Lo único que hay que hacer es aminorar la velocidad a setenta o setenta y cinco ante la cabaña blanca, dar marcha atrás frente a la taberna y salir en segunda por el lado más próximo a la carretera. Un niño podría hacerlo. Lo malo está en el doble recodo que hay después del puente del ferrocarril...

–... le hacía señales continuamente desde los boxes, para que disminuyera la velocidad. Te digo que esa gente no quiere que gane.

–... no me quiso decir cómo se llamaba, pero dijo que me encontraría en el mismo lugar esta noche, y me dio una ramita de brezo blanco para el coche. La perdí, como un tonto. Me dijo que miraría para asegurarse de que la llevaba en el coche...

–... este año no ofrece más que una gratificación de veinte libras...

–... hizo el tramo en ciento cinco...

–... se le rompió la junta y le estallaron las culatas de los cilindros...

–... se rompió los dos brazos y se fracturó el cráneo en dos partes...

–... vibración de cola...

–... bailoteo de las ruedas...

–... magneto...

–... choque...

Cuando terminaron de desayunar, miss Runcible y Adam y Archie Schwert y Miles fueron al garaje a buscar a su Rey de la Velocidad. Lo encontraron trabajando intensamente, escuchando el funcionamiento de su motor. Un rincón del garaje había sido rodeado de cuerdas y el piso cubierto con arena, como para un combate de boxeo.

Fuera de ese cuadrilátero se apiñaba un grupo de chiquillos, con álbumes de autógrafos y chorreantes estilográficas, y dentro, rodeadas de ayudantes, estaban las partes esenciales de un motor. El motor estaba funcionando y toda la máquina se sacudía con infructuoso esfuerzo. Nubes de humo negro surgían de él, así como un ensordecedor rugido que rebotaba del suelo de hormigón y del techo de hierro acanalado y se proyectaba hacia todos los rincones del edificio, de manera que la conversación y el pensamiento resultaban insoportables y todos los sentidos se paralizaban. A intervalos frecuentes, a aquella aguda y angustiante nota se añadían secas detonaciones, y en apariencia eran estas las que causaban ansiedad, porque a cada detonación el amigo de Miles, que evidentemente no era demasiado sensible al ruido, hacía una mueca y miraba con aire de desconcierto a su mecánico principal.

Aparte de la evidente imperfección de su sonido, el coche daba la impresión, al observador poco enterado, de estar singularmente

inconcluso. A decir verdad, se vela a las claras que aún estaba en proceso de construcción. No tenía más que tres ruedas; la cuarta se encontraba en manos de un joven con bata, que, con los intervalos necesarios para quitarse de los ojos una cortina de cabello amarillo, la golpeaba con un martillo. Tampoco tenía asientos, y otro mecánico atornillaba planchas de plomo en el lugar donde uno habría esperado encontrar precisamente los asientos. No tenía capó, pues este se encontraba en manos de un pintor de letras, que dibujaba en ese momento, en negro, un número 13 dentro de un círculo blanco. Había el mismo número en la parte trasera, y un mecánico estaba ocupado fijando otro tablero con ese número sobre uno de los faros delanteros. Había otro mecánico que construía un parabrisas con tela metálica, y un tercero echado de espaldas en el suelo hacía algo en el eje trasero con una lata de grasa y un trapo. Otros dos mecánicos ayudaban al amigo de Miles a escuchar las detonaciones.

–Como si no se pudieran oír desde Berkeley Square –dijo miss Runcible.

La verdad es que un automóvil ofrece una felicísima ilustración de la distinción metafísica existente entre «ser» y «llegar a ser». Algunos coches, meros vehículos sin objeto alguno aparte de la simple locomoción, monotonías mecánicas como el Hispano Suiza de lady Metroland, o el Rolls Royce de Mrs. Ratón, o el Daimler 1912 de lady Circunferencia, o el Austin Siete del «lector general», tienen un carácter tan definido como sus ocupantes. Se compran montados, numerados y pintados, y así quedan a través de varios cambios de mano, embellecidos de vez en cuando por capas de pintura o temporalmente rejuvenecidos por la adición de algún órgano menor, pero manteniendo su identidad esencial hasta que llegan al cementerio de coches.

Pero no es tal el caso de los *verdaderos* automóviles, que se convierten en amos de hombres, esas vitales creaciones de metal que existen únicamente para su propia propulsión a través del espacio, para los cuales sus conductores, precariamente aferrados al volante, son tan importantes como la secretaria para el corredor de bolsa. Estos se hallan en perpetuo flujo, en un torbellino de

unidades combinadas y desintegrantes. Como la confluencia del tránsito en un lugar donde se encuentran muchas carreteras, torrentes de mecanismos se unen, se mezclan y vuelven a separarse.

El amigo de Miles, aunque hubiese sido posible en medio del estrépito, parecía poco dispuesto a hablar. Saludó distraídamente con la mano y continuó escuchando. De pronto se acercó y gritó:

–Lamento no poder perder un momento; os veré en los boxes. Tengo que daros unos brazaletes.

–Caramba, ¿qué será *eso?*

Le entregó a cada uno una cinta de tela blanca que terminaba en punta.

–Para ponerse en el brazo –gritó–. No se puede entrar en los boxes sin ellos.

–¡Querido, qué bien! ¡Qué raro que tengan boxes!

Se pusieron los brazaletes. El de miss Runcible decía CONDUCTOR AUXILIAR; el de Miles, MECÁNICO AUXILIAR; el de Adam, PERSONAL DEL DEPÓSITO, y el de Archie, REPRESENTANTE DEL DUEÑO.

Hasta ese momento los chiquillos que rodeaban la cuerda se habían mostrado escépticos en cuanto a la importancia de miss Runcible y sus amigos, pero en cuanto vieron las insignias de jerarquía se precipitaron con sus libros de autógrafos. Archie los firmó todos con la mayor complacencia, y hasta hizo en uno de ellos un dibujo casi indecente. Luego se alejaron en el coche de Archie.

La carrera no comenzaba hasta el mediodía, pero cualquier indecisión que pudiesen haber sentido en cuanto al empleo de las próximas horas se la solucionó la policía local, dedicada a dirigir todo el tránsito, sin tener en cuenta para nada las inclinaciones particulares de este, por el camino que llevaba al autódromo. Ningún esfuerzo se había ahorrado en ese aspecto de la organización; varios días antes el jefe de policía había confeccionado un pequeño mapa que debía ser memorizado por todos los policías de servicio, y tan bien habían aprendido estos la lección, que desde aquella mañana temprano hasta muy entrada la tarde ningún vehículo que llegara a la ciudad desde cualquier dirección se escapaba de ser atraído al amplio circuito marcado por las flechas y la línea de

puntos A-B, que conducía al aparcamiento provisional, detrás de la tribuna principal. (Muchos médicos, así apartados de sus tareas, pasaron un día agradable, sin aparente perjuicio para sus pacientes.)

La llegada de los espectadores había asumido ya la forma de una lenta e ininterrumpida corriente. Algunos llegaban a pie desde la estación del ferrocarril, llevando bocadillos y sillas plegables; otros en bicicletas tándem; bastantes en motos o en motocicletas con sidecar, pero la mayoría lo hacían en automóviles de modestas marcas. Su ropa y modales los identificaban como pertenecientes a la clase media; algunos llevaban consigo aparatos de radio portátiles y otras pruebas de ánimo de diversión, pero el aire general de la procesión era de sobriedad y propósitos definidos. Aquel no era un día festivo en Derby; no le habían robado un día a la oficina para derrocharlo entre gitanos y tiovivos y juegos de azar. Estaban ahí para presenciar la carrera. Mientras se arrastraban lentamente hacia adelante, en primera, en medio de una nube de humo de los tubos de escape, discutían los tecnicismos del diseño de los automóviles y las posibilidades de derramamiento de sangre, y estudiaban los mapas del circuito.

El desvío planeado por el jefe de policía era largo, bordeado de cabañas y vagones de ferrocarril convertidos en habitaciones. Sobre él flotaban pancartas, entre los postes de telégrafo, la mayoría con anuncios publicitarios del *London Despatch*, que organizaba la carrera y financiaba el trofeo del vencedor: una figura de plata dorada, de horrible diseño, que simbolizaba a la Fama confundida en un abrazo con la Velocidad. (Dicho trofeo se encontraba en aquel momento, bajo cuidadosa custodia, en el despacho del administrador, porque el año anterior había sido robado en vísperas de la carrera por el cronometrador oficial, quien lo empeñó por una suma irrisoria en Manchester y fue subsiguientemente expulsado de su puesto y enviado a la cárcel.) Otros anuncios proclamaban la superioridad de varias clases de gasolina y de bujías, mientras que algunos rezaban: «100 LIBRAS ESTERLINAS POR PÉRDIDA DE UN MIEMBRO, ASEGÚRESE HOY.» Había un anciano que se paseaba entre los automóviles con una pancarta blanca y azul en la que se leía: «SIN

DERRAMAMIENTO DE SANGRE NO HAY PERDÓN DEL PECADO», en tanto que un joven elegantemente vestido hacía su agosto vendiendo entradas falsas para la tribuna principal.

Adam estaba sentado en la trasera del coche, con Miles, quien evidentemente se sentía disgustado por la falta de cordialidad de su amigo.

–Lo que no entiendo –dijo– es por qué hemos venido a este lugar atroz. Supongo que en este momento tendría que estar pensando en algo para escribir en el *Excess. Sé* que este va a ser el día más espantoso que hayamos pasado en la vida.

Adam se sentía inclinado a darle la razón. De pronto tuvo conciencia de que alguien trataba de atraer su atención.

–Ahí hay un hombre horrible que te está gritando «¡Eh!» –dijo Miles–. Querido mío, *¡tus amigos...!*

Adam se volvió y vio, a menos de tres metros de distancia, separado de él por una joven ataviada con pantalones cortos de color caqui que montaba una bicicleta, por su compañero, que llevaba una mochila al hombro, y por un chiquillo, que vendía programas, la figura largamente buscada del comandante borracho. Aquella mañana parecía bastante sobrio; iba vestido con un sombrero hongo y hacía frenéticas señas a Adam desde la trasera de un cupé.

–¡Eh! –gritó el comandante borracho–. ¡Eh! He estado buscándole por todas partes.

–¡Y yo a usted! –gritó Adam–. Quiero mi dinero.

–No le oigo... ¿qué quiere?

–Dinero.

–Es inútil... estos aparatos infernales hacen demasiado ruido. ¿Cómo se llama? Lottie se había olvidado.

–Adams Symes.

–No le oigo.

La fila de coches, adelantando metro a metro, había llegado por fin al punto B del mapa del jefe de policía, donde las líneas de puntos se separaban. Un policía se encontraba en la intersección, dirigiendo a los vehículos hacia derecha e izquierda, algunos hacia el aparcamiento situado detrás de la tribuna principal, otros hacia el

montículo que había encima de los boxes. Archie viró hacia la izquierda. El coche del comandante borracho aceleró y giró velozmente hacia la derecha.

–*¡Tengo que saber su nombre!* –gritó.

Todos los conductores parecieron elegir ese momento para hacer sonar sus bocinas; la ciclista pulsó su timbre junto al codo de Adam; el ciclista apretó una trompetilla que emitió un sonido como el de un taxi parisiense; y el chiquillo vendedor de programas le gritó al oído: «¡Programa oficial... Mapa del recorrido... Todos los participantes!»

–¡Adam Symes! –gritó desesperado, pero el comandante levantó los brazos en señal de impotencia y desapareció en medio de la muchedumbre.

–*La forma en que encuentras a la gente*... –dijo Miles admirado.

Los boxes resultaron ser una hilera de compartimentos, construidos de madera y plancha ondulada, situados inmediatamente delante de la tribuna principal. Muchos de los coches habían llegado y estaban ya en sus boxes, rodeados de un grupito de mecánicos y espectadores. Parecían estar ya en reparación. Atareados funcionarios corrían de un lado a otro, haciendo anotaciones en sus listas. Por encima de las cabezas los altavoces transmitían la música de una banda militar.

La tribuna principal se hallaba aún casi vacía, pero el resto del velódromo ya estaba lleno de gente. El trayecto se extendía colina arriba y abajo, en un círculo de veinticuatro kilómetros, y los suficientemente afortunados para poseer villas o bares en los lugares más peligrosos habían cubierto los techos con inseguros taburetes de madera y vendían entradas como si fueran panes. Una colina herbosa se erguía bruscamente detrás de los boxes. Sobre ella se había construido una valla con un tablero en el que un grupo de boy scouts se preparaban a anotar los resultados de las vueltas, matando el tiempo divertidamente con cerveza floja, caramelos y riñas. Detrás de la valla había una cerca de alambre espinoso, y, más atrás aún, una multitud de espectadores y varias tiendas en las que se servían refrescos. Un puente de madera, con anuncios del *London Despatch*, había sido construido en el camino. En varios puntos se veían funcionarios tratando de comunicarse entre sí por

medio de un teléfono de campaña. A veces la banda se interrumpía y una voz anunciaba:

–¿Querría Mr. Fulano de Tal presentarse en seguida en la oficina del cronometrador?

Luego la banda continuaba tocando.

Miss Runcible y sus acompañantes hablan llegado al box número 13 y se sentaron en el mostrador de madera a fumar y firmar autógrafos. Un funcionario se acercó a ellos.

–No se puede fumar en los boxes, por favor.

–Caramba, lo siento mucho. No lo sabía.

Había seis recipientes detrás de miss Runcible, cuatro con gasolina y dos con agua. Arrojó el cigarrillo por encima del hombro, y por benéfica atención de la Providencia, sumamente rara en la carrera de la joven, cayó en el agua. Si hubiese caído en la gasolina, no se habría sabido nada más de miss Runcible.

De pronto apareció el número 13. El amigo de Miles y su mecánico, con monos, cascos y gafas, saltaron fuera del vehículo, abrieron el capó y comenzaron a reconstruirlo.

–No debería haber un número 13 –dijo el mecánico–. No es justo.

Miss Runcible encendió otro cigarrillo.

–No se puede fumar en los boxes, *por favor* –dijo el funcionario.

–Qué *espantoso* por mi parte. Lo olvidé por completo.

(Esta vez cayó en la cesta de la merienda del mecánico y se quedó ardiendo tranquilamente sobre una pata de pollo, hasta consumirse.)

El amigo de Miles comenzó a llenar el depósito de gasolina con la ayuda de un enorme embudo.

–Escuchad –dijo–. No se os permite que me entreguéis nada directamente, pero si Edwards levanta la mano izquierda cuando pasemos ante los boxes, eso significa que nos detendremos a la vuelta siguiente a repostar gasolina. De modo que lo que tenéis que hacer es llenar un par de latas y ponerlas en el estante, con el embudo al lado, para que Edwards las tenga a mano. Si Edwards levanta la mano derecha... –Y siguieron complicadas instrucciones–. Tú quedas encargado del depósito –dijo a Archie–. ¿Habéis

entendido bien las señales? La carrera puede depender de ellas, recordadlo.

–¿Qué significa si agito el banderín azul?

–Que quieres que me detenga.

–¿Por qué habría de querer que te detengas?

–Bueno, quizá has visto que algo anda mal... que el tanque pierde, o algo por el estilo, o puede que los funcionarios quieran que limpiemos la placa del número.

–Creo que no haré gran cosa con el banderín azul. Me parece un tanto engorroso.

Miss Runcible encendió otro cigarrillo.

–¿Quiere hacer el favor de salir de los boxes cuando vaya a fumar? –dijo el funcionario.

–¡Qué hombre tan grosero! –exclamó miss Runcible–. Vayamos a esa encantadora tienda, a beber algo.

Subieron la colina, pasaron junto a los boy scouts, encontraron una abertura en la alambrada y al cabo llegaron a la tienda. Allí predominaba un ambiente de mayor afabilidad. Una profusión de hombres con pantalones bombachos bebía «uno rápido» antes de la salida. No había allí tonterías acerca de que no se pudiese fumar. Una mujer de mediana edad estaba sentada en el césped con una botella de cerveza y un chiquillo.

–Por fin un ambiente hogareño –dijo miss Runcible.

De pronto la banda militar se interrumpió y una voz dijo:

–Las doce menos cinco. Todos los conductores y mecánicos al otro lado de la pista, por favor.

Se produjo un profundo silencio y la tienda de refrescos comenzó a vaciarse rápidamente.

–Querido, nos perderemos la salida.

–Aun así, un trago *nos vendría* bien.

De manera que entraron en la tienda.

–Cuatro whiskies, por favor –pidió Archie Schwert.

–Se perderán la salida –dijo la camarera.

–¡Qué cerdo fue ese hombre! –exclamó miss Runcible–.

Aun cuando estuviese prohibido fumar, podía habérnoslo pedido cortésmente.

–Querida, la única que fumaba eras tú.

–Bueno, pues me parece que eso empeora la cuestión.

–Caramba señorita –dijo la camarera–, ¿quieren perderse la salida?

–Eso es lo que más ganas tengo de ver... Vaya, creo que ya han salido.

El repentino rugido de sesenta motores de alta potencia surgió de abajo.

–*Han* salido... qué lástima.

Se dirigieron a la puerta de la tienda. Parte de la pista era visible sobre las cabezas de los espectadores, y entrevieron fugazmente los coches, corriendo todos juntos como cerdos apretujándose para pasar por una puerta. Uno a uno se fueron separando del grupo y desaparecieron en el recodo con un agudo chillido de aceleración.

–Volverán a aparecer dentro de un cuarto de hora –dijo Archie–. Bebamos otro trago.

–¿Quién iba delante? –preguntó la camarera, ansiosa.

–No pude verlo claramente –dijo miss Runcible–, pero estoy casi segura de que era el 13.

–*¡Caray!*

La tienda volvió a llenarse. La opinión general parecía indicar que se trataría de una lucha reñida entre el 13 y el 28, un Omega rojo conducido por Marino, el as italiano.

–El conductor más sucio que jamás se haya visto –dijo un hombre con deleite–. En Belfast los empujaba a todos al arcén con tanta facilidad como si guiñara un ojo.

–De una cosa se *puede* estar bien seguro. No terminarán los *dos*.

–Es criminal la forma en que conduce ese Marino... todo un espectáculo.

–Un experto... un verdadero artista, sin duda.

Adam, miss Runcible, Archie y Miles volvieron a su box.

–A fin de cuentas –dijo miss Runcible– el pobrecito podría estar necesitando toda clase de cosas y estar haciendo señales como un loco sin que haya nadie allí para atenderlo... sumamente desalentador.

Para entonces los coches estaban dispersos por toda la pista.

Pasaban intermitentemente, a enceguecedora velocidad y con un aullido. Uno o dos entraron en sus boxes y los conductores saltaron a tierra, temblando como hojas, para dar algún retoque a los motores. Uno ya había sufrido un percance... Se trataba de un enorme coche alemán, cuyo neumático había estallado... pinchado, decían algunos, por un secuaz de Marino. El coche había abandonado la pista y trepado a un árbol como un gato perseguido por un perro. Dos pequeños coches norteamericanos no habían logrado arrancar. Los ayudantes trabajaban desesperadamente en ellos, en medio de burlones comentarios del gentío. De pronto aparecieron dos coches en la recta, igualados, a menos de un metro de distancia el uno del otro.

–¡Es el número 13! –exclamó miss Runcible, realmente excitada por fin–. Y ahí va ese demonio italiano al lado. ¡Vamos, trece! ¡Adelante! –gritó, bailoteando en el box y agitando un banderín que encontró a mano–. ¡Arriba! ¡Oh! ¡Muy bien hecho, trece!

Los coches pasaron como un relámpago y pronto fueron reemplazados por otros.

–Agatha, querida, no deberías haber agitado ese banderín azul.

–Caramba, qué espantoso. ¿Por qué?

–Porque eso significa que tiene que detenerse en la próxima vuelta.

–¡Cielos! ¿Agité yo un banderín azul?

–Querida, bien sabes que sí.

–Qué espanto. ¿Qué voy a decirle?

–Vámonos antes de que vuelva.

–¿Sabes?, creo que sería lo mejor. Podría ponerse furioso, ¿no es cierto? Vayamos a la tienda y bebamos otro trago..., ¿no te parece?

De modo que el box número 13 volvió a quedar desierto otra vez.

–¿Qué te había dicho? –dijo el mecánico–. En cuanto me enteré de que nos había tocado este condenado número, supe que nos esperaban dificultades.

La primera persona que vieron cuando llegaron a la tienda fue al comandante borracho.

–Otra vez tu amigo –dijo Miles.

–Bueno, por fin –dijo el comandante–. ¿Sabe?, lo he estado buscando por todo Londres. ¿En dónde estuvo metido durante todo este tiempo?

–En casa de Lottie.

–Bueno, ella dijo que nunca había oído hablar de usted. ¿Sabe?, no tengo inconveniente en admitir que aquella noche había bebido unas cuantas copas de más, y, a decir verdad, cuando desperté recordaba las cosas muy confusamente. Bien, entonces me encontré mil libras en el bolsillo y lo recordé todo de golpe. En casa de Lottie había un individuo que me dio mil libras para apostarlas a Correo Indio. Bien, por lo que yo sabía, Correo Indio no valía nada. No quería perder su dinero, pero lo peor es que no sabía quién era usted. («Creo que eso es un hermoso chiste», dijo miss Runcible.) Y aparentemente, Lottie tampoco lo conocía. Cualquiera supondría que es facilísimo encontrar a un sujeto que distribuye billetes de mil libras a los desconocidos, pero yo no pude encontrar ni una sola impresión digital suya.

–¿Quiere decir –inquirió Adam, con una repentina esperanza delirante naciendo en su corazón– que aún tiene mis mil libras?

–No tan rápido –replicó el comandante–. Yo soy quien hace el relato. Bien, el día de la carrera no sabía qué hacer. Una parte de mi persona me decía: «Guárdate las mil libras. El individuo tiene que aparecer, y es cosa suya lo que haga con su dinero.» La otra parte decía: «Apuéstalas al favorito y a ver si puedes ganar algo.»

–¿De modo que las apostó al favorito?

El corazón de Adam era nuevamente de plomo.

–No, no las aposté. A la postre me dije: «El joven debe ser terriblemente rico. Si le agrada derrochar su dinero, no es cosa mía.» De modo que las aposté a Correo Indio.

–¿Quiere decir...?

–Quiero decir que hay un hermoso paquetito de treinta y cinco mil libras esperando que usted condescienda a pedirlo.

–¡Cielos! Mire, beba un trago, ¿quiere?

–Eso es algo que nunca rechazo.

–Archie, préstame un poco de dinero hasta que cobre esa fortuna.

–¿Cuánto?

–Lo bastante para comprar cinco botellas de champán.

–Sí, si puedes conseguirlas.

La camarera tenía un cajón de champán en la trastienda. («A menudo la gente se siente indispuesta cuando ve pasar a los coches tan velozmente... en especial las damas», explicó.) De modo que bebieron una botella cada uno y se sentaron en la ladera de la colina y brindaron por la prosperidad de Adam.

–Atención, todos –anunció el altavoz–. El coche número 28, el Omega italiano conducido por el capitán Marino, acaba de completar el circuito en doce minutos un segundo, a una velocidad media de 124.800 kilómetros por hora. Este es el promedio más alto hasta ahora registrado.

Una salva de aplausos saludó la noticia, pero Adam dijo:

–He perdido interés por esta carrera.

–Vea, viejo –dijo el comandante cuando estuvieron instalados–, estoy en un aprieto. Me siento como un tonto por tener que decirlo, pero la verdad es que me han robado la cartera en medio de la muchedumbre. Naturalmente, tengo bastante suelto para volver al hotel, y allá, naturalmente, me aceptarán un cheque, pero el caso es que tenía deseos de hacer algunas apuestas con unos individuos que apenas conozco. Y entonces, viejo, me pregunto si podría prestarme un billete de cinco. Puedo devolvérselo cuando le entregue las treinta y cinco mil.

–Pero por supuesto –dijo Adam–. Archie, préstame cinco libras, ¿quieres?

–Muy bondadoso de su parte –dijo el comandante, metiéndose el billete en el bolsillo–. ¿No le importaría darme diez libras, ya que estamos en eso?

–Lo siento –dijo Archie con cierta frialdad–. Apenas tengo lo suficiente para volver a casa.

–Está bien, viejo, *entiendo*. Ni una palabra más... Bueno, salud...

–Yo fui a ver el handicap de noviembre –dijo Adam–. Me pareció verlo allí.

–Nos habríamos ahorrado muchos trastornos si nos hubiéramos encontrado, ¿no? Pero bien está lo que bien acaba.

–Qué hombre *angelical* es tu comandante –dijo miss Runcible.

Cuando terminaron el champán, el comandante –ahora indiscutiblemente borracho– se levantó para irse.

–Vea, viejo –dijo–, tengo que irme. Debo ver a algunos individuos. Muchísimas gracias por la fiesta. Encantado de haber vuelto a verlos. Hasta pronto, señorita.

–¿Cuándo nos veremos nuevamente?

–En cualquier momento, viejo. Me encantará recibirlo cuando quiera venir a verme. Siempre hay una silla y un trago para los viejos amigos. Hasta la vista.

–Pero ¿no podría ir a visitarlo pronto? Es por lo del dinero, ¿sabe?

–Cuanto antes, mejor, amigo. Aunque no sé a qué dinero se refiere.

–A mis treinta y cinco mil.

–Pero claro. ¡Cómo puedo haberme olvidado de eso! ¿Sabe qué? Venga esta noche al Imperial y se las daré. Me alegraré de quitármelas de encima. A las siete en punto en el bar... o un poco antes.

–Volvamos a ver los coches –dijo Archie.

Bajaron la colina sintiéndose jubilosos e imparciales (como es normal que suceda si uno bebe mucho antes del almuerzo). Cuando llegaron a los boxes decidieron que tenían hambre. La tienda de los refrigerios estaba lejos, de modo que se comieron la parte del almuerzo del mecánico que el cigarrillo de miss Runcible había respetado.

Entonces le sucedió un contratiempo al número 13. Se arrimó a un lado, con marcha incierta. El mecánico estaba al volante. Una llave inglesa, les contó, arrojada desde el auto de Marino cuando pasaba junto a él bajo el puente del ferrocarril, había golpeado al amigo de Miles en el hombro. El mecánico lo ayudó a descender y lo sostuvo hasta llegar a la tienda de la Cruz Roja.

–Sería mejor que abandonáramos –dijo–. Esta tarde ya no podremos hacer nada más. Llevar el número 13 es buscarse líos.

Miles fue a ayudar a su amigo, dejando a miss Runcible, Adam y Archie, que contemplaban el coche con expresión más bien estúpida. Archie hipó levemente mientras se comía la manzana del mecánico.

De pronto apareció un funcionario.

–¿Qué ha sucedido aquí? –preguntó.

–Un conductor acaba de ser asesinado –dijo Archie–. Llave inglesa bajo el puente del ferrocarril. Marino.

–Bien, ¿piensa abandonar? ¿Quién es el conductor auxiliar?

–No sé. ¿Lo sabes tú, Adam? No me sorprendería que hubiesen asesinado también al conductor auxiliar.

–Yo soy el conductor auxiliar –dijo miss Runcible–. Puede leerlo en mi brazo.

–Ella es el conductor auxiliar. Vea, lo tiene escrito en el brazo.

–Bueno, ¿quiere abandonar?

–No abandones, Agatha.

–No, no quiero abandonar.

–Muy bien. ¿Cómo se llama?

–Agatha. Soy el conductor auxiliar. Está escrito en mi brazo.

–Ya lo veo... Bueno, puede partir cuando quiera.

–Agatha –repitió miss Runcible con firmeza mientras trepaba al coche–. Puede leerlo en mi brazo.

–Oye, Agatha –dijo Adam–. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

–Está escrito en mi brazo –contestó miss Runcible con severidad.

–Quiero decir, ¿estás segura de que no corres ningún peligro en absoluto?

–En absoluto, Adam. Ni aunque me tiren llaves inglesas. Pero iré a poca velocidad al inicio, hasta que me acostumbre. Ya verás. ¿Vienes?

–Me quedaré y agitaré el banderín –dijo Adam.

–Perfectamente. Adiós... ¡Cielos, qué miedo tengo!

El coche se precipitó al centro de la pista, esquivó una colisión por unos centímetros, giró y desapareció con un rugido carretera arriba.

–Oye una cosa Archie, ¿está bien eso de conducir borracho un

coche de carreras en una competición? ¿No la expulsarán, o algo por el estilo?

–No, no, no es nada. Todos están borrachos.

–¿Seguro?

–Seguro.

–¿Todos?

–Absolutamente todos. Borrachos como cubas.

–Entonces todo va bien. Vamos a tomar un trago.

De modo que subieron nuevamente la colina, pasaron por entre los boy scouts y llegaron a la tienda de refrescos.

No pasó mucho tiempo antes de que se tuvieran noticias de miss Runcible.

–Atención todos –anunció el altavoz–. El número 13, el Plunket-Bowse inglés conducido por miss Agatha, chocó en el Recodo del Vértigo con el número 28, el Omega italiano pilotado por el capitán Marino. El número 13 se enderezó y continuó la carrera. El número 28 volcó y se ha retirado.

–Muy bien hecho, Agatha –dijo Archie.

Y unos minutos más tarde:

–Atención todos. El número 13, el Plunket-Bowse inglés conducido por miss Agatha, acaba de completar la vuelta en nueve minutos cuarenta y un segundos. Esto constituye el récord del circuito.

Patrióticos aplausos estallaron por todas partes, y en la tienda se bebió ampliamente a la salud de miss Runcible.

Unos minutos después:

–Atención todos. Tengo que corregir el anterior anuncio de que el número 13, el Plunket-Bowse inglés conducido por miss Agatha, había establecido el récord del circuito. Los jueces informan que el número 13 se salió de la pista después del pasó a nivel y recorrió ocho kilómetros a campo través, hasta entrar de nuevo en la pista en el Recodo del León Rojo. Por lo tanto, la vuelta ha sido anulada por los jueces.

Pocos minutos más tarde:

–Atención todos. El número 13, el Plunket-Bowse inglés conducido por miss Agatha, se ha retirado de la carrera.

Desapareció de la pista hace un rato, al virar a la izquierda en lugar de hacerlo a la derecha en el Recodo de la Iglesia, y la última vez que se lo vio se dirigía rumbo al sur por el camino lateral, aparentemente fuera de control.

–Caramba, qué suerte tengo –dijo Miles–. Un relato realmente bueno en el segundo día que estoy en el periódico. Esto me será muy útil en el *Excess... muy* enriquecedor.

Y se dirigió apresuradamente a la tienda-correo, que era una de las comodidades de que se gozaba en la pista, para despachar un largo relato sobre el desastre de miss Runcible.

Adam lo acompañó y envió un telegrama a Nina:

Comandante borracho en tienda refrescos no fraudulento treinta y cinco mil casados mañana todo perfecto Agatha desaparecida cariños Adam.

–Parece bastante claro –dijo.

Después fueron a la tienda-hospital –otra de las comodidades de la pista– para ver cómo seguía el amigo de Miles. El hombre parecía dolorido y se mostró ansioso por su coche.

–Creo que es una gran desconsideración de su parte –dijo Adam–. Tendría que estar preocupado por Agatha. Eso no hace más que demostrar...

–Los automovilistas *son* desconsiderados –dijo Miles con un suspiro.

De pronto el capitán Marino fue llevado en una camilla. Se volvió de costado con un profundo gemido y escupió al amigo de Miles cuando pasó junto a él. También escupió al médico que acudió a vendarlo, y mordió a uno de los enfermeros auxiliares.

En la tienda-hospital todos dijeron que el capitán Marino no era un caballero.

No había posibilidades de salir de allí antes de que terminase la carrera, según se informó Archie, y la carrera no terminaría antes de dos horas, por lo menos. El torrente de coches daba vueltas y vueltas. De vez en cuando los boy scouts colocaban una gran letra R roja contra uno u otro de los números, a medida que las dificultades mecánicas o los choques o el Recodo del Vértigo cobraban su tributo. Una larga fila se extendía a lo largo de la cima

de la colina, partiendo de la puerta de la tienda de los refrigerios. Y de pronto comenzó a llover. No había más remedio que volver al bar.

Al caer la noche, el último coche completó el circuito. El trofeo de plata dorada fue entregado al vencedor. El altavoz transmitió *God Save The King* y un alegre *Good-bye... everybody*. La cola ante la tienda-comedor fue respetuosamente informada de que no se servirían más comidas. Las camareras de la tienda de los refrigerios dijeron: «Todos los vasos, damas y caballeros, por favor.» Las ambulancias comenzaron el recorrido final de la pista para recoger a los supervivientes. Luego Adam y Miles y Archie Schwert se dirigieron en busca de su coche.

La noche cayó durante el viaje de regreso. Necesitaron una hora para llegar al pueblo. Adam, Miles y Archie Schwert no hablaron mucho. El efecto de la bebida ingerida había entrado en su etapa secundaria, vívidamente descrita en los manuales de sobriedad, cuando la momentánea ilusión de bienestar y alborozo cede su lugar a la melancolía, la indigestión y el decaimiento moral. Adam trató de concentrar el pensamiento en su súbita riqueza, pero aquel parecía incapaz de mantenerse en tan alto pináculo, y cuantas veces lo impelía hacia arriba, otras tantas resbalaba, impotente, hacia su incomodidad física del momento.

La lenta procesión en que se movían los condujo por azar al centro del pueblo y a la puerta delantera sobriamente iluminada del Hotel Imperial. Un flujo torrencial de mojados y hambrientos entusiastas del automovilismo pasaba por las puertas giratorias y se arremolinaba en ellas.

–Me moriré si no como algo en seguida –dijo Miles–. Dejemos a Agatha hasta que hayamos cenado.

Pero el gerente del Imperial no se mostró impresionado por el número ni la necesidad, y virilmente defendió la integridad de la administración británica de hoteles. El té, explicó, se servía diariamente en el Patio de las Palmeras, con orquesta los jueves y sábados entre las cuatro y las seis. Una cena *table d'hôte* se servía en el comedor entre las siete y media y las nueve. Una cena *à la carte* era servida también en el *grill-room* al mismo tiempo. En ese

momento eran las seis y veinte. Si los caballeros querían regresar dentro de una hora y diez minutos, haría todo lo posible para servirles, pero no podía prometerles una reserva de mesa. Ese día había mucho trajín. Se habían celebrado carreras automovilísticas en las cercanías, explicó.

El botones se mostró más sutil, y les dijo que había un salón de té-restaurante, llamado Café Royal, un poco más abajo, en la calle Mayor, cerca del cine. Sin embargo, por lo visto les había dicho lo mismo a todos los que llegaban, porque el Café Royal estaba atestado y desbordado. Todos estaban furiosos, pero solo los más sarcásticos y altaneros conseguían mesa, y solo los groseros e insultantes conseguían comida. Adam, Miles y Archie Schwert probaron suerte entonces en otros dos salones de té, uno dirigido por «damas» llamado El Indio Honrado, y un comedor para obreros y una tienda en la que vendían pescado frito. Al final compraron una bolsita de bizcochos surtidos y los comieron en el Patio de Palmeras del Imperial, manteniendo un lúgubre silencio.

Eran ya las nueve pasadas, y Adam recordó su cita en el bar del hotel. También allí, como era de temer, había un denso gentío. Algunos de los Reyes de la Velocidad habían aparecido, rosados después del baño, con frac y camisa blanca almidonada, cada uno rodeado por un círculo de admiradores. Adam forcejeó para acercarse al bar.

–¿Ha visto a un comandante borracho? –preguntó.

La camarera lanzó un bufido.

–Por supuesto que no –repuso–. Yo no le habría servido bebida, si *hubiese* venido. No permito que haya gente con esa descripción en *mi* bar. *¡Vaya una idea!*

–Bueno, quizá no esté borracho ahora. ¿Pero ha visto a un hombre robusto, carirrojo, con monóculo y bigote con las guías retorcidas hacia arriba?

–Bien, había alguien parecido hace un rato. ¿Es amigo suyo?

–Necesito verlo urgentemente.

–Bien, lo único que puedo decirle es que me gustaría que lo encontrara, pero no lo vuelva a traer aquí. Se portó de forma espantosa. Rompió dos vasos y se mostró muy pendenciero con los

demás caballeros. Tenía tres o cuatro billetes de una libra en una mano. Los agitaba continuamente y decía: «¿Saben una cosa? Hoy me he encontrado con un bobo. Le debo treinta y cinco mil libras y me ha prestado un billete de cinco.» Bueno, esa no es forma de hablar delante de desconocidos, ¿verdad? Se fue hace diez minutos. Y le aseguro que me alegré de verle marchar.

–¿De verdad que dijo eso... que se había encontrado con un bobo?

–No dejó de decirlo durante todo el tiempo que estuvo aquí... sumamente monótono.

Pero cuando Adam salió del bar, vio al comandante saliendo del lavabo de hombres. Caminaba con suma deliberación y contempló a Adam con mirada vidriosa y ausente.

–¡Eh! –gritó Adam–. ¡Eh!

–Hola –saludó el comandante, con tono distante.

–Oiga –dijo Adam–. ¿Qué hay de mis treinta y cinco mil libras?

El comandante borracho se detuvo y se ajustó el monóculo.

–Treinta y cinco mil cinco libras –dijo–. ¿Qué pasa con ellas?

–Bueno, ¿dónde están?

–A salvo. Banco de Inglaterra Nacional y Provincial Unido, Limitado. Una compañía perfectamente sólida y honrada. Les confiaría más que eso, si tuviera más. Les confiaría un millón, viejo, de veras que sí. Una de esas magníficas compañías de antes, ¿sabe? Ahora ya no las hay como esa. Le confiaría mi esposa y mis hijos a ese banco... No piense que he puesto su dinero en alguna institución inadecuada, viejo. Ya debería conocerme lo bastante para saberlo...

–No, claro que no. Es muy bondadoso de su parte el haberlo cuidado de ese modo... Pero usted dijo que esta noche me daría un cheque... ¿No se acuerda?

El comandante borracho lo miró con expresión de astucia.

–Ah –dijo–. Eso es otra cosa. Le dije a *alguien* que le daría un cheque. ¿Pero cómo sé que fue a usted...? Tengo que obrar con mucho cuidado, ¿sabe? Supongamos que usted es un ladrón disfrazado. No digo que lo sea, ¿entiende?, pero supongámoslo.

¿Qué pasaría entonces? En un caso como este es preciso considerar todos los aspectos.

–¡Oh, Dios mío...! Aquí tengo dos amigos que jurarán que soy Adam Symes. ¿No es bastante eso?

–Podrían ser una pandilla. Además *yo* no sé si el nombre del sujeto que me dio las mil libras *era* Adam No sé Cuántos. No tengo más que su palabra, en ese sentido. Le diré qué vamos a hacer –dijo el comandante sentándose en una mullida butaca–. Me iré a echar un sueñecito. Un rato apenas. Y le comunicaré mi decisión cuando despierte. No piense que soy suspicaz, viejo, pero debo tener cuidado... es dinero ajeno, ¿sabe? –Y cayó dormido.

Adam se abrió paso por entre la muchedumbre hacia el Patio de las Palmeras, donde había dejado a Miles y Archie. Acababan de tenerse noticias del número 13. Habían encontrado el coche abollado en el cruce del mercado de una gran aldea, a veinticinco kilómetros de distancia (con irreparable daño para un monumento que ya había sido elegido para su conservación por la Oficina de Obras Públicas). Pero no había señales de miss Runcible.

–Supongo que tendríamos que hacer algo –dijo Miles–. Este es el día más desdichado de mi vida. ¿Conseguiste tu fortuna?

–El comandante estaba demasiado bebido como para reconocerme. Se quedó dormido.

–*¡Bueno...!*

–Tenemos que ir a esa condenada aldea y buscar a Agatha.

–No puedo dejar al comandante. Quizá despertará pronto y le dará la fortuna a la primera persona que vea.

–Vayamos a sacudirle para que nos dé la fortuna ahora mismo –dijo Miles.

Pero eso resultó impracticable, porque cuando llegaron al sillón en que lo había dejado Adam, el comandante borracho había desaparecido.

El portero recordó claramente haberlo visto salir. Le había puesto una libra en la mano, diciendo: «Hoy me encontré con un bobo.» Y se dirigió en taxi a la estación.

–¿Sabes? –se lamentó Adam–. Creo que nunca recibiré esa fortuna.

–Bueno, no veo que tengas muchos motivos para quejarte –dijo Archie–. No estás peor que nosotros. *Yo* he perdido cinco libras y cinco botellas de champán.

–Es verdad –repuso Adam, más consolado.

Subieron al coche y viajaron bajo la lluvia hasta la aldea en que habían encontrado el Plunket-Bowse. Y allí estaba, todavía humeante y parcialmente irreconocible, rodeado por admirados aldeanos. Un policía con capa impermeable hacía lo posible para conservarlo intacto de las incursiones de los cazadores de recuerdos que recogían los fragmentos más pequeños.

Nadie parecía haber presenciado el desastre. Los miembros más jóvenes de la comunidad estaban todos en las carreras, mientras que los mayores se encontraban dedicados a la siesta. A uno le pareció escuchar el estruendo de un choque.

Sin embargo, las investigaciones en la estación del ferrocarril revelaron que una joven, de aspecto desgreñado, que llevaba un brazalete, había aparecido en la ventanilla de despacho de billetes, aquella tarde temprano, para preguntar en qué pueblo se hallaba. Cuando se le informó, dijo que bueno, que ojalá no estuviese allí, porque alguien había dejado una enorme llave inglesa de piedra en mitad del camino. Admitió que tenía una sensación extraña. El jefe de estación le preguntó si quería entrar a sentarse, y se ofreció a llevarle un poco de coñac.

–No, no, basta de coñac –respondió ella, y compró un billete de primera clase para Londres. Había partido en el tren de las 3.25.

–De modo que todo va bien –dijo Archie.

Salieron de la aldea y muy pronto encontraron un hotel en la Gran Carretera del Norte, donde cenaron y pasaron la noche. Llegaron a Londres al día siguiente, a la hora del desayuno, y se enteraron de que miss Runcible había sido encontrada aquella mañana temprano contemplando fijamente un modelo de automóvil situado en el hall central de la estación de Euston. En respuesta a algunas bondadosas preguntas, dijo que, por lo que sabía, no tenía nombre alguno, y señaló el brazalete como para confirmar el hecho. Había

venido en un coche, explicó, en un coche que no quería detenerse. Estaba lleno de chinches que ella trató de matar con gotas de loción para la cara. Una de ellas le arrojó una llave inglesa. En el camino había una cosa de piedra. No tenían por qué poner símbolos como ese en mitad de la carretera, ¿verdad?

De modo que la llevaron a una casa de reposo situada en la calle Wimpole y la tuvieron durante cierto tiempo en una habitación a oscuras.

XI

Adam llamó a Nina por teléfono.

–Querido, me he sentido muy dichosa al recibir tu telegrama. ¿Es verdad?

–No, me temo que no.

–¿El comandante *es* un farsante?

–Sí.

–¿No tienes nada de dinero?

–No.

–¿No nos casaremos hoy?

–No.

–Entiendo.

–¿Y?

–He dicho que entiendo.

–¿Y eso es todo?

–Sí, eso es todo, Adam.

–Lo siento.

–Yo también lo siento. Adiós.

–Adiós, Nina.

Más tarde Nina telefoneó a Adam.

–Querido, ¿eres tú? Tengo que decirte algo espantoso.

–¿Sí?

–Te pondrás furioso.

–¿Y bien?

–Me he comprometido.

–¿Con quién?

–Me parece que no puedo decírtelo.

–¿Con quién?

–Adam, no te enfadarás, ¿verdad?

–¿Quién es?

–Pelirrojo.

–No lo creo.
–Bueno, pues es él. Y no hay nada más que decir.
–¿Piensas casarte con Pelirrojo?
–Sí.
–Entiendo.
–¿Y?
–He dicho que entiendo.
–¿Y eso es todo?
–Sí, eso es todo, Nina.
–¿Cuándo volveré a verte?
–No quiero verte nunca más.
–Entiendo.
–¿Y?
–He dicho entiendo.
–Bueno, adiós.
–Adiós... Lo siento, Adam.

XII

Diez días después Adam compró unas flores en la esquina de la calle Wigmore y fue a visitar a miss Runcible al sanatorio. Previamente se le hizo pasar al despacho de la directora. La mujer tenía numerosas fotografías en marcos de plata y un terrier de aspecto sumamente malévolo. Fumaba con ansiedad un cigarrillo, haciendo leves ruiditos de succión.

–Me estaba tomando un momento de descanso en mi refugio –explicó la directora–. Échate, Manchas, échate. Ya veo que le gustan los perros –agregó cuando Adam le propinó una desganada palmadita en la cabeza a Manchas–. ¿De manera que quiere ver a miss Runcible? Bueno, pero antes tengo que prevenirle que no hay que excitarla en modo alguno. Ha sufrido una grave conmoción. ¿Puedo preguntarle si es usted un pariente?

–No, solo un amigo.

–Un amigo *especial*, quizá, ¿eh? –preguntó la directora con picardía–. No importa, le ahorraré los sonrojos. Suba a verla. Pero no más de cinco minutos, recuérdelo, porque de lo contrario iré a sacarlo de allí.

En la escalera flotaba un olor a éter que recordó a Adam los tiempos en que, esperando para llevarla a comer, había estado sentado en la cama de Nina mientras ella se pintaba. (Invariablemente le hacía volverse de espaldas hasta que terminaba, ya que tenía un agudo sentido de la modestia en cuanto a esa parte de su tocado, en curioso contraste con algunas muchachas que hubieran muerto antes que dejarse ver en ropa interior pero que, sin embargo, exhibían abiertamente el rostro sin pintar delante de cualquiera.)

El pensar mucho en Nina le causaba a Adam un profundo dolor.

En la parte exterior de la puerta de miss Runcible colgaba un interesantísimo diagrama que mostraba las fluctuaciones de su

temperatura y pulso y muchos otros detalles curiosos de su mejoría. Adam lo estudió con agrado hasta que una enfermera, que llevaba una bandeja de relucientes instrumentos quirúrgicos, le lanzó tal mirada que se vio obligado a abandonar su actividad.

Miss Runcible yacía en una cama alta, estrecha, en una habitación sumida en la oscuridad.

Una enfermería tejía a su lado cuando Adam entró. Se puso en pie, dejando caer varios objetos que tenía en el regazo, y dijo:

–Alguien ha venido a visitarla, querida. Recuerde que no tiene que conversar mucho. –Cogió las flores que llevaba Adam y dijo–: Mire qué encantadoras. ¿No es usted una muchacha afortunada? –Y salió de la habitación con ellas. Un momento más tarde regresó trayéndolas en un jarrón con agua–. Ahí tiene, estaban sedientas –dijo–. Cómo les gusta volver a sentir el agua hermosa y fresca.

Y volvió a salir.

–Querido –dijo una débil voz desde la cama–, no puedo ver quién eres. ¿Querrías tomarte la molestia de descorrer las cortinas?

Adam cruzó la habitación y dejó que entrara la luz de la gris tarde de diciembre.

–Querido mío, qué deslumbrante. En el armario hay algunas cosas para preparar cócteles. Prepárame uno grande. A las enfermeras les encanta. Este es un sanatorio magnífico, Adam, solo que las enfermeras están muertas de hambre, y en la habitación de al lado hay un joven que le quita a una el aliento, y a cada momento asoma la cabeza y me pregunta cómo me encuentro. *Él* se cayó de un *aeroplano*, cosa que me parece espléndida, ¿verdad?

–¿Cómo te sientes, Agatha?

–Bueno, más bien rara, para ser honesta... ¿Cómo está Nina?

–Se ha comprometido..., ¿no lo sabías?

–Querido, a las enfermeras solo les interesa la princesa Elizabeth. Cuéntame.

–Con un joven llamado Pelirrojo.

–*¿Y bien?*

–¿No te acuerdas de él? Vino con nosotros después de la fiesta en el dirigible.

–¿El que se estropeó?

–No, el otro.

–No me acuerdo. ¿Nina lo llama Pelirrojo?

–Sí.

–¿Por qué?

–Él le pidió que lo llamara así.

–*¿Y bien?*

–Solía jugar con él cuando eran niños. De modo que se casará con él.

–Querido, ¿no es eso penoso para ti?

–Estoy desesperado. Estoy pensando en suicidarme como Simon.

–No hagas eso, querido... ¿Se suicidó Simon?

–Querida, ya sabes que se suicidó. La noche en que comenzaron todas aquellas demandas por calumnia.

–Ah, *ese* Simon. Pensé que te referías a *Simon*.

–¿Quién es Simon?

–El joven que se cayó del avión. Las enfermeras lo llaman Simon el Bobo porque la caída le afectó el cerebro... pero, Adam, siento *mucho* lo de Nina. Te diré qué haremos. En cuanto esté bien otra vez, haremos que Mary Ratón ofrezca una encantadora fiesta para alegrarte.

–¿No te has enterado de lo de Mary?

–No, ¿qué pasa?

–Se ha ido a Montecarlo con el maharajá de Pukkapore.

–*Caramba*, ¿no están furiosos los Ratones?

–Está recibiendo instrucción religiosa antes de su recepción oficial como concubina real. Luego se irán a la India.

–Cómo *desaparece* la gente, Adam. ¿Has cobrado el dinero del comandante borracho?

–No, también él desapareció.

–¿Sabes?, durante todo el tiempo que estuve chiflada tuve los sueños más espantosos. Soñaba que todos nosotros dábamos vueltas y vueltas en una pista de carreras, y no podíamos parar, y había un enorme público compuesto de escritores de columnas de chismorreos y de asistentes de gorra a fiestas privadas y de Archies Schwerts y gente por el estilo, todos gritando juntos que aceleráramos, y coche tras coche iban chocando, hasta que solo

quedé yo, dando vueltas y vueltas... y luego yo también chocaba y despertaba.

Entonces se abrió la puerta y entró Miles impetuosamente.

–Agatha, Adam, queridos míos. La de *rato* que he pasado tratando de entrar. No puedo decir lo horrible que se mostró la gente de abajo. Primero les dije que era lord Chasm, y no sirvió de nada. Y les dije que era uno de los médicos, y tampoco sirvió. Y les dije que era tu novio, y *eso* no dio ningún resultado. Y dije que escribía una columna de chismes de sociedad, y entonces me dejaron subir en el acto, y me dijeron que no tenía que excitarte, pero ¿querría escribir algo sobre el sanatorio? ¿Y *cómo* estás, Aggie, querida? Te he traído algunos discos nuevos.

–Eres un ángel. Oigámoslos. Debajo de la cama hay un gramófono.

–Hoy va a venir mucha gente más a verte. Los vi durante el almuerzo en casa de Margot. Johnny Hoop y Van y Archie Schwert. Me pregunto si conseguirán entrar.

Consiguieron entrar.

De modo que muy pronto hubo toda una reunión, y apareció Simon, el de al lado, envuelto en una alegre bata, y pusieron los nuevos discos y miss Runcible movió bajo los cobertores sus piernas vendadas, al compás del ritmo de la música negra.

Al final llegó Nina, encantadora pero con aspecto enfermizo.

–Nina, he oído que te has comprometido.

–Sí, es una suerte. Mi padre acaba de invertir todo su dinero en una película y lo ha perdido.

–Querida, eso no tiene ninguna importancia. Mi papá perdió su dinero dos veces. No significa nada. Esa es una de las cosas que hay que aprender en relación con las pérdidas de dinero... ¿Es cierto que lo llamas Pelirrojo?

–Bien, sí, solo que, Agatha, por favor, no me molestes.

Y en el gramófono sonaba la canción que el negro había cantado en el Café de la Paix.

Y en eso entró la enfermera.

–Desde luego, qué ruidosos son, vaya –dijo–. No sé qué diría la directora si los oyera.

–¿Quiere un bombón, hermana?

–*¡Ooh, bombones!*

Adam preparó otro cóctel.

Miles se sentó en la cama de miss Runcible, cogió el teléfono y dictó unas frases sobre la casa de reposo.

–Lo que es tener un amigo en la prensa –dijo la enfermera.

Adam le llevó el cóctel.

–¿Puedo tomármelo? –preguntó ella–. Espero que no lo haya preparado muy fuerte. Suponga que se me sube a la cabeza... ¿Qué pensarían los pacientes si la hermana entrara borracha? Bueno, si está *seguro* de que no me hará daño, gracias.

... Ayer visité a la Honorable Agatha Runcible, coma, la encantadora hija de lord Chasm, coma, en la casa de reposo de la calle Wimpole donde se recobra de los efectos del accidente automovilístico recientemente descrito en esta columna, punto. Miss Runcible recibió a una gran cantidad de personas entre las que se contaban...

Adam, repartiendo cócteles, se acercó a Nina.

–Creía que no teníamos que volver a vernos.

–Es inevitable, ¿no te parece?

–Agatha tiene mejor aspecto de lo que esperaba, ¿verdad? Qué sanatorio tan divertido.

–Nina, tengo que volver a verte. Ven esta noche a casa de Lottie, a cenar conmigo.

–No.

–*Por favor*.

–No. A Pelirrojo no le gustaría.

–Nina, ¿estás enamorada de él?

–No, creo que no.

–¿Estás enamorada de mí?

–No sé... una vez lo estuve.

–Nina, me siento muy desgraciado por no poder verte. Ven a cenar conmigo esta noche. ¿Qué puede haber de malo en ello?

–Querido, sé perfectamente cómo terminará eso.

–Bueno, ¿y por qué no?

–¿Sabes?, Pelirrojo no es como nosotros en ese sentido. Se pondría furioso.

–Bien, ¿y yo? ¿No tengo derecho?

–Querido, no te hagas el duro. Además, solía jugar con Pelirrojo de niña. Entonces tenía un cabello precioso...

... Mr. «Johnny» Hoop, cuyas memorias aparecerán publicadas el próximo mes, me dijo que tiene la intención de dedicarse a la pintura en el futuro, y piensa ir a París a estudiar, en primavera. Ingresará en el estudio de...

–Por última vez, Nina...

–Bueno, supongo que tengo que aceptar.

–*¡Angel mío!*

–Creo que sabías que aceptaría.

... Miss Nina Blount, cuyo compromiso con Mr. «Pelirrojo» Littlejohn, el conocido jugador de polo... Mr. Schwert...

–Si fueses tan rico como Pelirrojo, Adam, o solo la mitad de rico... O si tuvieses algo de dinero...

–Bueno –dijo la directora, que se presentó de improviso–. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de cócteles y gramófonos en un caso de conmoción? Hermana Briggs, corra esas cortinas inmediatamente. Salgan todos ustedes. He conocido pacientes que han muerto por mucho menos que esto.

En verdad, miss Runcible mostraba ya signos de cansancio. Estaba sentada en la cama, con una sonrisa delirante, y saludaba con la cabeza a imaginarios visitantes.

–*Querida* –decía–. *Qué* divino... *¿cómo* estás? ¿Y cómo estás tú? Qué angelical que hayáis venido... solo que debéis tener cuidado de no volcar en las curvas... oh, lo esquivé. Ahí va ese perverso coche

italiano... ojalá supiese qué son todos estos aparatos del coche... querido, trata de conducir más recto, cariño, casi chocas conmigo... más rápido...

–Está bien, miss Runcible, está bien. No se excite –dijo la directora–. Hermana Briggs, vaya a buscar la bolsa de hielo, en seguida.

–Son todos amigos –dijo miss Runcible lanzando una sonrisa radiante–. Más rápido... más rápido... ya se detendrá cuando llegue el momento...

Aquella noche la temperatura de miss Runcible subió vertiginosamente en el diagrama, de una forma que despertó gran interés en el sanatorio. La hermana Briggs, mientras bebía su nocturna taza de cacao, dijo que lamentaría perder el caso. Una muchacha tan buena e inteligente... pero demasiado excitable.

En el Hotel Shepheard, Lottie le dijo a Adam:

–Ese individuo ha venido a buscarlo otra vez.

–¿Qué individuo, Lottie?

–¿Qué sé yo qué individuo? El mismo de antes.

–No me dijo nada de ningún individuo.

–¿No? Bueno, tenía la intención de decírselo.

–¿Qué quería?

–No sé... algo relacionado con dinero. Dijo que volvería mañana.

–Bueno, dígale que me he ido a Manchester.

–Muy bien, querido... ¿Qué le parecería un vasito de vino?

Por la noche, más tarde, Nina dijo:

–No pareces divertirte mucho esta noche.

–Lo siento, ¿parezco muy aburrido?

–Creo que me iré a casa.

–Sí.

–Adam, querido, ¿qué te ocurre?

–No sé... Nina, ¿alguna vez has sentido que las cosas no pueden

continuar así?

–¿Qué quieres decir con «las cosas»? ¿Nosotros o todo? –Todo.

–No. Ojalá lo sintiera.

–Supongo que tienes razón. ¿Qué estás buscando?

–Mi ropa.

–¿Para qué?

–Oh, Adam, *¿qué* quieres? Esta noche estás imposible. –No hablemos más, Nina, ¿te parece?

Más tarde dijo:

–Daría cualquier cosa por tener algo distinto.

–¿Distinto de mí o distinto de todo?

–Distinto de todo... solo que no tengo nada... ¿De qué sirve hablar?

–Oh, Adam, queridísimo.

–¿Sí?

–Nada.

Cuando Adam bajó, a la mañana siguiente, Lottie bebía su copa de champán matinal, en la sala.

–De modo que el pajarillo ha volado, ¿eh? Siéntese y beba una copa de vino. Ese acreedor ha vuelto a venir. Le dije que estaba en Manchester.

–Espléndido.

–Pareció enojarse un poco. Dijo que iría a buscarlo.

–Mejor que mejor.

Y entonces ocurrió algo que Adam venía temiendo desde hacía días. Lottie dijo de repente:

–Y ahora que me acuerdo. ¿Qué hay de *mi* cuentita?

–Ah, sí –repuso Adam–. Tenía la intención de pedírsela. Hágala y envíemela en cualquier momento, ¿quiere?

–La tengo aquí. ¡Caray, cuánto ha bebido!

–Sí, ¿verdad? ¿Está segura de que parte de este champán no es

del juez?

–Bien, puede ser –admitió Lottie–. De vez en cuando se confunden un poco las cuentas.

–Bueno, muchas gracias. Ya le enviaré un cheque.

–No, querido –dijo Lottie–. Extiéndamelo ahora. Aquí tiene la pluma, aquí la tinta y aquí el talonario de cheques.

(En casa de Lottie las cuentas se entregan con poca frecuencia y regularidad, pero cuando llegan es imposible escapar de ellas.) Adam extendió un cheque por setenta y ocho libras y dieciséis chelines.

–Y dos peniques por el cheque –dijo Lottie.

Y dos peniques, agregó Adam.

–Es un tesoro –dijo Lottie, secando el cheque y guardándolo en un cajón–. Pero ¡mire quién viene! El propio No sé Cuántos en persona.

Era Pelirrojo.

–Buenos días, Mrs. Crump –dijo, con tono un tanto rígido.

–Venga y siéntese y beba un vaso de vino, querido. Pero ¡si lo conozco desde que nació!

–Hola, Pelirrojo –dijo Adam.

–Mira, Symes –empezó Pelirrojo mirando con turbación la copa de champán que le habían puesto en la mano–. Quiero hablar contigo. Quizá podamos ir a alguna parte donde no nos molesten.

–Benditos sean, chicos, no los molestaré –dijo Lottie–. Conversen todo lo que quieran. Yo tengo muchas cosas que hacer.

Salió de la sala, y muy pronto se oyó su voz, encolerizada, gritando al camarero italiano.

–¿Y bien? –inquirió Adam.

–Mira, Symes –dijo Pelirrojo–, lo que quiero decirte, o mejor, lo que voy a decirte puede parecerte condenadamente desagradable, ¿sabes?, y todo lo demás, pero mira, ¿sabes?, maldita sea, quiero decir, ha ganado el mejor... y no quiero decir con eso que yo sea el *mejor* de los dos. Ni se me pasaría por la imaginación. Y, de todos modos, Nina es demasiado buena para cualquiera de los dos. Solo que yo he tenido más suerte. Muy mala suerte para ti, quiero decir, y

todo eso, pero aun así, si se piensa un poco, en fin de cuentas, ea, maldita sea, quiero decir... ¿me entiendes?

–No del todo –respondió Adam bondadosamente–. Dímelo otra vez. ¿Se trata de algo concerniente a Nina?

–Sí –dijo Pelirrojo precipitadamente–. Nina y yo estamos comprometidos, y no quiero que tú te metas entre nosotros o habrá líos.

Hizo una pausa, sorprendido ante su propia elocuencia.

–¿Qué te hace pensar que me estoy metiendo?

–Bueno, maldición, ella cenó contigo ayer, ¿no es cierto?, y se quedó hasta muy tarde.

–¿Cómo sabes hasta qué hora se quedó?

–Bueno, pues, ¿sabes?, quería hablar con ella acerca de algo muy importante, de modo que le telefoneé una o dos veces, y no obtuve respuesta hasta las tres de la mañana.

–Supongo que la llamarías cada diez minutos...

–Oh, no, maldita sea, no con tanta frecuencia –dijo Pelirrojo–. No, no con tanta frecuencia. Sé que parece muy poco deportivo, y todo lo demás, pero, ¿sabes?, quería hablar con ella, y, de todos modos, cuando conseguí comunicar me dijo que no se encontraba bien y que no quería hablar. *Bueno, vaya*... A fin de cuentas, quiero decir, uno es un caballero. No es como si tú fueras una especie de amigo de la familia, ¿no es cierto? Quiero decir, tú estuviste en cierto modo comprometido con ella en una ocasión, ¿no es así? Bien, ¿y qué habrías pensado si yo me hubiese entrometido? Tienes que verlo así, también desde mi punto de vista, ¿no es cierto?

–Bueno, creo que eso es lo que sucedió.

–Oh, no, mira, Symes, quiero decir, maldita sea. No tienes que decir cosas como esa. ¿Sabes?, todo el tiempo que estuve en Oriente tenía la fotografía de Nina sobre la cama, de verdad que sí. Supongo que pensarás que eso es sentimentalismo y todo lo demás, pero lo que quiero decir es que no dejé de pensar en esa muchacha ni un solo instante mientras estuve ausente. Ten en cuenta que había muchas chicas terriblemente divertidas, y no digo que a veces no tratara con ellas, ¿sabes?, tenis y gymkhanas y todo eso, y baile por las noches, pero nunca nada serio, ¿sabes? Nina

era la única muchacha en quien realmente pensaba, y había resuelto que cuando volviese la buscaría, y si ella me aceptaba... ¿entiendes lo que quiero decir? De modo que ya ves que tiene que ser muy desagradable para mí cuando alguien se entromete. Tienes que darte cuenta de eso.

–Sí –dijo Adam.

–Y hay otra cosa, ¿sabes?, sentimiento y todo eso aparte. Quiero decir que Nina es una muchacha a quien le agrada la buena ropa y todas esas cosas, ¿sabes?, comodidades y demás. Bueno, lo que quiero decir, claro, el padre es un anciano encantador, uno de los mejores, pero es un burro en cuanto al dinero, no sé si me comprendes. Me refiero a que Nina pasará penurias, y todo eso, y me refiero a que tú no tienes una cantidad excesiva de dinero, ¿no es cierto?

–No tengo nada.

–No, quiero decir, eso es lo que quiero decir. *Muy mala suerte para ti*. Nadie piensa mal de ti por eso, al contrario, te respeto, quiero decir, por eso de ganarte la vida y demás. En la actualidad hay mucha gente que no tiene dinero. Podría citarte los nombres de una docena de excelentes individuos, absolutamente respetables, que no tienen ni un penique. No, lo que quiero decir es que, cuando se trata de casamiento, entonces eso sí que tiene importancia, ¿no es cierto?

–Lo que yo he estado tratando de decir durante todo el tiempo es: ¿no estás seguro de Nina?

–Oh, bobadas, mi querido amigo, tonterías. Maldición, tengo una gran confianza en Nina, por supuesto. A fin de cuentas, maldita sea, ¿qué significa estar enamorado si no se tiene confianza en una persona?

«¿Qué, en efecto?», pensó Adam, y dijo en voz alta:

–Y bien, Pelirrojo, dime la verdad. ¿Cuánto vale Nina para ti?

–¡Buen Dios, qué pregunta más extraña! ¡Todo en el mundo, por supuesto! Por esa chica pasaría por el fuego y el agua.

–Bueno, te la vendo.

–No... pero... oye... buen Dios... quiero decir... maldición.

–Te venderé mi parte de ella por cien libras.

–¡Finges estar enamorado de Nina y hablas de ella de ese modo! ¡Eso no es decente! Además, cien libras es demasiado. Quiero decir, casarse es una cuestión muy costosa, ¿sabes? Y estoy a punto de recibir un par de ponies de polo de Irlanda. Eso me costará muchísimo, entre una cosa y otra.

–Cien libras al contado y te dejo a Nina. Creo que es barato.

–Cincuenta.

–Cien.

–Setenta y cinco.

–Cien.

–Maldita sea si pago más de setenta y cinco.

–Aceptaré setenta y ocho libras, dieciséis chelines y dos peniques. No puedo rebajar nada más.

–Muy bien, te pagaré eso. *¿Y te apartarás de verdad?*

–Lo intentaré, Pelirrojo. Bebe una copa.

–No, gracias... Esto demuestra de qué se ha librado Nina... pobrecita.

–Adiós, Pelirrojo.

–Adiós, Symes.

–¿El joven Cómo se Llama se va? –preguntó Lottie apareciendo en la puerta–. Estaba pensando en una copita.

Adam fue al teléfono...

–Hola, ¿habla Nina?

–¿Quién habla, por favor? No creo que miss Blount esté.

–Mr. Fenwick-Symes.

–Oh, Adam. Temía que fueses Pelirrojo. Me he despertado con la sensación de que no podría aguantarlo. Me llamó ayer por la noche cuando llegué.

–Lo sé. Nina, querida, ha sucedido algo horrible.

–¿Qué?

–Lottie me presentó la cuenta.

–Querido, ¿qué *hiciste?*

–Bien, hice algo más bien poco habitual. Querida, te he vendido...

–Querido... *¿a quién me has vendido?*

–A Pelirrojo. Ha pagado setenta y ocho libras, diecisés chelines y dos peniques.

–*¿Y bien?*

–Y ahora no volveré a verte nunca más.

–Oh, pero Adam, me parece una bestialidad de tu parte. No quiero volver a verte nunca más.

–Lo siento... Adiós, Nina querida.

–Adiós, Adam, cariño. Pero creo que eres un canalla.

Al día siguiente, Lottie le dijo a Adam:

–¿Se acuerda de aquel individuo que le dije que había venido a buscarlo?

–¿El acreedor?

–Bueno, no era un acreedor. Acabo de acordarme. Es un sujeto que solía venir muy a menudo hasta que tuvo una riña con un canadiense. Estuvo aquí la noche en que Flossie se ahorcó en la araña.

–Entonces ¿no sería el comandante borracho?

–Ayer no estaba borracho. Por lo menos no se le notaba. Un individuo carirrojo, con monóculo. Tiene que acordarse de él, querido. El que hizo aquella apuesta para usted en el handicap de noviembre.

–Tengo que encontrarlo inmediatamente. ¿Cómo se llama?

–Ah, eso no puedo decírselo. Lo *sabía*, pero me he olvidado. Ha ido a Manchester a buscarlo. ¡Qué lástima que no lo haya visto!

Adam llamó a Nina por teléfono.

–Oye –dijo–. No hagas nada precipitado en relación con Pelirrojo. Es posible que todavía pueda rescatarte. El comandante borracho ha aparecido nuevamente.

–Pero querido, ya es tarde. Pelirrojo y yo nos hemos casado esta mañana. Estoy haciendo las maletas para nuestra luna de miel. Nos vamos en avión.

–Pelirrojo no ha querido correr ningún riesgo, ¿eh? Querida, no vayas con él.

–No, tengo que ir. Pelirrojo dice que conoce un sitio, no muy lejos de Monte, con una hermosa cancha de nueve hoyos.

–*¿Y?*

–*Sí, ya sé*... Estaremos fuera unos días. Volveremos para pasar la Navidad con papá. Quizá podamos arreglar algo cuando volvamos. Así lo espero.

–Adiós.

–Adiós.

Pelirrojo miró por la ventanilla del avión.

–¡Oye, Nina! –gritó–, cuando eras niña, ¿no tuviste que aprender una cosa de un libro de poesías que decía: *Esta isla imperial, esta tierra de majestad, este no sé cuántos Edén?* ¿Sabes a qué me refiero? *Esta dichosa raza de hombres, este pequeño mundo, esta piedra preciosa engarzada en el mar de plata*...

Este solar bendito, esta tierra, este reino, esta Inglaterra.

Esta nodriza, esta fecunda matriz de reales reyes.

Temidos por su progenie y famosos por su nacimiento...

»Ya no me acuerdo de cómo sigue. Dice algo acerca de un judío empecinado. Pero ¿sabes a qué me refiero?

–Pertenece a una obra de teatro.

–No, estaba en un libro de poesías de tapas azules.

–Yo intervine en ella.

–Bien, puede que la hayan puesto en una obra de teatro. Pero cuando yo la aprendí estaba en un libro de poesía de tapas azules. De todos modos, ¿sabes a qué me refiero?

–Sí, ¿por qué?

–Bueno, quiero decir, ¿no sientes en cierto modo, aquí arriba y mirando hacia abajo y viéndolo todo...? Quiero decir, ¿no tienes una especie de sensación muy parecida...? No sé si me comprendes.

Nina miró abajo y vio inclinado, en un extraño ángulo, un horizonte de dispersas y rojas casas suburbanas, caminos como arterias salpicados de pequeños coches; fábricas, algunas de ellas trabajando, otras vacías y en decadencia; un canal en desuso; algunas colinas distantes sembradas de villas; postes de telégrafo y

cables aéreos de energía eléctrica. Los hombres y las mujeres no eran mayores que puntitos; se casaban e iban de compras y ganaban dinero y tenían hijos. El escenario se sacudió y se inclinó nuevamente cuando el avión chocó contra una corriente de aire.

–Creo que me voy a marear –dijo Nina.

–Pobre chiquilla –dijo Pelirrojo–. Para eso están las bolsas de papel.

Muy raras veces se veía más de medio kilómetro de la negra carretera de golpe. Se desenvolvía como un rollo de película cinematográfica. En los bordes todo era confusión, una bruma arremolinada. *Más rápido, más rápido*, gritaban por encima del rugido del motor. La carretera subió repentinamente y el coche blanco se elevó en el pronunciado ascenso sin aminorar la marcha. En la cima de la colina había una curva. Dos coches habían subido, uno por cada lado, y se acercaban.

–Más rápido –gritó miss Runcible–. Más rápido.

–Cálmese, querida, cálmese. Está molestando a todos. Tiene que permanecer tranquila o no se curará jamás. Todo está bien. No hay ningún motivo para preocuparse. Ninguno en absoluto.

Trataban de acostarla. ¿Cómo se podía conducir correctamente un coche estando acostada?

Otra terrible curva. El coche se irguió sobre dos ruedas, haciendo fuerza hacia fuera. Fue atraído hacia el otro lado de la carretera, hasta que estuvo a pocos centímetros del talud. Había que frenar en las curvas, pero era imposible verlas estando acostada. Las ruedas traseras no tocaban el piso, a esa velocidad. El coche resbalaba.

–*Más rápido. Más rápido*.

El pinchazo de una aguja hipodérmica.

–No hay motivo para preocuparse, querida... *ningún motivo*... ninguno.

XIII

Se había acabado de filmar la película y todos se habían ido: Wesley y Whitefield, el obispo Philpotts y miss La Touche, Mr. Isaacs y todos sus alumnos de la Academia Nacional de Arte Cinematográfico. El parque estaba cubierto por la nieve, limpia extensión blanca, sin sombras ni manchas, salvo las minúsculas flechas anchas estampadas por los pájaros hambrientos. Los campaneros hacían su práctica final y el aire resonaba con las vibrantes campanas.

En el comedor, Florin, Mrs. Florin y Ada, la criada de quince años, disponían ramas de acebo sobre los marcos de los retratos de la familia. Florin sostenía la cesta, Mrs. Florin la escalera y Ada ponía los adornos en su lugar. El coronel Blount echaba su siesta arriba.

Florin tenía un secreto. Era un pendón de calicó blanco, de gran antigüedad, en el que, con cintas rojas, estaban dibujadas las palabras «BIENVENIDO AL HOGAR». Siempre había sabido dónde estaba, dónde podía encontrarlo: en la parte superior del baúl negro, en la buhardilla más lejana, entre dos baños de asiento y el estuche del violoncelo.

–Lo hizo la madre del coronel –explicó– cuando él se fue al colegio, y siempre lo colgaban en el vestíbulo cada vez que el coronel y Mr. Eric volvían para las vacaciones. Era la primera cosa que buscaba cuando llegaba a casa... incluso cuando era ya un hombre y estaba de permiso. «¿Dónde está mi pendón?», solía decir. Lo pondremos para miss Nina... Mrs. Littlejohn, tendría que decir.

Ada dijo que deberían poner un poco de acebo en el dormitorio del capitán y Mrs. Littlejohn.

Mrs. Florin nunca había oído hablar de acebo en un dormitorio, y no estaba segura de que no fuese de mal agüero llevarlo arriba.

–Bueno, tal vez un poco de muérdago sobre la cama –dijo Ada.

Mrs. Florin dijo que Ada era demasiado joven para pensar en esas cosas y que debería tener un poco de vergüenza.

Florin dijo que Ada podía dejar de discutir y replicar e ir al vestíbulo para colocar el pendón. Un extremo tenía que pasar por la nariz del rinoceronte, explicó, y el otro en torno al cuello de la jirafa.

Después bajó el coronel Blount.

–¿Enciendo el fuego en la sala grande? –preguntó Mrs. Florin.

–¿Fuego en la sala grande? No, ¿por qué habría de encenderlo, Mrs. Florin?

–Por el capitán y Mrs. Littlejohn... ¿se ha olvidado, señor, de que vienen esta noche?

–El capitán y Mrs. Fulano de Tal. No los conozco. ¿Quién les ha pedido que vinieran, me gustaría saber? *Yo* no los invité. No sé quiénes son. No quiero que vengan... Además, ahora que lo pienso, miss Nina y su esposo dijeron que vendrían. No puedo permitir que la casa se convierta en un hotel. Si viene esa gente, Florin, quienesquiera que sean, les dirá que se vayan. ¿Me entiende? No los quiero aquí, y creo que es un atrevimiento por parte del que los ha invitado. Nadie tiene derecho a invitar a nadie sin consultarme.

–¿Enciendo el fuego en la sala grande para miss Nina y su esposo, señor?

–Sí, sí, por supuesto... y otro en el dormitorio, naturalmente. Y, Florin, quiero que baje al sótano conmigo para buscar alguna botella de oporto... Aquí tengo las llaves... Tengo la sensación de que me gustará el esposo de miss Nina –dijo confidencialmente, camino del sótano–. He tenido buenos informes de él... un individuo decente, firme, y no en mala situación económica. Miss Nina dijo en su carta que solía venir aquí de niño. ¿Te acuerdas de él, Florin? Yo no... ¿Cómo se llama?

–Littlejohn, señor.

–En efecto, Littlejohn. Hace un minuto tenía el apellido en la punta de la lengua. *Littlejohn*. Tengo que recordarlo.

–El padre vivía en Oakshott, señor. Un hombre sumamente adinerado. Armadores, creo que eran. El joven Littlejohn salía a cabalgar con miss Nina, señor. Era un verdadero monitor, señor, pelirrojo... terrible con los gatos.

–Bueno, bueno, apuesto a que ya se ha olvidado de eso. Cuidado con ese escalón, Florin, está roto. Sostén la lámpara más alta, hombre, ¿no puedes? ¿Para qué vinimos aquí? Oporto, sí, oporto. Hay un 96 en alguna parte, solo quedan unas pocas botellas. ¿Qué dice aquella etiqueta? No puedo leer. Trae la luz.

–El resto del oporto del 96 lo bebimos cuando estuvo aquí el caballero de la película, señor.

–¿De veras, Florin, de veras? No debíamos haberlo hecho, ¿sabes?

–Mr. Isaacs era muy puntilloso en cuanto al vino que bebía. Mis instrucciones consistían en darles lo que quisieran.

–Sí, pero el oporto del 96... Bueno, bueno. Lleva dos botellas de 1904. ¿Qué más necesitamos? Clarete... sí, *clarete*. Clarete, clarete, clarete, clarete. ¿Dónde tenemos el clarete, Florin?

El coronel Blount estaba tomando el té –había terminado de comer un huevo duro y estaba untando un panecillo con mielcuando Florin abrió la puerta de la biblioteca y anunció:

–El capitán y Mrs. Littlejohn, señor.

Y entraron Adam y Nina. El coronel dejó el panecillo y se puso en pie para saludarlos.

–Bien, Nina, hace mucho tiempo que no vienes a visitar a tu viejo padre. De modo que este es mi yerno, ¿eh? ¿Cómo le va, hijo? Venid y sentaos, los dos. Florin traerá más tazas en seguida... Bien –dijo lanzando a Adam una mirada escudriñadora–, no estoy seguro de haberlo reconocido. En otra época conocí muy bien a su padre. Fue vecino mío en Como se Llame. Supongo que usted se habrá olvidado de esos días. Solía venir aquí, a pasear a caballo con Nina. Tendría entonces unos diez u once años... Es gracioso, no sé por qué, tenía la idea de que entonces tenía el cabello rojo.

–Supongo que lo habrás oído llamar «Pelirrojo» –dijo Nina– y eso te hizo pensar en ello.

–Algo por el estilo, seguramente... Cosa extraordinaria, esa de llamarlo «Pelirrojo» cuando tiene el cabello rubio... De todos modos, me alegro de verlo, me alegro mucho. Me temo que tendremos un fin de semana muy tranquilo. En la actualidad ya no recibimos a mucha gente aquí. Florin dice que invitó a un capitán y a una Mrs.

No sé Cuántos, maldita sea su impertinencia, pero yo le dije que no los recibiría. ¿Por qué habría de agasajar a los amigos de Florin? Después que han estado mucho tiempo con uno, los criados parecen pensar que pueden hacer lo que quieran. Ahí está, por ejemplo, la pobre y anciana lady Graybridge. Solo después de su muerte se enteraron de que su criado había estado alquilando habitaciones en el ala norte. Nunca pudo entender por qué la fruta no llegaba jamás al comedor. El mayordomo y sus pensionistas se la comían toda en las dependencias de los criados. Y cuando cayó enferma y ya no pudo salir de su alcoba, él instaló pistas de tenis en el parque... un escándalo. No creo que Florin hiciera una cosa semejante... aunque nunca se sabe. Hay que tener descaro para invitar a gente a pasar el fin de semana.

En la cocina, Florin decía:

–*Ese* no es el Mr. Littlejohn que yo conocía.

Mrs. Florin dijo:

–Es el joven que vino a almorzar el mes pasado.

Ada dijo:

–Es muy bien parecido.

Florin y Mrs. Florin dijeron.

–Cállate la boca, Ada. ¿Has llevado ya el agua caliente al dormitorio? ¿Has subido las maletas? ¿Has abierto el equipaje? ¿Cepillaste el traje de etiqueta del coronel? ¿Esperas que Florin y Mrs. Florin hagan *todo* el trabajo de la casa? Y mira tu delantal, desdichada, es el segundo que ensucias hoy.

Florin agregó:

–De cualquier manera, miss Nina vio el pendón.

En la biblioteca, el coronel Blount decía:

–Sea como sea, esta noche tengo una sorpresa para vosotros. Acaban de llegarme los dos últimos rollos de la película, ya revelados. Pensé que podríamos pasarlos esta noche. Tendremos que ir a la rectoría, porque el rector tiene luz eléctrica, el muy afortunado. Le dije que iríamos, y respondió, contrariado, que tenía que pronunciar tres sermones mañana, y que debía levantarse a la

seis. Eso no es espíritu de Navidad. Tampoco quería venir a buscarnos. Son apenas unos quinientos metros, ningún problema para *él*, y ¿cómo podemos caminar nosotros en la nieve, transportando todo el material? «Si practicara un poco más el cristianismo usted mismo –le dije–, estaríamos más dispuestos a suscribirnos a sus misiones extranjeras y boyscouts y fondos para la compra de un órgano.» Ahí le dolía. Maldición, yo le conseguí el puesto al hombre... y si yo no tengo derecho a usar su coche, ¿quién lo tiene?

Cuando subieron a cambiarse para la cena, Nina le dijo a Adam:

–Sabía que papá no te reconocería.

Adam dijo:

–Mira, alguien ha puesto muérdago sobre nuestra cama.

–Creo que les has dado una verdadera sorpresa a los Florin.

–Querida, ¿qué dirá el rector? Me llevó a la estación la primera vez que vine. Creyó que estaba loco.

–Pobre Pelirrojo... Me pregunto si no estaremos tratándolo terriblemente mal... Pareció un decreto del destino el que lo llamaran a incorporarse a su regimiento precisamente en estos momentos.

–Le dejé un cheque para pagar tu compra.

–Querido, bien sabes que es un cheque sin fondos.

–Ningún cheque carece de valor hasta que es rechazado por el banco. Mañana es Navidad, después es San Esteban, después domingo. No puede ingresarlo hasta el lunes, y cualquier cosa puede suceder hasta entonces. Puede aparecer el comandante borracho. En el peor de los casos, siempre puedo ponerte nuevamente en sus manos.

–Estoy segura de que todo terminará así... Querido, la luna de miel *fue* un infierno... espantosamente fría, y Pelirrojo insistía en pasear por la terraza después de cenar, para ver la luna en el Mediterráneo... Jugaba al golf todo el día y trababa amistad con los otros ingleses del hotel. ¿Qué más puedo decirte...? Me aplastó el espíritu, como solía decir la pobre Agatha.

–¿Te conté que fui al funeral de Agatha? No había prácticamente nadie, aparte de los Chasm y algunas tías. Fui con Van, bastante

borracho, y todos me miraban. Creo que tenían la sensación de que era parcialmente responsable del accidente.

–¿Y Miles?

–Tuvo que irse del país, ¿no lo sabías?

–Querido, hoy he vuelto de mi luna de miel. No me he enterado de nada... ¿Sabes?, parece que ya no queda ninguno de nosotros, aparte de tú y yo.

–Y Pelirrojo.

–Sí, y Pelirrojo.

El pase cinematográfico de aquella noche no fue realmente un éxito.

El rector llegó mientras estaban terminando de cenar, y lo hicieron pasar al comedor mientras se sacudía la nieve de los hombros del abrigo.

–Adelante, rector, adelante. No tardaremos mucho. Tome una copa de oporto y siéntese. Ya conoce usted a mi hija, ¿verdad? Y este es mi yerno.

–Creo que también he tenido el placer de conocerlo anteriormente.

–Tonterías, es la primera vez que viene aquí desde que era así de alto... mucho antes de que usted llegase aquí.

El rector sorbió el oporto y miró a Adam por encima del vaso, de una forma que provocó en Nina una risita ahogada. Luego Adam rió también, y las sospechas del rector quedaron confirmadas. Por lo tanto, las relaciones se encontraban ya asentadas sobre una base insegura antes que de que llegasen a la rectoría. Pero el coronel estaba demasiado preocupado por el transporte de su proyector para advertir nada.

–¿Esta es su primera visita aquí? –preguntó el rector mientras conducía el coche por entre la nieve.

–Vivía cerca de aquí, de niño –respondió Adam.

–Ah... pero estuvo aquí el otro día, ¿no es cierto? El coronel a menudo se olvida de las cosas.

–No, no. Hace quince años que no vengo.

–*Ya veo* –dijo el rector con siniestro énfasis, y murmuró entre dientes–: Notable... sumamente triste y notable.

La esposa del rector se mostró dispuesta a convertir la ocasión en una fiesta, y había preparado café y bizcochos de chocolate en la sala, pero el coronel puso muy pronto fin a todas esas frivolidades sumiéndolos en la oscuridad.

Apagó la luz y enchufó el proyector. Un rayo luminoso atravesó la habitación, dejando ver al rector, que susurraba al oído de su esposa la noticia de su descubrimiento.

–... el mismo joven de que te hablé –decía–. Completamente loco, pobrecito. Ni siquiera recuerda haber venido antes. Uno espera esas cosas en personas de la edad del coronel, pero en un joven como él... malísimas perspectivas para la próxima generación.

El coronel hizo una pausa en sus preparativos.

–Oiga, rector, acaba de ocurrírseme algo. Ojalá el viejo Florin estuviese aquí. Estuvo en cama la mayor parte del tiempo en que se filmó la película. Sé que le encantaría verla. ¿Quiere ser bueno e ir a buscarlo en el coche?

–No, de verdad, coronel. No creo que sea necesario. Acabo de guardarlo.

–No empezaré hasta que usted vuelva, si eso es lo que le preocupa. Necesitaré un tiempo hasta tenerlo todo preparado. Lo esperaremos, se lo prometo.

–Mi querido coronel, está nevando copiosamente... prácticamente una tormenta de nieve. Sería falsa bondad sacar fuera a un anciano, en una noche como esta, solo para que vea una película que, no me cabe duda, se exhibirá muy pronto en todo el país.

–Muy bien, rector; como le parezca mejor. Me pareció que, como estamos en Navidad... Maldito sea el aparato, me ha dado una descarga.

Adam, Nina, el rector y su esposa permanecieron pacientemente sentados en la oscuridad. Al cabo de un rato el coronel desenrolló una pantalla plateada.

–Que alguien me ayude a sacar estas cosas de la repisa de la chimenea –dijo.

La esposa del rector corrió a salvar sus adornos.

–¿Le parece que aguantará? –preguntó el coronel trepando precariamente al piano y exhibiendo, en su excitación, una

sorprendente reserva de vitalidad latente–. Y ahora, acérqueme la pantalla, ¿quiere? Espléndido. No le molesta que coloque un par de tornillos en la pared, ¿no es cierto, rector? Muy pequeños.

Pronto la pantalla quedó fija y la cámara dirigió sobre ella un cuadradito de luz.

El público se sentó, expectante.

–*Ahora* –dijo el coronel, y puso el proyector en marcha.

Hubo un chirrido y de pronto apareció en la pantalla el espectáculo de cuatro jinetes uniformados galopando hacia atrás por el sendero de grava.

–Vaya –dijo el coronel–. Algo anda mal ahí... es extraño. Debo de haberme olvidado de rebobinarlo.

Los jinetes desaparecieron y hubo un nuevo chirrido cuando la película fue transferida a otro carrete.

–*Ahora* –dijo el coronel, y en efecto apareció en letras pequeñas y claras la advertencia: LA COMPAÑÍA WONDERFILM DE GRAN BRETAÑA PRESENTA. Esta leyenda, vibrando considerablemente, llenó la pantalla durante cierto tiempo. («Claro, cortaré el título un poco antes de que se exhiba comercialmente», explicó el coronel), hasta que fue sustituido por A EFFIE LA TOUCHE EN. Este anuncio se presentó durante un lapso fugaz. A decir verdad, apenas habían tenido tiempo de leerlo cuando desapareció oblicuamente. («Maldición –dijo el coronel–. Resbaló.») Siguió una larga pausa, y luego:

UNA TEA EN LA HOGUERA, UNA PELÍCULA BASADA
EN LA VIDA DE JOHN WESLEY

(«Ahí está», dijo el coronel.)

INGLATERRA, SIGLO XVIII

Aparecieron, en velocísima sucesión, cuatro hombres empelucados, con traje de época, sentados ante una mesa de juego. Sobre la mesa había vasos, montones de dinero y velas. Resultaba evidente que jugaban febrilmente y bebían mucho. («En realidad, ahí va una canción –dijo el coronel–, solo que me temo que

todavía no tengo un proyector sonoro.») Luego un salteador de caminos atacaba el coche que Adam había visto; después unos mendigos muriéndose de hambre ante la iglesia de Dudando; después unas damas, en traje de época, bailando un minué. A veces las cabezas de los bailarines desaparecían de la parte superior del cuadro; otras, se hundían hasta la cintura, como en arenas movedizas. En una ocasión Mr. Isaacs apareció por un lado en mangas de camisa, agitando los brazos. («Lo quitaré», dijo el coronel.)

RECTORÍA DE EPWORTH, LINCOLNSHIRE (INGLATERRA)

(«Eso es por si se envía a los Estados Unidos –dijo el coronel–. No creo que allí exista un Lincolnshire, pero siempre es cortés ponerlo, por si las moscas.)

Una esquina de la mansión Dudando apareció, con nubes de humo surgiendo de las ventanas. Se vio a un sacerdote transportando una serie de niños con febril rapidez.

(«Se incendia, ¿entienden? –dijo el coronel–. Eso lo hicimos muy sencillamente, quemando unas cosas que tenía Isaacs. Provocó una buena humareda.»)

Y así continuó la película, sin alternativas, durante media hora. Una de sus peculiaridades era que una vez que el relato llegaba a un punto de acción dramática y significativa, la película parecía cobrar cada vez mayor velocidad. Los aldeanos corrían a la iglesia como galvanizados, los amantes entraban y salían por las ventanas a toda velocidad, los caballos cruzaban corriendo como automóviles, los motines estallaban con tal rapidez que apenas se los veía. Por otra parte, cualquier escena de reposo o inacción, una conversación en un jardín entre dos sacerdotes, Mrs. Wesley en sus oraciones, lady Huntingdon durmiendo, etc., parecían prolongarse casi insoportablemente. El propio coronel Blount tuvo sus sospechas en cuanto a tal imperfección.

–Creo que podría cortarla un poco aquí –dijo después de que Wesley permaneció sentado durante cuatro minutos y medio, sin interrupción.

Cuando el rollo terminó, todos se desperezaron placenteramente.

–Bueno –dijo la esposa del rector–, ha sido muy bonito; muy lindo y muy instructivo.

–Realmente tengo que felicitarlo, coronel. Una producción de máximo interés. No tenía idea de que la vida de Wesley estuviese tan llena de aventuras. Veo que tengo que leer a Lecky.

–Divino, papá.

–Muchísimas gracias, señor, he gozado inmensamente.

–¡Pero benditos sean, todavía no ha terminado! –dijo el coronel–. ¡Aún faltan cuatro rollos!

–¡Oh, qué bien!

–Pero ¡qué delicioso!

–¡Espléndido!

–¡Oh!

Pero no vieron la película completa. En el comienzo de la segunda parte –cuando Wesley, en Norteamérica, era rescatado de los indios por lady Huntingdon disfrazada de vaquero– ocurrió uno de los percances ante el cual ni los más grandes supercines están inmunizados. Se oyó un súbito chasquido, saltó una larga chispa azul y la luz se apagó.

–Oh, caramba –dijo el coronel–. Me pregunto qué habrá ocurrido. Estábamos llegando a una parte tan emocionante...

Dedicó todas sus energías al aparato, quemándose irreflexivamente los dedos, mientras su público permanecía sentado en la oscuridad. De pronto se abrió la puerta y apareció una criada con una vela.

–Por favor, señor –dijo–, la luz se ha ido en toda la casa.

El rector se dirigió apresuradamente a la puerta y probó el interruptor del pasillo. Lo probó varias veces; lo golpeó como a un barómetro y lo sacudió levemente.

–Parece que los plomos se han fundido –dijo.

–¿De veras, rector?, qué inconveniente –exclamó el coronel, enojado–. No es posible pasar la película sin luz eléctrica. ¿No puede hacer algo?

–Me temo que tendré que llamar a un electricista; y resultará prácticamente imposible que venga antes del lunes –dijo el rector

con muy poca resignación cristiana–. Lo que sí veo con claridad es que mi esposa y yo y toda mi familia tendremos que pasar el fin de semana de Navidad a oscuras.

–Bien –dijo el coronel–, no esperaba que sucediera esto. Claro, ya sé que resulta tan desalentador para usted como para mí. De todos modos...

La criada llevó más velas y un faro de bicicleta.

–Es lo único que hay en la casa, señor –dijo–, y las tiendas no abren hasta el lunes.

–No creo que en las actuales circunstancias mi hospitalidad le resulte de mucha utilidad, ¿verdad, coronel? Quizá prefiera que pida por teléfono un taxi a Aylesbury.

–¿Cómo? *¿Un taxi?* ¡Pero es ridículo, pedir un taxi de Aylesbury para hacer un viaje de quinientos metros!

–Estoy seguro de que a Mrs. Littlejohn no le gustará hacer todo el trayecto a pie en una noche como esta.

–Quizá un taxi sea una buena idea, papá.

–Claro que si quieren quedarse a pasar la noche aquí... puede que más adelante el tiempo mejore algo. Pero supongo que les resultará incómodo quedarse sentados en la oscuridad.

–No, no, por supuesto, pida un taxi –dijo el coronel.

En el camino de vuelta a casa dijo:

–Casi había resuelto prestarle algunas de nuestras lámparas para el fin de semana. Pero desde luego he cambiado de opinión. Imagínate eso de alquilar un taxi para hacer unos cientos de metros. Y en vísperas de Navidad. No es extraño que les resulte difícil llenar sus iglesias, con esa idea que tienen de la caridad cristiana. Y precisamente cuando me molesté en traer mi película para enseñársela...

A la mañana siguiente, Adam y Nina despertaron bajo la rama de muérdago de Ada, y escucharon las campanas que anunciaban la Navidad en la nieve. «Vengan todos a la iglesia, buena gente; buena gente, vengan todos a la iglesia.» Habían colgado un calcetín cada uno, la noche anterior, y Adam puso una botella de perfume y un perfumero en la de Nina, y ella un par de corbatas y un nuevo modelo de maquinilla de afeitar en la de él. Ada les llevó el té y les

deseó una feliz Navidad. Nina se había acordado de comprar regalos para los Florin, pero se olvidó de Ada, de modo que le regaló el frasco de perfume.

–Querida mía –dijo Adam–, me costó veinticinco chelines... anotados en la cuenta de Archie Schwert en Asprey.

Más tarde pusieron unas migajas de pan con mantequilla en el alféizar y un petirrojo se las comió. Así pasaron el día.

Adam y Nina desayunaron a solas en el comedor. Había una hilera de fuentes de plata calentadas por infiernillos de alcohol; contenían una tortilla, perdices en adobo, y riñones y lenguado y unos panecillos; había también un jamón y una lengua y un plato de arenques en conserva. Nina se comió una manzana y Adam unas tostadas.

El coronel Blount bajó a las once; llevaba una levita gris. Les deseó los buenos días e intercambiaron regalos. Adam le dio una caja de cigarros; Nina le regaló un gran libro ilustrado sobre las modernas productoras de cine. Él le regaló a Nina un broche de perlas que había pertenecido a la madre de ella, y a Adam un calendario con un grabado de un dogo fumando una pipa de barro y un pensamiento de Longfellow para cada día del año.

A las once y media fueron a misa.

–Será una lección para él, de verdadero perdón cristiano –dijo el coronel (pero ostentosamente leyó la Biblia durante todo el sermón).

Después visitaron las casas de dos o tres aparceros. Florin había pasado el día anterior distribuyendo paquetes de alimentos. Todos se sintieron complacidos e interesados por conocer al esposo de Nina. Muchos de ellos se acordaban de cuando era niño, y comentaron que había crecido tanto que ya era imposible reconocerlo. Le recordaron con deleite muchos episodios embarazosos de la niñez del Pelirrojo, especialmente actos de vandalismo y salvajadas contra gatos.

Después de la comida fueron a ver los adornos del ala del servicio.

Era esa una costumbre anual de cierta antigüedad, y los Florin se

habían preparado para ella colgando gallardetes de papel de las palomillas del gas. Ada almorzaba con sus padres, que vivían entre los postes de gasolina de la aldea de Dudando, de modo que los Florin se comieron el pavo y el budín de ciruelas a solas.

–He visto hasta veinticinco personas sentadas a almorzar en torno a esta mesa, en Navidad –dijo Florin–. Se hacían verdaderos festines cuando el coronel y Mr. Eric eran niños. Espectáculos teatrales y toda la casa patas arriba, y todos los caballeros con su propio ayuda de cámara.

–Ah –exclamó Mrs. Florin.

–Los tiempos han cambiado –dijo Florin, limpiándose un diente.

–Ah –exclamó Mrs. Florin.

Luego llegó la familia desde el comedor.

El coronel llamó a la puerta y preguntó:

–¿Podemos entrar, Mrs. Florin?

–Pueden, señor, y sean bienvenidos –contestó Mrs. Florin.

Entonces Adam, Nina y el coronel admiraron los adornos y entregaron sus regalos envueltos en papel de seda. Luego el coronel dijo:

–Creo que podríamos beber un vaso de vino juntos.

Florin descorchó la botella de jerez que había comprado aquella mañana y llenó las copas; entregó la primera a Nina, luego otra a Mrs. Florin, después una al coronel, otra a Adam y cogió la última él mismo.

–Mis mejores deseos para usted, Mrs. Florin –dijo el coronel levantando la copa–, y para ti, Florin. Los años pasan y no nos volvemos más jóvenes, pero espero y confío en que nos aguarden todavía muchas Navidades. Mrs. Florin está tan joven como cuando llegó aquí. Mis mejores deseos para ustedes, de otro año de salud y dicha.

–Mis mayores respetos, señor –dijo Mrs. Florin–, y gracias, señor, y lo mismo para usted.

–Y es un gran placer ver a miss Nina, debería decir Mrs. Littlejohn, con nosotros una vez más, en su viejo hogar –dijo Florin–, y a su esposo también, y Mrs. Florin y yo les deseamos toda suerte de felicidad y prosperidad en su vida matrimonial, y lo único que

puedo decir es que, si pueden ser tan dichosos como lo hemos sido Mrs. Florin y yo, bien, eso es lo mejor que puedo desearles.

Después la familia se fue, y la casa se dedicó a su siesta de media tarde.

Por la noche, después de la cena, Adam y el coronel llenaron sus copas de oporto y volvieron a sus sillones frente el fuego. Nina había ido a la sala a fumar.

–¿Sabe? –dijo el coronel empujando un tronco con el pie–, me alegro de que Nina se haya casado con usted, hijo mío. Me gustó usted desde el momento en que lo vi. Ella es una muchacha poco dócil (siempre lo ha sido), pero yo sabía que a la postre haría una elección sensata. Preveo una vida agradable para los dos.

–Así lo espero, señor.

–Estoy seguro de ello, hijo. Ella ha estado a punto de cometer varios errores. El otro día estuvo aquí un desgraciado que quería casarse con ella. Un periodista. Un individuo espantosamente tonto. Me dijo que mi viejo amigo el canónigo Parlanchín trabajaba en su periódico. Bueno, no quise contradecirle (él estaba en condiciones de saberlo mejor que yo, después de todo), pero me pareció extraño, y además, ¿sabe?, cuando se fue revisé arriba unos periódicos viejos y me topé con un recorte del *Worcester Herald* que describía el funeral del canónigo. Murió en 1912. Bien, debía de ser un individuo bastante tonto para cometer semejante error, ¿no cree? ¿Quiere un poco de oporto?

–Gracias.

–Después hubo otro sujeto. Vino aquí a vender aspiradoras, qué me dice, ¡y me pidió que le diese mil libras! Tipejo descarado. Lo eché con cajas destempladas... Pero usted es distinto, Littlejohn. El tipo de yerno que yo mismo habría elegido. Su casamiento ha sido una gran felicidad para mí, hijo mío.

En ese momento entró Nina para decir que bajo la ventana de la sala había unos cantores de villancicos.

–Hazlos pasar –dijo el coronel–. Hazlos pasar. Vienen todos los años. Y dile a Florin que traiga el ponche.

Florin llevó la bebida en una enorme ponchera de plata, y Nina hizo entrar a los cantores. Se quedaron de pie contra el aparador, gorra en mano, parpadeando a la luz del gas, con la nariz y las mejillas enrojecidas por el repentino calor.

Oh, presagios de consuelo y alegría, cantaron.
consuelo y alegría.
Oh, presagios de consuelo y alegría.

Cantaron *El buen rey Wenceslao* y *La primera nochebuena* y *Adeste Fideles* y *Mientras los pastores vigilan sus rebaños*. Luego Florin sirvió el ponche, cuidando de que los más jóvenes no recibieran los vasos destinados a los mayores y que cada uno, según su capacidad, recibiera un poco más, pero no mucho más, de lo conveniente.

El coronel probó el ponche y lo calificó de excelente. Luego preguntó los nombres de los cantores de villancicos y de dónde eran, y finalmente entregó al jefe cinco chelines y los hizo salir a la nieve.

–Y así ha sido todos los años, hasta donde alcanza mi memoria –dijo el coronel–. Siempre hacíamos una fiesta en Navidad, cuando éramos niños... organizábamos algunas charadas sumamente divertidas... siempre había una copa de jerez, después del almuerzo, en los aposentos de los criados, y cantores de villancicos por la noche... Decidme –dijo, cambiando súbitamente de tema–, ¿os gustó *realmente* lo que visteis de mi película?

–Fue la película más divina que jamás he visto, papá.

–Gocé enormemente con ella, señor, de veras que sí.

–¿De verdad? ¿De verdad? Bueno, me alegro. No creo que al rector le gustara... no como yo esperaba. Claro, no visteis más que una parte sumamente desalentadora. No quise decirlo en aquel momento, pero me pareció una gran negligencia por su parte dejar que la corriente eléctrica estuviese en tal estado que ni siquiera durara toda una noche. Es una gran desconsideración para cualquiera que quiera exhibir una película. Pero es una magnífica película, ¿no es cierto? ¿No os parece?

–De veras, nunca he disfrutado tanto con una película.

–Es un hito en el desarrollo de la industria cinematográfica – dijo el coronel soñadoramente–. Es la más importante película religiosa sonora que se haya producido en este país con artistas y dirección británicos y con capital británico. Ha sido dirigida sin tener en cuenta las dificultades y los gastos, e inspeccionada por un equipo de expertos historiadores y teólogos. No se ha omitido nada que pudiese contribuir a la minuciosa exactitud de cada detalle. La vida del gran reformador social y religioso John Wesley se presenta por primera vez al público británico en toda su humanidad y tragedia... Me alegro de que se haya dado cuenta de ello, hijo mío, porque, a decir verdad, quería hacerle una proposición. Me estoy haciendo viejo, y no puedo encargarme de todo, y siento que mis talentos serían mejor empleados en el futuro como actor y productor, en lugar de malgastarlos en el aspecto comercial. Se necesita a un hombre joven para ocuparse de eso. Ahora bien, lo que se me había ocurrido es que quizá le interesaría ingresar en el negocio como socio mío. Se lo compré todo a Isaacs y, como usted es ahora de la familia, no tendría inconveniente en venderle una participación de la mitad por, digamos, dos mil libras. Sé que eso no es mucho para usted, y puede tener la seguridad de que duplicará su dinero en dos meses. ¿Qué le parece?

–*Bien*... –dijo Adam.

Pero no se vio obligado a responder, porque en aquel momento se abrió la puerta del comedor y entró el rector.

–Hola, rector, adelante. Es propio de un buen vecino, esto de venir a visitarnos a esta hora de la noche. Feliz Navidad.

–Coronel Blount, tengo una terrible noticia. Tenía que venir a decírsela...

–Vaya, lo siento. Espero que no haya pasado nada en la rectoría...

–Peor, mucho peor. Mi esposa y yo estábamos sentados junto al fuego, después de la cena, y como no podíamos leer (ya que no teníamos luz) pusimos la radio. Daban un hermoso programa de villancicos. De pronto se interrumpieron en la mitad y leyeron un

boletín especial de noticias... Coronel, lo más terrible e inesperado: *Se ha declarado la guerra*.

FINAL FELIZ

Adam se sentó en un astillado tronco de árbol, en el más grande campo de batalla de la historia, y leyó una carta de Nina. Había llegado la víspera, temprano, pero en la intensa lucha que siguió no tuvo ni un minuto para abrirla.

Mansión Dudando.
Aylesbury

Queridísimo Adam:

Me pregunto cómo estás. Es difícil saber qué está ocurriendo, porque los periódicos dicen cosas raras. Van tiene un trabajo divino, que consiste en inventar todas las noticias de guerra, y el otro día se le ocurrió una historia encantadora relacionada contigo, de cómo salvaste la vida de cientos de personas, y se ha producido lo que se llama una agitación popular: la gente se pregunta por qué no has recibido aún la Cruz Victoria, de modo que probablemente la recibirás pronto. ¿No es divertido?

Pelirrojo y yo estamos muy bien. Pelirrojo tiene un puesto en una oficina de Whitehall y lleva un imponente uniforme, y, querido mío, voy a tener un hijo, ¿no es espantoso? Pero Pelirrojo está seguro de que es suyo, y se muestra loco de contento, de modo que todo va bien. Te perdonó lo de la Navidad pasada, y dice que de todos modos ahora estás arrimando el hombro, y en época de guerra se echan pelillos a la mar.

Dudando es ahora un hospital, ¿lo sabías? Papá pasa su película para los heridos y a ellos les encanta. Vi a Mr. Benfleet, y dijo lo horrible que era, cuando uno ha entregado toda su vida a la causa de la cultura, ver cómo es barrido todo lo que uno ha querido, pero le va muy bien con su serie de poetas bélicos titulada «Espadas Desenvainadas».

Hay una nueva orden del gobierno en el sentido de que tenemos que dormir con las máscaras antigás puestas, a causa de las bombas, pero nadie la cumple. Han encarcelado a Archie como extranjero indeseable; Pelirrojo lo denunció, es terrible con los espías. Me siento muy mal a causa del niño, pero todos dicen que es patriótico tener hijos en tiempo de guerra. ¿Por qué?

Muchos besos, ángel mío, y cuídate mucho.

N.

Guardó la carta en el sobre y se lo metió en el bolsillo del pecho. Luego sacó la pipa, la llenó y comenzó a fumar. A su alrededor la escena era de inexorable desolación, una gran extensión de fango en la que todos los objetos visibles estaban quemados o rotos. Ruidos de cañonazos tronaban más allá del horizonte, y por encima de las nubes grises, volaban aviones. Hacía treinta y seis horas que no dormía. Oscurecía.

De pronto se dio cuenta de que se acercaba una figura, caminando penosamente por entre las alambradas dispersas por el campo como rotas telas de araña. Adam apretó los dedos en torno a su bomba Huxdane-Halley (para diseminación de gérmenes de la lepra), y se encontraron en esa postura de mutua sospecha. En la penumbra, Adam reconoció el uniforme de un oficial del estado mayor inglés. Guardó la bomba en el bolsillo y saludó.

El recién llegado bajó su proyector de fuego líquido y levantó la máscara antigás.

–Es usted inglés, ¿verdad? –preguntó–. No veo nada. Se me ha roto el condenado monóculo.

–¡Pero si es el comandante borracho!

–No estoy borracho, maldito sea, señor –dijo el comandante borracho–. Y, lo que es más, soy general. ¿Y qué demonios está haciendo *usted* aquí?

–Bien –dijo Adam–, he perdido mi pelotón.

–Ha perdido su pelotón... ¡Yo he perdido toda mi división!

–¿Ha terminado la batalla, señor?

–No sé, no veo nada. Iba de perilla, la última vez que tuve noticias de ella. Mi coche se estropeó por ahí. Mi conductor fue a buscar a

alguien que pudiera prestarnos ayuda y se perdió, y yo salí a buscarlo, y ahora también he perdido el coche. Es una región condenadamente difícil para orientarse. No hay postes indicadores... Es extraño que nos hayamos encontrado. Le debo algún dinero.

–Treinta y cinco mil libras.

–Treinta y cinco mil cinco. Lo busqué por todas partes, antes de que comenzara esta pelea. Puedo darle el dinero ahora, si quiere.

–La libra no vale mucho en la actualidad, ¿no es cierto?

–Casi nada. Aun así, será mejor que le dé un cheque. Le servirá para pagarse un par de tragos y un periódico. Hablando de tragos, en el coche tengo un cajón de champán, si podemos encontrarlo. Lo obtuve en un comedor del Cuartel General de la R.A.F. que fue bombardeado. Ojalá pudiese encontrar ese coche.

Al final lo encontraron. Una limusina Daimler hundida hasta los ejes en el barro.

–Entre y siéntese –dijo el general, hospitalario–. Encenderé las luces.

Adam entró y descubrió que no estaba vacío. En un rincón, acurrucada y envuelta en un arrugado capote militar francés, había una joven profundamente dormida.

–*Hola*, me había olvidado completamente de ti –dijo el general–. Recogí a esta damita en el camino. No puedo presentarlos, porque la verdad es que no sé cómo se llama. Despierte, mademoiselle.

La muchacha lanzó un gritito y abrió dos asustados ojos.

–No es nada, señorita, no hay motivos para asustarse... todos somos amigos. *Parlez anglais?*

–Claro –dijo la joven.

–Bueno, ¿qué hay de un trago? –preguntó el general mientras quitaba el papel plateado del gollete de una botella–. Encontrará copas en el armario.

El angustiado fragmento de femineidad del rincón se mostró un poco menos aterrorizado cuando vio el vino. Lo reconoció como el símbolo de la buena voluntad internacional.

–Y ahora quizá nuestra hermosa visitante nos dirá su nombre –dijo el general.

–No sé –dijo ella.

–Oh, vamos, chiquilla, no tienes por qué ser tímida.

–No sé. Me han llamado de muchos modos. En una ocasión me llamé Castidad. Después hubo una dama en una fiesta, y me envió a Buenos Aires, y cuando estalló la guerra me trajo de nuevo, y estuve con los soldados que se adiestraban en Salisbury Plain. Eso fue magnífico. Me llamaban Conejito... no sé por qué. Luego me mandaron aquí y estuve con los canadienses, y el nombre que ellos me pusieron no era lindo, y me abandonaron cuando retrocedieron, y me uní a unos extranjeros. Ellos también fueron buenos, aunque *luchaban* contra los ingleses. Entonces *ellos* huyeron, y el camión en que me encontraba cayó en una zanja, de modo que me uní a otros extranjeros que combatían a favor de los ingleses, y eran unos animales, pero conocí a un médico norteamericano de cabellos blancos, y me llamaba Emily porque decía que le recordaba a su hija, de manera que me llevó a París, y pasamos una semana encantadora, hasta que se encontró con otra muchacha en un club nocturno, y me dejó en París cuando volvió al frente, y no tenía dinero. Se hicieron un lío con mi pasaporte y me llamaron *numéro mille soixante dix-huit*, y nos enviaron, a mí y a muchas otras chicas, al Este, para estar con los soldados allí. Por lo menos eso quisieron hacer, solo que el barco fue bombardeado, de manera que me rescataron y los franceses me enviaron aquí, en un tren, junto con varias muchachas sumamente groseras. Luego me encontré en una barraca de hojalata, con las muchachas, y ayer recibieron la visita de varios amigos y yo me sentí muy sola, de modo que salí a caminar. Y cuando volví, la barraca había desaparecido y las chicas también, y no parecía haber nadie en ninguna parte, hasta que llegó usted con su coche, y ahora no sé con seguridad dónde estoy. *Caramba*, ¿no es espantosa la guerra?

El general descorchó otra botella de champán.

–Bien, tiene muchísima razón, señorita –dijo–, de modo que a ver si sonríe y se muestra feliz. No tiene que quedarse sentada ahí, enfurruñada, ¿sabe? Tiene una boquita demasiado linda para hacer pucheros. Permítame que la ayude a quitarse ese pesado capote. Mire, se lo pondré sobre las rodillas. Vaya, seguro que ahora está mejor, ¿verdad? Hermosas piernecitas, fuertes, ¿eh...?

Adam no les causó molestia alguna. El vino y el mullido acolchado y la fatiga acumulada de dos días de combate lo apartaron de ellos y, olvidado de toda la dichosa emoción que palpitaba junto a él, se hundió en el sueño.

Las ventanillas del coche abandonado brillaban en la desolada extensión del campo de batalla. Entonces el general bajó las cortinillas, ocultando la triste escena.

–Más cómodo así, ¿no? –dijo.

Y Castidad, de la forma más agradable posible, le acarició todas las condecoraciones del uniforme y le pidió que le hablara de ellas.

Y de pronto, como un tifón que girara sobre ellos, resonó de nuevo el estrépito de la batalla.

[←1]
Símbolo del rango ducal. *(N. del T.)*

[←2]

Quizá habría que explicar esto: en esa época había tres clases de tarjetas de invitación formal. Primero el tipo sensato y agradable, con un nombre y *Recibe*, y una fecha y hora y dirección. Luego había la clase que provenía de Chelsea: *Noel y Audrey montan una juerguecita el sábado por la noche; venga, por favor, y traiga una botella*, si *puede*. Y finalmente venía la clase que Johnnie Hoop solía adaptar del *Manifiesto Futurista* de Marinetti. Esta última tenía dos columnas de apretada tipografía; en una

[←3]
Party en inglés es partido político y también fiesta. *(N. del T.)*

[←4]
De Michael Arlen, escritor y dramaturgo. *(N. del T.)*

[←5]
Véase *Decadencia y caída*.

[←6]

Este relato, levemente aumentado, llegó a figurar más tarde en un volumen de leyendas de las Highlands titulado *Cuentos de la Bruma*, que ha sido aprobado como

Título de la edición original:
Vile Bodies

Edición en formato digital: marzo de 2023

© imagen de cubierta, «Bañistas», del libro Novelty Fabrics de The Victoria and Albert Colour Books

© de la traducción, Floreal Mazía, 1990

© Evelyn Waugh, 1930

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1990
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1978-6

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es